Voz de mujer italiana

Gustavo Kusminsky

Voz de mujer italiana

Para Andrés y Tomás

Taller de Marcos 1

atrás queda el día, pesadilla lejana de la realidad disuelta cuando la oscuridad obliga a prender la luz y el taller, iluminado por el haz miserable, se sumerge en una penumbra que permite al humo de los cigarrillos dibujar fantasmas sobre la reproducción mientras la voluta se detiene en el cono que la bombita proyecta con entusiasmo envidiable. Atrás, lejos, está el tiempo del sol, fin de las puertas abiertas y la posibilidad de clientes ansiosos por el trabajo apresurado, clausura, la de la noche, del desasosiego de hablar, relatar, recordar los modos y costumbres, el regateo, la inmediatez pesada de la cuenta de la luz, la misma que habilita a la bombita obstinada en su alegría de iluminar la reproducción, extendida sobre la tabla, preparada para su sacrificio, el marco, el vidrio anti-reflex, el paspartú, lejos todo del marasmo bochornoso que el mes de marzo olvida detener, porque debería ceder el calor en Buenos Aires, el otoño se aproxima, tal vez nadie lo recuerde, pero en este instante en Amsterdam el frío aprieta algo menos, casi abril, y nadie espera que se hiele lo que no se ha helado todavía. Digo que el humo se expande en una sustancia espesa sobre la reproducción, y pienso en la reproducción de *otra* cosa, más carnal, pero es bueno sentir la noche y el silencio, quedarse sin camisa, semidesnudo, el cigarrillo como compañía que necesita ser avivada con cada pitada, y largar la bocanada que se expande sobre la luz, el fantasma sobre la reproducción de La Ronda Nocturna, obra asentada en el Rijkmuseum, tan apropiada para esta ocasión, no en vano “es de Rembrandt”, había parecido una aclaración obligatoria de la señora Judith, que a toda costa pretende demostrar su cultura ganada gracias a un audiotour alquilado en el museo, relatado en español demasiado castizo y monocorde acerca de cómo el maestro holandés se había dado maña para tan descomunal pintura, mientras la señora Judith trataba de hacer valer los quince florines invertidos, pasando a la primera fila a fuerza de codear a la multitud de japoneses. Casi como si la hubiera visto a la señora Judith, tal vez en este instante amparada por el aire acondicionado, deseosa de tener una muestra de su viaje cultural, peregrinación por infinidad de museos cuando seguro que jamás entra en ninguno de Buenos Aires, pero eso es diferente, Europa, la cuna de la

civilización occidental, y ahora la reproducción se aclimata en los caballetes de un pequeño taller de Villa Crespo, quizás escuchar un compacto de Beatriz cantando a Rossini ayude a mitigar el calor, recuerdo aquel recital del Concertgebouw, nevaba en Amsterdam, yo escapado de Ginebra, de visita a mi hermana casada con un holandés y progenitora de dos holando-argentinas, no, no era marzo, era diciembre, cuando todavía el frío no se ha acumulado en el alma durante tanto tiempo y Beatriz había conquistado a la audiencia, hechizados todos por una magia imposible de describir, Rossini en un italiano jamás oído, tan natural, había dicho la crítica, tan fluido el fraseo, que nadie creía que Beatriz no fuera italiana de pura cepa. Pienso que pasaron siglos, pero no es tanto, ahí cuelga de una de las paredes descascaradas del taller el diploma del Conservatorio de Ginebra, la fecha se ve nítida, no hay siquiera polvo suficiente como para taparlo, debo mirarlo para no ver, y ejercitar de a poco el músculo del olvido, borrar la pasión insana por los madrigales de Gesualdo y el nuevo barroco latinoamericano que todos sienten como un fantástico descubrimiento. Atrás, lejos y más lejos, los inviernos europeos, interminables sorbos de té con partituras diseminadas por todo el cuarto que alquilaba, debatiendo sobre el príncipe de Venosa, si loco o no, al fin y al cabo encontró a la mina con el amante en plena tarea, y creo que Beatriz también había justificado la sangre en una de las oportunidades en que nos encontramos en el café De Kroon, luego del primer recital

el humo del cigarrillo acompaña, es una presencia en el taller, convocada a fuerza de prender uno detrás de otro, dejar que el calor se olvide, ya no importa transpirar, me quedo con un par de shorts tratando de cumplir con el encargo de la señora Judith, enmarcar una ronda nocturna a pesar de que las rondas no son buenas, hacen daño y dan pena, encorsetar la reproducción, siempre fui hábil para los trabajos de carpintería y volver a Buenos Aires para terminar enseñando música en un colegio de medio pelo fue imposible de soportar durante mucho tiempo, antes de que decidiera poner el taller, ya tan lejos de Ginebra, de Amsterdam y de Beatriz, apelmazado en Buenos Aires, el secreto es disfrutar la noche, seguir solo con el cigarrillo, trabajar despacio en el cuadro, enmarcar las situaciones con prolijidad, sobrevivir y cuando la madrugada se crispa en ese punto de oscuridad que anticipa el comienzo de un día, tiempo justo de tirarse en la cama, deseo de supervivencia del día hasta la próxima noche que licuará nuevamente la pesadilla diurna, los pensamientos dirigidos al recuerdo del frío, la nostalgia por el mate, tan pelotudo se pone uno al principio, si Europa tiene yerba en todas partes, el problema son los sándwiches de miga, y te da una desesperación gastronómica tan idiota como desear escuchar Radio Mitre, conversación que había mantenido con Beatriz mientras se duchaba en el hotel, el jabón en mi mano, mi mano en su sexo

la vida es corta, dicen en Buenos Aires con tono filosófico los viejos por la calle, será porque es breve el tiempo de vida que les queda por delante, creo que se refieren, repito, los viejos, a que es corta por lo que les queda y no por lo pasado, es una terrible crueldad la del deterioro, pues a veces me parece que vivir es más largo de lo que se puede soportar, y si pienso en la mía, digo en mi vida, sobre todo la he cargado con un exceso de intensidad apurado por el momento que sigue, olvidado del presente porque el presente siempre es una mierda y sólo el futuro es una esperanza remota de esa felicidad que nunca estuve dispuesto a abandonar, remarco, una esperanza, siempre razoné que la idea representaba el colmo de mi estupidez, los recuerdos alrededor de esto se acumulan desde temprano, hay algo que me ha forzado a sentirme anciano desde que era joven, nunca les di importancia a las reglas que se han impuesto en el mundo moderno, el horror al cigarrillo, el culto al deporte, la comida sana, una copa de vino tinto, pero todo poco y nada mucho, tal vez a eso se refieren con evitar los excesos, de modo que no me había sorprendido la frase de Beatriz cuando había dicho que le gustaría que en su velatorio se pusiera el trío opus póstumo de Schubert, y así quienes lo escucharan podrían acordarse de ella, me había parecido demasiado melodramática la solicitud de Beatriz planeando su cortejo fúnebre, con una obra tan lejana de la ligereza de las coloraturas, dimensión secreta que a Beatriz nunca le había pasado desapercibida, y confesaba que le sucedía algo similar a lo que yo le transmitía, cuando sonaba la dolorosa sutileza del trío adagio, sin voz humana pero con una carga de humanidad que se abría en el estómago como con un puñal. Beatriz lo oía todas las noches cuando necesitaba llorar tranquila, con más de una copa de whisky encima, y pienso que es bueno llenarse un vaso, sin hielo, aun con este calor insoportable de la noche en el taller, cumplir con la señora Judith que quiere el vidrio anti-reflex en La Ronda Nocturna, si por supuesto es eso lo que mi nombre gestaba, el taller de Marcos, y dejar atrás como tan lejos del día se encuentra la noche, los seminarios del conservatorio, el cruce con Beatriz, a pesar de mi reticencia por Rossini y los belcantistas, postergado para siempre entre los posters, fuera del alcance de Adorno y sus discusiones estéticas que tanto nos habían apasionado, entregado manso a la señora Judith, al médico que estrena su diploma en el consultorio de la vuelta, a las fotos de los nietos de la vieja del kiosco de al lado, sí, lejos de Amsterdam, porque era diciembre cuando la conocí a Beatriz y ya se habían helado algunos canales, caminamos sobre el hielo, siempre con miedo de que se quebrara de pronto nuestro sostén y nos tragara el agua, antes de tomar un capuchino en el De Kroon

Taller de Marcos 2

sí, ahora muy lejos de Amsterdam, porque era un diciembre que había anticipado el frío glacial del invierno holandés que todavía no se había oficializado cuando hablé con Beatriz por primera vez en forma extensa luego

de caminar por un canal helado próximo a Rembrandtplein antes de tomar un capuchino en el De Kroon, uno de mis bares favoritos: siempre intentamos generar alguna ceremonia, adueñarnos de algo, creo que es una costumbre humana, aunque los cafés en Amsterdam se mantienen más o menos parecidos a lo largo de los años, algunos durante siglos, y en Buenos Aires los cafés se están convirtiendo en una infame composición de luces dicroicas y colores pastel, plagados todos los barrios por estos engendros descartables que han invadido nuestra costumbre de tomar un café cortado, una religión que se cambia ahora por el pedido de una lágrima, solicitud apropiada como pocas frente a los tiempos que tocan, agonía la de los tugurios que tanto hemos venerado, muerte de los gallegos que se habían convertido en personajes que nos pertenecían, es posible que algunos hayan retornado a la Madre Patria donde la situación actual resulta de mayor benevolencia, y de los cafés de Buenos Aires no queda ya ninguno de esos que invitaban a dedicarles un tango, y uno poco a poco se acostumbra, en algunos de estos bares hay que admitir que el café es excelente, si hasta soporto que lo sirvan con un asqueroso y artificial jugo de naranja y una masita, pero por las noches prefiero quedarme acá, en el taller, tomar estos concentrados negros que parecen espesos, aun con este calor tan insoportable, húmedo, mientras suena el disco de Beatriz cantando "Bel Raggio Lusinghier", increíble, siempre pienso lo mismo, perfecta la afinación, las cadencias, arriba o abajo, el misterio de Beatriz cantando, y puedo decir que en la cama también era una maestra, las cadencias, arriba o abajo, lo supe en el Amstel Hotel, ahora lejos, detrás de este olor rancio de cuerpo transpirado y humo en el ambiente, el olor de la madera del taller

esa tarde antes del primer recital, Beatriz me había confesado que no se explicaba cómo había comenzado a cantar, su madre, una profesora de música italiana, la había descubierto en la academia de canto que dirigía en el barrio, y había tenido la suficiente lucidez como para mantenerla oculta, ocupada ella en introducirla en el repertorio, enseñarle una técnica que probablemente jamás habría necesitado. La gira europea, luego del recital en Amsterdam, el furor del público y la campaña de prensa la remontarían poco tiempo después a un éxtasis del que María Callas se habría sentido envidiosa. Si Beatriz tuvo que aclararme la historia nuevamente, en el De Kroon, como una catarsis que no se había solicitado, pienso ahora que se debió a que en esa época me había visto demasiado enfrascado en el análisis de problemas teóricos que a ella le resultaban intrascendentes, y Beatriz había considerado como un desafío personal la conversión de un incapaz de obtener placer de un aria de Rossini, algo tan trivial; hecho quizás comparable a la rehabilitación de un discapacitado, no como ahora cuando cierro los ojos para evocarla, de pie frente a mí, como un fantasma venido para la ocasión, esa voz tan perfecta,

que costaba creer en un recital grabado en vivo

cuando nos tropezamos en Amsterdam, hacía poco tiempo que yo había regresado del trabajo de campo sobre el barroco latinoamericano, tema por el que hasta entonces había sentido un gran entusiasmo y ahora veo como un asunto que mejor hubiera sido dejar abortado desde el principio. Todas las conexiones se habían concentrado en las misiones jesuíticas de Chiquitos, en lo que hoy es el territorio boliviano, los datos condujeron hacia la figura del padre Linde, que en 1718 había dejado el continente americano para establecerse en Leipzig. Las informaciones las había obtenido casi por casualidad en algunos documentos mientras estudiaba junto a otros compañeros del conservatorio la obra de Juan Sebastián Bach, porque en una carta del kantor de Santo Tomás se lo mencionaba al cura como a un personaje del entorno familiar desde la llegada de la familia a Leipzig, relación que Beatriz no había podido creer cuando le conté mis investigaciones una tarde helada de caminata por los cafés marrones de Amsterdam, previo a su ascenso a la primera línea de la lírica mundial, y había parecido realmente interesada por la historia, al menos por ese esbozo primero, llamativa atención la que depositaba en mi relato, pues poco tiempo más tarde se encontraría enfrentada a una multitudinaria audiencia en el Concertgebouw, el mismo recital que quedó grabado en este compacto que suena en la noche sofocante de Villa Crespo, marzo siempre es así, un engaño de otoño incumplido, puente que permite esperar el alivio, como volver a contar las historias, aceptar el tiempo que transcurre como un verdugo inexorable de las ilusiones, Beatriz y yo en el espacio de una mesa en el De Kroon o el t'Smalle, antes, después de sus conciertos, los días de Amsterdam, y los que continuaron más tarde

si la vida del conservatorio en Ginebra me parecía un aburrimiento absoluto, esas huidas a Amsterdam tenían el sabor del fruto prohibido, cada vez más frecuentes durante los últimos tiempos, cuando no encontraba cómo dar un formato a mis investigaciones, creo ahora que la presencia de la parte que quedaba de mi familia, mi hermana, su marido y mis sobrinas, justificaban ampliamente la bicicleta, mi amistad con la mujer que vendía sándwiches de arenque cerca del mercado de las flores, el recorrido de un extranjero que se perdía en la lengua inexpugnable, pero permeable desde otros acentos, una cordialidad generalizada la de los holandeses desde el inglés cargado de su inflexión especial. Nada que ver con los nacidos y prisioneros en Buenos Aires, mis compañeros de esta monumental cárcel, donde el llanto por haber sido y el dolor de ya no ser es la constante que se hace evidente en cada palabra, cada cliente que se asoma al taller a dejar algún trabajo y ocupa el espacio reservado para el psicoanalista o el conductor del taxi, cada vez hay

menos trabajo, nos quejamos en masa, el deseo permanente de salir, de construir una balsa, y si la vista del eventual cliente recorre el local, no queda más que esperar la reacción estupefacta de quien señala el pergamino con el título del conservatorio, colgado como un monumento al fracaso, asediada mi persona luego sobre las razones de la inconfesable tendencia al regreso, es entonces cuando todos piensan en la nostalgia, la pelotuda nostalgia por la Reina del Plata, pero no considero necesario entrar a explicar que no hay nada de eso en mí, no hay nostalgia ni nunca la hubo por la ciudad que siempre fue el plano de mis humillaciones y fracasos, tal vez evocación de la voz de Beatriz que canta para mí, como alguna vez lo hizo a capella, mientras me acariciaba el pelo que en ese entonces yo usaba largo y lo recogía en una coleta, para marcar el cráneo, las ideas apretadas como sardinas

a Beatriz le había parecido interesante mi historia, el viaje por la selva hasta las misiones chiquitanas, y la búsqueda de los manuscritos del cura Linde. No podía terminar de comprender que en esos parajes se hubiera armado tal grado de complejidad musical, y mucho menos que uno de sus miembros, antes de la expulsión de los jesuitas de América, se hubiera ido a instalar a Leipzig en la misma época en que lo hizo Juan Sebastián Bach

recuerdo ahora la noche en que Beatriz y yo desnudamos nuestros fantasmas en una suite del Amstel Hotel, afuera nevaba con insistencia, el canal parecía dormido, y el agua permanecía quieta por el frío que la noche convertía en una presencia ominosa, suficiente como para haberla dejado lejos, y si Beatriz descansaba, se debía a que se encontraba sumergida en las sábanas tibias de la habitación con un vaso en la mano, y me había convidado con un whisky también a mí, pues poco a poco, se había iniciado la urdimbre de nuestra historia, y la de Beatriz tal vez resultaba la defensa de un estilo que yo había atacado en el pasado, todavía soy demasiado contemporáneo o renacentista en mis gustos, si es que existe el gusto, no en vano Adorno consideraba un soberano imbécil a quien dijera que una sinfonía le hubiera causado un gran placer, pero es obvio que Beatriz se cagaba en Adorno y sus comentarios, sin dejar de tener una buena lectura de su obra, no como yo que de algún modo representaba en ese tiempo al grupo de individuos que creía que quienes más gozan de las obras artísticas pertenecen al mundo trivial, y menos se goza cuanto más se entiende, y coincidía en la acusación de que el público necesita una vida ascética y un arte voluptuoso, cuando mejor sería todo lo contrario, tal vez esta facilidad de mandar tales aseveraciones a la mierda, o simplemente ignorarlas, había posibilitado que Beatriz pudiera dedicarse a cantar mayormente un repertorio del belcanto, repertorio al que yo siempre había subestimado, como todos los intelectuales de la música, y suponía que Beatriz se mantenía a miles de años de estas boludeces teóricas, si bien ahora

sospecho que sus lecturas debían acompañarse de una fuerte crítica, en todo caso esa noche nos faltaba intimar en la palabra, ya que había sido una cuestión puramente física ese acercamiento, los dos recostados en la cama del Amstel Hotel, y con su modulación de soberana, Beatriz me había empezado a contar algunos detalles de cómo habían sido sus comienzos en el mundo musical, con un modo espontáneo como para que yo supiera que existían datos que ella manejaba, sobre todo aquellos vinculados a la ópera italiana, relatados no precisamente desde la teoría, sino desde las historias, del pasado, y si había elementos faltantes, los huecos eran rellenados por la imaginación de Beatriz, su tono melodioso, su presente, la atmósfera que sólo ella era capaz de crear, mágica, a tal punto que también yo pude comenzar a creer que había una conexión natural entre Beatriz y la historia, y si alguna vez mencionó a Isabel Colbrán lo hizo en forma tangencial, supe que había sido una intérprete como Beatriz, a veces en mis sueños me parece escucharla con su timbre hipnotizante, como un fantasma relator de los acontecimientos de esa otra mezzosoprano como ella, aunque a Beatriz cualquier categoría le resultaba insuficiente, ella misma lo decía, simplemente era una cantante

Voz de mujer italiana 1

—Vos que has sido tan leído en cuestiones teóricas, un obsesionado por la incomprensión hacia la música contemporánea; deberías haber bajado alguna vez al mundo real. Y conste que en mi vida profesional no me he guiado sólo por lo fácil, lo tonal, en fin, lo reconocible. Pero Marquitos, es una boludez que hayas despreciado por ejemplo los conciertos de Chopin simplemente porque te parecen obras trilladas. Y ni hablar de esa mirada altiva que me dirigiste siempre porque me concentré en el repertorio belcantista.

—Marcos, en todo caso, lo tuyo ha sido más estereotipado que lo mío, porque para vos sólo ha sido válido aquello a lo que muy pocos iniciados pueden llegar. Más tarde se lamentarán por el poco reconocimiento cosechado. No importa, luego de muchos años se sentirán músicos de una raza superior. Yo me cagué en todo eso. He podido disfrutar de piezas contemporáneas, aunque te sorprendas, pero he sentido un mandato, algo definido por ese repertorio que en el fondo consideraste irremediablemente cursi. Sentí una conexión que me obligó a cantar como nadie cantó las obras de Rossini, las óperas escritas en italiano.

—Hubiera querido que conocieras más a fondo la historia de esa mujer que para mí fue una marca. Una búsqueda.

—Aunque ahora estés dormido, me gustaría que me escucharas.

—Esa mujer se llamaba Isabel Colbrán, y fue la amante de Rossini cuando él llegó a Nápoles en 1815. Colbrán era una cantante de ópera que se había convertido en una celebridad en toda la península. El mismo rey de las Dos Sicilias formaba parte de sus admiradores. Era una mujer que podía salir del teatro real y meterse en el mercado de Nápoles para andar por los puestos, asombrando a la muchedumbre con su presencia en terrenos tan poco apropiados para una reina de la escena, y disfrutar del ruido de los vendedores ambulantes, del desorden napolitano que ya en esa época era proverbial.

—Isabel era la amante del empresario más poderoso que se había conocido hasta el momento, Domenico Barbaia, un tipo que había empezado como mozo y gracias a un invento, a una crema de café, había ganado primero una suma considerable y luego se había dedicado a los teatros de ópera, a representar a compañías, y a las mesas de juego que existían en las grandes salas, como en el Teatro San Carlo de Nápoles o en la misma Scala de Milán. Con el tiempo se convirtió en el dueño de una de las fortunas más grandes de toda Italia. Barbaia era un genio de los negocios, un poco desaforado, a quien le interesaban sus asuntos más que su propia mujer, y se ocupaba de mantener las necesidades de Isabel Colbrán, sin que le importara si ella compraba cosas inútiles en el mercado o en cualquier parte. Barbaia tenía un equipo encargado de mantener la despensa de la casa de Isabel, cubrir esas rutinas ordinarias, tan ordinarias en todo caso como la misma Isabel, que caminaba durante el día sin que nadie percibiera algo mágico en su figura, una fuerza que sólo se hacía evidente en los momentos en que los candelabros del escenario la iluminaban y la elevaban lejos del mundo terrenal.

—Isabel tenía un tormento. Leí muy atentamente su correspondencia, investigué su biografía, y desde siempre se quejó de sufrir pesadillas que la angustiaban. Y en este punto, Marcos, he sentido una identificación dolorosa con ella. Creo que también Isabel debía soñar con otra que cantaba como ella, igual o mejor. Durante el día se reía de estos pensamientos absurdos, pero esa risa era falsa, permitida en todo caso porque de día la noche parece un demonio infinitamente lejano.

—Nápoles se moría por Isabel Colbrán. A nadie le importaba que por momentos su figura careciera de gracilidad. Le gustaba la buena mesa, y era fanática de lo que ella llamaba en sus cartas la tarta napolitana con levadura que se preparaba con anchoas y hierbas, el antecedente de la pizza que tanto veneramos. Y a veces esta pasión gastronómica la engrosaba demasiado, pero eso tenía a todo el mundo sin cuidado, bastaba con que ella entrara en el escenario para que se produjera el prodigio, el silencio del público que en esa época se portaba de una manera muy distinta que ahora, siempre hablando, entrando y saliendo de los palcos. Dicen que cuando Isabel cantaba, la sala se impregnaba de un aire fresco y dulce, como si de ella se desprendiera una brisa, un aire que hechizaba a la audiencia, imposibilitada de despegar la mirada de la cantante. Isabel se plantaba e iniciaba el viaje a un mundo de felicidades, construía el puente que permitía escapar de la miseria cotidiana.

—Algo parecido a lo que alguna vez se dijo de mí.

—La querían como a una napolitana más y le perdonaban su nacimiento en España. Pero en el fondo ese fue un gran problema. Rossini, y algunos otros compositores anteriores a él, buscaban la esencia de la voz femenina, de la mujer italiana. La habían definido como de tono medio o grave, próximo al registro de una mezzosoprano, sensual, algo oscuro y aterciopelado, pero ágil. Y si bien Isabel tenía el registro, su sangre era diferente, algo de su italiano no fluía.

—Este punto marca una gran divergencia si se nos comparara, porque si bien nací en Buenos Aires, he considerado mi sangre como italiana pura desde siempre, y hablé esa lengua antes que el castellano. Ya te lo he dicho, Marcos, mis viejos y mis abuelos, y los abuelos de mis bisabuelos, todos dispersos en esos pueblos, pura cepa de la península, y creo que el hecho de mi nacimiento fuera de Italia ha significado un accidente que el pasaporte italiano que utilicé toda la vida pudo remediar.

—Nunca voy a saber cómo cantaba Isabel realmente. A veces me ha parecido oírla en sueños. Me guié en todo caso por los diferentes papeles que interpretó

en su vida activa. Se decía que era capaz de cubrir cuatro octavas en el registro, y que se había medido en competencias con el último de los grandes castrados, un tal Vellutti, y lo había destruido, sosteniendo las notas sobreagudas hasta que el público casi se había desmayado, para bajar luego al registro de tenor con una potencia que había causado miedo, porque a más de alguno se le dio por decir que Isabel Colbrán tenía un pacto diabólico para cantar de esa manera inhumana.

—Suena a algo conocido.

Taller de Marcos 3

y a partir de la trascendencia de sus recitales en Amsterdam, Beatriz había sido aclamada estruendosamente en todas las publicaciones especializadas en música clásica con el entusiasmo que produciría más tarde un empinado ascenso a la cúspide de la lírica, sin que ella pudiera imaginar en esos primeros artículos de los diarios y revistas a qué niveles remontaría, lejos todavía de la necesidad de salir a la calle de incógnito, habíamos caminado incansablemente después de cada concierto, tras las noches que marcaron nuestros encuentros desde entonces en el Amstel Hotel, una verdadera peregrinación por los cafés, mágicos cafés de la ciudad que tanto quisimos, perdidos nosotros, perdidos algunos de los bares en áreas inaccesibles y lejos del tropel de los turistas o en medio del ruido de una calle principal, refugios forzosos porque el frío, el viento y la nieve de ese invierno obligaban a tomar algo caliente a cada momento, luego de cruzar un puente, pasado un rato de quedarse absortos mirando los canales congelados

volver a Buenos Aires, y caer en el abandono del taller de la calle Velazco, en seguida de proceder al acto inaugural de enmarcar el título del Conservatorio de Ginebra, primer marco realizado por mí para recordar que hubo un tiempo en el que creía en futuros que aguardaban, investigaciones musicales relevantes, soñaba en Ginebra con Carlo Gesualdo, el príncipe de Venosa que mató a su mujer, celoso el hombre, cuando la encontró en la cama con quien la hacía más feliz. Digo sueño, en todo caso, el de la creación de un grupo de madrigalistas para la interpretación de las obras del asesino, salvado justamente por su parentesco papal que le proporcionó dispensa y nueva mujer, aunque mucha bola no le dio, a la nueva, porque se fue con toda la corte por ahí, componiendo libre de todo mecenas y de un modo que a veces parece música del siglo veinte. Sueño que ni pensé en cristalizar cuando llegué a instalarme en Buenos Aires, ya todos se habían hartado de los madrigales, me habían tentado con el barroco latinoamericano, pero luego de la experiencia en las misiones chiquitanas yo no quería tocar el tema, y tras algunas frases duras, se cerraron las puertas musicales de Buenos Aires, las pocas en todo caso importantes, y tampoco podía volver a los lugares que todavía hoy se asocian con Beatriz, su imagen aún me persigue y confieso que resulta algo masoquista este deseo de convocar a su fantasma desde el disco, acaso el humo de los cigarrillos que ella se obstinaba en apagar pueda envolverme, y recordar esos tiempos en medio de este calor, con la reproducción de Rembrandt sobre la tabla, iluminada teatralmente como la disposición en el Rijkmuseum de La Ronda Nocturna, memoria dolorosa aportada por la señora Judith, el vidrio anti-reflex, que tal vez no evite reflejar la amargura por esos días que sólo se encuentran en el humo de los cigarrillos, en el césped verde del cementerio parque donde enterraron a Beatriz mientras sonaba el trío adagio opus póstumo de Schubert, tan impersonales esos cementerios, duelo para la lírica del siglo habían titulado los diarios de todo el mundo

sólo fueron un par de años los que pasaron entre el viaje a las misiones y mi encuentro con Beatriz, viaje que en su momento me había proporcionado la ilusión de un ascenso fácil. El mejor conocimiento de ese nuevo barroco había generado una excitación de la mano de los escasos documentos que habíamos consultado en los tiempos que antecedieron al viaje, prometedores de un material voluminoso que debía ser encontrado. Estos hechos, sumados a los acuerdos que el conservatorio de Ginebra había establecido con autoridades argentinas interesadas en los proyectos, nos convocaron a tres estudiantes a sumergirnos en las investigaciones que condujeron siempre a la presencia del padre Linde, jesuita alemán que había abandonado la orden en 1718. El padre ya era un hombre mayor cuando se instaló en Leipzig, y pocos años más tarde,

cuando Bach y su familia llegaron a la ciudad, se inició una intensa amistad entre los dos hombres, hasta la muerte del jesuita en 1729. Beatriz había escuchado parte de la historia en uno de los cafés del Jordaan, la mirada absorta en la ventana que daba a un puente sobre el canal, mientras intentaba frenar sus ademanes para que yo apagara el cigarrillo, demasiado humo para la herramienta de trabajo, y sigue siendo el humo el elemento que la convoca acá en el taller, Beatriz cantando a Rossini y yo invitado a la reunión

cumplo mi condena en Buenos Aires, sumiso al destino de caminar por Velazco hasta Corrientes, seguir por Ángel Gallardo y a lo sumo dar algunas vueltas por Parque Centenario, las vueltas de un presidiario hábil para esquivar las monumentales cagadas de las jaurías caninas paseadas por quienes parecen ignorar cualquier disposición regulatoria de la convivencia, contraste que siempre vuelve a mí el Vondelpark y sus canteros prolijos, los árboles tutorados en espaldera, brutal contraste con la visión de los puestos domingueros de choripán, bombachas taiwanesas, cargadores de teléfonos celulares chinos, típicos elementos de las ferias artesanales de cualquier parque de Buenos Aires, atmósfera de fritanga de la que luego se siente uno impregnado por horas, y más aun si se la visita durante el verano porque entonces se adhiere además la tristeza infinita de la ciudad y sus habitantes. Esa depresión provocada por el verano porteño no tiene oportunidades de ser remediada con facilidad, quizás algo se me alivia cuando el calor cede y comienzan las funciones en el Colón, uno de los pocos lugares de la ciudad que me permitieron creer en la felicidad, y mucho más si en el intervalo de la función, cuando asistía con regularidad, lograba comer un chip de jamón crudo antes de que se acabaran, acompañado por una cerveza, ritual del que Beatriz se había sentido también cómplice cuando alguna vez le había confesado esa obsesión mía por llegar siempre rápido de la galería para ganarles a los demás, y ser el primero en llevarme el trofeo de jamón crudo, una exquisitez demasiado escasa y por cierto nada barata para mi consuetudinario desastre financiero, aunque en esos años era el ritual, delicado equilibrio el mío, malabarista con la cerveza y el platito rumbo a una de las mesas de apoyo, esperando el final del bocado para prender el cigarrillo, y recordar ahora en el taller cuando en el pasado la ceremonia se asociaba con alguna mujer esperando que le descifrara lo que acababa de suceder en el escenario, agradecido en definitiva en este tiempo de dolor crónico por haber podido olvidar por un rato infinitamente azul que la música es un territorio ajeno

si siempre yo había sentido cierto desprecio por la ciudad, Beatriz en su momento había intentado persuadirme de una sensación diferente, algo más ligado al ahogo de la inmensa ambivalencia que ella sentía, las ataduras a esa

casa del barrio de Flores que le recordaba su infancia y de la que no se había desprendido nunca. En la casa lindera funcionaba la Academia de Música que había fundado su familia, un monumento a la lírica italiana, llena de bustos de Verdi, Donizzetti, Rossini y Bellini, los únicos músicos que al parecer reconocía la madre de Beatriz, una tirana que maltrataba a todo el mundo en la convicción de que ella era un fenómeno de la naturaleza desperdiciado, y a quien nadie le había dado demasiada trascendencia luego de algún papel secundario en el Colón por los años cincuenta, cuando llegaron sin hablar castellano. Supongo ahora que estas confesiones podrían haberse hecho en alguno de los bares de Buenos Aires que ella seguía recordando con cariño, como La Paz, o el Ramos, pero para mí ya no significaban nada, al menos en el momento en el que nos contábamos nuestras historias con la misma falta de pudor con que nos habíamos sacado la ropa en el Amstel Hotel, lujo inaccesible para mí, tanta bañera y burbujas, y todavía lujo que a Beatriz no se le había asentado en la carne como sucedería a partir de los conciertos de Amsterdam, la catapulta para el ascenso a alturas que tal vez habrían hecho que mis erecciones no resultaran tan naturales y vigorosas, sobre todo si se tiene en cuenta la maestría de Beatriz en la cama que generó un doble aprendizaje, porque su pasión por el whisky comenzaba en esa época, cuando las pesadillas no le dejaban conciliar el sueño, y también yo me inicié entonces en el hábito de las vueltas reiteradas, el placer de tomarlo sin hielo, en copas. Prodigio el del alcohol. A Beatriz le permitía cerrar los ojos sin temor al acoso de sus malos sueños, en los primeros días de Amsterdam todavía no lo asociaba a las pastillas para dormir que de a poco fueron estragando su salud, a pesar de que nunca nadie notó, y creo que casi milagrosamente, ninguna mella en su voz, tan maravillosa y única

Voz de mujer italiana 2

—Siempre tuve la sensación de que había algo concreto que me conectaba con Isabel Colbrán. Un puente a través del tiempo. Por eso quizás comencé a investigar sobre su vida y su relación con Rossini. Y te puedo asegurar que fue más allá del tema de las pesadillas, un horror que nunca le deseé a nadie. Los sueños aparecían esporádicamente, sin relación con los estrenos, como cualquiera podría suponer. Vos supiste que yo no le tenía miedo al escenario, ni al público. Y es cierto que antes de cada función estaba segura de que iba a dominar esa mirada, la mirada de la audiencia que se clava como si ametrallaran con los ojos, mucho más atentos con la vista que con el oído, porque esperan encontrar una falla. Y siempre estuve segura de que no iba a tener ninguna.

—Pero las pesadillas volvían, me perseguían, siempre la misma figura, y era ella, Isabel, la que me visitaba en sueños. La veía con el pelo negro, como yo, y un perfil familiar, como un reflejo inexacto del mío. Y si surgía alguna música, se generaba la expectativa de que estuviéramos por cantar juntas, pero eso no ocurría en ningún momento. A veces era incluso tan vívido, tan carnal como una alucinación; creía verla en la terraza del hotel. No le importaba el frío, y el cuadro ocurría en medio del silencio. No se oía el silbido del viento, nada, hasta que se escuchaba, suave, casi como un murmullo, la introducción de la cavatina principal de Isabel, Reina de Inglaterra. Y en el momento en que debía entrar yo, o en todo caso ella, en ese instante me despertaba sobresaltada, muerta de terror. Tenía un miedo imposible de dominar, la impresión de que el sueño era una presencia espectral, el fantasma que me visitaba, para comunicarme en todo caso un mensaje que se truncaba, siempre se fracturaba el sueño cuando Isabel se disponía a cantar, cuando iba a conocer su voz, el timbre que habían alabado los críticos desde que se la oyó por primera vez.

—Isabel, Reina de Inglaterra. En todo caso titulada Elisabetta, Regina di

Inghilterra. Siempre me llamaron la atención las diferentes formas de italianizar el nombre Isabel. Porque a Isabel Colbrán la conocían como Isabella, y cuando Rossini llegó a Nápoles en 1815, contratado por Domenico Barbaia, la primera ópera que compuso para el teatro San Carlo, creo que es significativo, fue justamente Elisabetta. Tal vez había un intento de separar a las dos mujeres, la cantante y el personaje. No sé, son ideas mías. En todo caso la parte más conocida terminó siendo luego la misma que usaría para la cavatina "Una Voce Poco Fa", que canta Rosina en El Barbero de Sevilla. Le cambió la letra y el carácter. Un maestro, Rossini, para plagiarse a sí mismo.

—Isabel tenía treinta años y él apenas veintitrés. Domenico Barbaia había establecido un contrato muy favorable para los intereses de Rossini, y no podía ser menos, porque ya lo consideraban como el compositor lírico viviente más grande de toda Europa. Se habló mucho de las condiciones, y circuló el chiste de que a Barbaia le importaba tanto cerrar el contrato con el músico, que habría sido capaz de cederle su propia cocina.

—Y te aseguro, Marcos, que para Barbaia y para Rossini la cocina representaba una de las cosas más importantes de la vida.

—La llegada de Rossini causó una enorme conmoción. La ópera era el entretenimiento por excelencia. En los teatros había mesas de juego, por supuesto que en Nápoles manejadas por Barbaia, y desde la clase alta hasta los más pobres estaban al tanto de los pormenores de la troupe del San Carlo. Rossini, a pesar de su juventud, era un héroe nacional, ya había compuesto Tancredo, y se había echado encima la fábula de la llamada aria del risotto, porque se decía que la había compuesto en el tiempo en que se prepara un risotto. Y estamos hablando de "Di Tanti Palpiti", algo así como el himno italiano en esa época.

—Creo que la relación entre Isabel y Rossini comenzó al poco tiempo de conocerse. Rossini la había escuchado, en Bolonia, pero en esa época era un muchacho de dieciséis años. En el momento del contrato con el San Carlo, ya era un hombre famoso, con una corte de aduladores que lo seguía, entre ellos el mismo Stendhal. Era conocido como un tipo mundano y mujeriego, y supongo que Isabel intentó seducirlo con su arte de mujer experimentada, pero estoy totalmente convencida de que Rossini se enamoró de su voz, de esa voz cuya esencia había buscado como quien persigue una quimera durante toda la vida, y de pronto, se le hizo carne enfrente de las propias narices. En 1815 le escribió el primer protagónico, con indicaciones milimétricas para cada coloratura, sin permitirle a la cantante mucha creatividad. Fue Elisabetta.

—Y fue una locura.

Taller de Marcos 4

la voz de Beatriz había cautivado al público holandés, y Amsterdam sólo representaba la primera de una serie de ciudades europeas en una agenda programada por el representante de Beatriz sin misericordia por el descanso del instrumento de la cantante, si bien a ella la alegraba alejarse de Buenos Aires por períodos prolongados, inserta de pronto en un mundo manejado por su representante, olvidando la carga de su madre que quedaba encallada en la academia de Flores, al menos orgullosa de su carrera, y el odio que sentía hacia la vieja le generaba una culpa que Beatriz contrarrestaba enviándole los

dividendos de una actividad que se perfilaba prometedora, pero inimaginable a qué niveles llegaría, luego de la gira por Alemania e Italia, delirio el producido a su paso, por momentos olvidado el nacimiento accidental de Beatriz en Buenos Aires, orgullosa del pasaporte que hacía valer en las aduanas, de un perfecto y melodioso acento, sabedora ella misma de ser quien enarbolaba la renovada supremacía de la lengua de Dante frente a otras cantantes consideradas ahora como menores, que nunca habían llegado a tales perfecciones, y esta, Beatrice, como la llamaban, les aportaba el fraseo perfecto que la esencia de la voz requería, el vértigo de los fiatos interminables, como si Beatriz no necesitara del aire para respirar, portadora de un extraño encantamiento que se producía en el escenario, cuando transportada por un éxtasis místico iniciaba el prodigio de zambullirse en las profundidades del registro grave o remontar a alturas impensables, lo que motivó que nadie se atreviera a contradecir la afirmación de la propia Beatriz de que ella era cantante, y que calificarla de soprano, mezzo o contralto significaba en realidad la carencia de los otros registros. La grabación que se escucha a esta hora en el taller, ahogada mi persona por la noche de Buenos Aires, y la vibración que desprende el disco agita la penumbra que envuelve a las reproducciones y los marcos a medio hacer, repetidas las arias hasta el infinito, un milagro, porque ahí está presente esa turbación que produce la voz, su color sensual, el recuerdo de Beatriz que inevitablemente termina en la gloriosa cama del Amstel Hotel y en las camas de diferentes hoteles diseminados por Europa, luego de la noche junto al canal iluminado, cuando Beatriz me había dicho que ella no podía enamorarse de mí

no tuve que realizar muchos rodeos para profundizar algo mi histórico viaje a las misiones, el trabajo de campo que me había llevado al territorio de los jesuitas, expedición que se había organizado en Ginebra, con gran entusiasmo por algo que a los europeos les parecía fascinante, la revalorización de un barroco vuelto a inaugurar. Beatriz, ensimismada, con la cara apoyada en sus palmas, ante un café, siempre nuestros cafés, me observaba con una expresión entre divertida e inquisidora, y escuchaba atenta el relato de los pormenores del viaje, que se había planeado en sus mínimos detalles, los archivos, las partituras, el padre Linde y su misterioso abandono de la orden, para aparecer un tiempo más tarde en Leipzig, vecino de Juan Sebastián, quien había elogiado la caligrafía musical de Linde en una carta encontrada con destinatario desconocido, y parece que Linde había sido célebre en los círculos de Leipzig como organista y como compositor de obras religiosas, así como también por la rapidez con la que escribía en una partitura con notación impecable, tanto, que en la carta de Bach se percibía un tono extraño, una insinuación leve que parecía denotar envidia, ya que él mismo se preciaba de ser un buen copista, y no sólo hablaba con admiración de su caligrafía, sino

que lo alababa como el organista más hábil que él hubiera conocido desde su encuentro con Buxtehude, cuando había perdido su posibilidad laboral por haber rechazado a la hija que el maestro ofrecía como condición para obtener el puesto, parece que era un horror la nena. Y si Bach ensalzaba a alguien, obviamente debía de ser bueno, lamentablemente la mayor parte de las composiciones de Linde se habían perdido y sólo se conservaban fragmentos de algunas misas y tan sólo un motete completo, que nunca nadie había valorizado. Por eso que la pista de Linde conducía hacia esos parajes exóticos para Juan Sebastián Bach, territorios por los que tampoco había mostrado gran interés, las misiones jesuíticas de Chiquitos, ignoto sitio en el que un religioso se había dado a componer para que los propios indios cantaran loas al dios cristiano, aprendiendo los oficios de ejecutar y fabricar los instrumentos, de acuerdo con las instrucciones de los padres de la orden

los llamados de Beatriz habían sido diarios desde la primera noche y durante las primeras semanas, mientras tenía algún momento en Berlín, Dresden, Colonia o Düsseldorf. En Italia se espaciaron un poco, me llamaba a Ginebra, lugar de mi residencia hasta terminar con los seminarios del conservatorio, donde mantenía una habitación alquilada. Beatriz no podía creer el fervor que se había producido a su paso y tenía ya un contrato para estrenar Cenerentola en La Scala la siguiente temporada. Creo que yo había comenzado a vislumbrar que el ascenso de Beatriz era incontenible, y que en breve pasaría a la historia su relación con un compositor y director argentino a quien nadie conocía ni le prestaba atención, como ahora, cuando salgo a dar alguna vuelta por el barrio, a comprarle cigarrillos a la vieja del kiosco de al lado que me mira con reprobación, como si no le gustara mi cara, tal vez le parezca que tengo pinta de loco con la cabeza casi rapada, seguro que no le gusta el aro, pero igual me dio unas fotos de sus nietos, que parecen unos enanos imbéciles, si bien le dije que eran preciosos, para ganar el trabajo, ponerlos en el marco, y ya están para entregar, los enanos imbéciles, tal vez mañana venga la vieja a reclamarlos, junto con la señora Judith que quiere colgar La Ronda Nocturna en el living de su casa, imagino una maravilla al lugar, el living, seguro al menos que más confortable que el taller, sitio donde había recalado luego de abandonar la música, excepto por mis escapadas al Colón, durante la temporada, y aun así todo se convierte en un recuerdo punzante de cuando ella cantaba. Y si yo guardaba la convicción de que Beatriz se olvidaría de mí, la realidad fue distinta cuando me llamó su representante para decirme que Beatriz quería que estuviera con ella en Nápoles para su primera presentación en el San Carlo. Tal vez imaginaba el futuro de un príncipe consorte, tampoco me importaba ese segundo plano, y mi negativa inicial se tornó débil cuando Beatriz con imperiosa dulzura me rogó que estuviera a su lado, sus pesadillas habían recrudecido, y extrañaba mi cuerpo en su cama

Voz de mujer italiana 3

—Una vez tuve un sueño muy extraño. Isabel y yo nos encontrábamos en un palacio, en un salón de baile grande, circular, con espejos en las paredes. En el centro del salón se veía un piano cerrado, y por todas partes había gatos, miles de gatos que trepaban por sillas, sillones, cortinas. A un costado del lugar, en un sillón y con las piernas cubiertas por una manta, se veía un viejo con pinta de venerable, que nos miraba, a Isabel y a mí, y parecía reírse sin malicia. Yo me acercaba al viejo y me acurrucaba en el suelo, a sus pies, apoyaba la cabeza en su regazo, y me dejaba acariciar el pelo, como una hija se deja acariciar por la mano de un padre. Del otro lado, también me había ubicado yo, pero no era yo, y al mismo tiempo sí, como si hubiera un espejo y lo que veía en realidad fuera mi reflejo. De pronto, un hombre joven, que antes no habíamos visto, se acercaba con un gatito en sus brazos. Parecía que llevaba un bebé, y quería mostrarlo. Cuando bajó los brazos, el gato estaba muerto, la lengua salía entre los dientes pequeños y afilados que le daban la expresión de una mueca terrorífica. Isabel había comenzado a llorar, tenía las manos ensangrentadas, y cuando miré mis manos, también yo tenía sangre. Me desperté transpirada, llorando.

—Cómo me gustaría tomar un vaso con vos, Marquitos, sé bueno.

Taller de Marcos 5

tengo miedo de ese momento de la noche en que la nostalgia se instala como una molestia crónica, un dolor apagado, cuya única posibilidad es la misma negación de su existencia, nostalgia en todo caso, no motivada por el anhelo de recuperar instantes de esa fugacidad que desconocíamos en nuestra soberbia juvenil como equivalente de felicidad, sino nostalgia de la

exaltación, que se apacigua ahora a tal punto que cansa sólo el recuerdo de las caminatas por calles interminables, de tantas y distintas ciudades, laberintos inventados con el objetivo de prolongar la conversación, días que pasábamos con Beatriz compenetrados en nuestras discusiones musicales, vehemencia la mía cuando le repetía tenazmente que aquel que escucha una obra sólo esperando esa parte reconocida como de una particular belleza, es un diletante; un burgués snob, pero quien aun es incapaz de percibir que esos momentos son sublimes, expresión de las diferentes densidades de composición en una pieza, está fuera de toda posibilidad de rescate; y acordaba con Beatriz en que el comienzo del trío póstumo de Schubert, tan querido para ella, es con certeza uno de esos momentos, de una belleza dolorosa por lo inalcanzable, y justamente esa sensibilidad para internarse en el espesor de las obras, significaba un misterio adicional en ella, porque si bien de a poco yo había comenzado a ser más benevolente con el estilo italiano y belcantista, seguía considerando la alegría musical como algo falto de profundidad, y por momentos pensaba que el arte incomparable de Beatriz debía ser puesto al servicio de otra cosa, y en todo caso apartarse un poco de su repertorio, sin necesidad de mandarlo a la mierda, como yo pensaba en el principio, pero ella sostenía que encontraba todo lo que buscaba en las obras de Rossini y sus contemporáneos, y por el momento se aventuraba a lo sumo con el Mozart italiano, lo que no quería decir que no disfrutara de la música que yo llamaba mayor, y Schubert era un compañero nocturno para Beatriz, porque cuando yo le había referido la anécdota de que un conocido filósofo sentía el deseo de suicidarse al escuchar el movimiento lento del tercer cuarteto de Brahms, Beatriz asentía y de algún modo confirmaba que también ella, como yo, pasábamos por igual trance durante la apertura del trío engendrado por Schubert, convocación de la proximidad del final, no en vano era póstumo, porque la posibilidad de compartir con Beatriz el punto de esa belleza desesperante, al igual que el desesperante instante en que nuestros cuerpos llegaban al mismo tiempo a esa máxima e insoportable tensión, revelaba en todo caso la inefable falta de aquello que lleva al final, si es que se puede desear llegar a la bella muerte, obsesión mía que Beatriz nunca había compartido, excepto por ese extraño requerimiento de poner música en su entierro, y resulta paradójico, pues es Beatriz la que descansa en el silencio nocturno y perpetuo, y soy yo el que continúa en este mundo, monologando con el cigarrillo y la noche de Buenos Aires, protegido por los marcos, los distintos marcos del taller que se ahoga por el humo

el ritmo de ascenso de Beatriz había sido de una velocidad vertiginosa luego del estreno de Cenerentola en Milán, nuevo fenómeno, diosa a quien adorar, rescate de la lírica y resurgimiento de la gran diva, tal vez una figura eclipsada por el extraño ascenso de los tenores aclamados por los medios y los recitales

multitudinarios, situación que por cierto había sido relativamente infrecuente en el pasado, cuando las grandes cantantes desconcertaban al mundo con sus caprichos y desplantes, y algo de eso se perfilaba en Beatriz, quien comenzaba a atormentar a su agente y sorprendía al público con algunos actos que luego se hacían legendarios, lentamente sumergida en un mundo de teatros y aeropuertos, insomne y atormentada por las pesadillas, alcoholizada todas las noches, agregados a esto los somníferos que aparecieron en Nueva York proporcionados por una colega demasiado amable, según me había contado a su regreso, circunstancia que de alguna manera me culpaba por mi ausencia en su primera aparición en el Metropolitan, y en esas noches tomaba media botella de Remy Martin junto con unos comprimidos de Dormicum, para liberarse de la tortura de las pesadillas, cada vez más frecuentes. Yo la acompañaba cuando podía, lejano de ese mundo que ni ella ni yo deseábamos compartir, apartado de las reuniones sociales y de las entrevistas, desconocido miembro del equipo que se movía alrededor de Beatriz, cada vez más numeroso, frenéticos llamados y solicitudes que había que rechazar en la mayoría de las ocasiones; y mi sensación de intruso, de outsider, se acrecentaba con el correr del tiempo, terminados los seminarios en Ginebra me había alquilado un departamento en Amsterdam cerca del zoológico, o Artis, como le dicen allí por la frase que se lee en el frontispicio de que "Natura Artis Magistra", afirmación en todo caso aberrante para mí, pero independientemente de ello, tal vez por esa nostalgia que me empeño en negar, y cuya eficacia es innegable, habíamos decidido que fuera Amsterdam nuestro punto de reunión, homenaje a los primeros días del Amstel Hotel, del café De Kroon y sus capuchinos

y hasta esa estadía en Amsterdam, cuando concluidas las investigaciones en Ginebra me había instalado a solicitud de Beatriz en el nuevo departamento, el Rijkmuseum paradójicamente había sido excluido de mis recorridos por la ciudad; pero al establecerme como vecino, el azar me empujó a hacer la visita, tenía tiempo de sobra, si yo era casi un desocupado, pues debía cumplir con el encargo de ordenar para una publicación mis lacónicos ensayos sobre el barroco latinoamericano, y también satisfacer el requerimiento de un grupo suizo que me había encargado una obra para un conjunto instrumental, y esto sonaba casi como un trabajo menor, aunque se hubiera podido vender como algo prestigioso en los círculos musicales de Buenos Aires. Digo que yo me sentía como un desempleado, pues las partituras necesitaban correcciones menores, y la composición no me generaba una motivación más allá del trabajo nocturno, evidentemente mis momentos más productivos son por la noche, como ahora en el taller de marcos, aunque en ese entonces sentía que se abrían posibilidades, la crispación de los madrigales de Gesualdo, "Beatrice in crescendo", como titulaba la crítica especializada el último concierto de

Beatriz, lo que generó en mí la idea algo estúpida, ahora lo reconozco, de sacarla de su porfiada resolución de ser fiel a la ópera cantada en italiano, vana ilusión de que aceptara apartarse de las coloraturas y ascender a las complicaciones de la música contemporánea, y en algún misterioso punto de mi alma confiaba en vencer la terquedad de Beatriz por circunscribirse a ese repertorio liviano. La fidelidad al estilo belcantista producía en mí una irritación que se acrecentaba aun más debido a la consecuencia de absorber poco a poco, imperceptiblemente, la enseñanza que ella me dirigía, sin pretenderlo Beatriz, efecto no sólo de su música, sino también de su arte de alivianar el pesimismo, típico en mí, con el que siempre he enfrentado las situaciones más triviales. Y Amsterdam, en su hospitalidad que albergaba a mi hermana y los suyos, la única parte de mi familia que sobrevivía, acostumbrados miembros de una diáspora que se ha mantenido desde hace siglos, me había recibido con una temporada de lluvias constantes, nada sorprendente en verdad, lluvia que en una oportunidad obligó a que me refugiara con mi bicicleta en la recova del Rijkmuseum, y mientras disfrutaba de un concierto improvisado esperando que se acabara el aguacero, decidí pagar la entrada reglamentaria y adentrarme en la sala donde se ubica la tan mentada Ronda Nocturna, imposible no sentirse agitado por el emplazamiento, visión que se impone desde la entrada de una gran galería, monumental en su tamaño, y eso es parte de lo que una reproducción jamás podrá lograr, salvo que sea en su dimensión natural, esa sensación de metros, que la señora Judith seguro que ha juzgado también como sobrecogedora, ni se le ocurriría entonces ponerle el vidrio anti-reflex, no le alcanzaría la pared del departamento ni el presupuesto. A ese día de lluvia, encuentro fuerte con Rembrandt, me recuerda ahora la reproducción que tengo esta noche en el caballete, esperaba a Beatriz que se presentaba en Sidney, todavía duele en el cuerpo la memoria del encuentro que sabía sería otra vez en el Amstel Hotel, sensaciones que esa tarde se agolpaban en mi ropa empapada, y que en esta noche vuelven con la humedad del verano y de mi cuerpo también húmedo, pero por el calor y la ansiedad de Buenos Aires

Taller de Marcos 6

yo había escuchado atentamente las palabras de Beatriz aquella primera noche que pasamos juntos en la habitación que daba al canal, y no fueron muchos mis comentarios mientras ella desgranaba sus obsesiones particulares, pero esas son áreas personales, núcleos casi delirantes que pocos pueden compartir, como mi relación con el jesuita Linde y su posterior traslado a Leipzig; y del mismo modo como mi interés había sido genuino al prestarle atención en la noche helada, la narración del viaje a las misiones chiquitanas había capturado a Beatriz, una manera de penetrar en los aspectos recónditos del otro, la exposición de esas ideas inconfesables por muy diversos motivos, en este caso el padre Linde y la cantante Isabel Colbrán, de quien me habría gustado saber algo más, yuxtapuestas presencias que coexistieron posiblemente pues son fantasmas que dicen presente de maneras diversas, pero eficientes, porque lo mío no era soñar con eso, como sí le sucedía a Beatriz, angustiada por las pesadillas a perpetuidad, en mi caso era la espina clavada que luego del viaje se convirtió en un desgarrado silencio que evité romper hasta que nos encontramos Beatriz y yo en ese choque casual en Amsterdam. Digo choque casual, porque toda esta historia se originó en un improbable azar, fortuito accidente del tiempo y del espacio, en un puente sobre un canal, elevado el pavimento en espera de que pasara un barco, cerca del Jardín Botánico, y para mí Beatriz ya era un personaje que comenzaba a ser conocido, el fenómeno de la voz de una argentina que iniciaba una proyección trascendente en Europa,

el círculo musical de Buenos Aires se había alborotado cuando había irrumpido en el Colón y la onda expansiva había llegado hasta el Conservatorio de Ginebra, de modo que bien sabía yo que el recital de Beatriz en el Concertgebouw era un suceso importante, concierto al que en todo caso yo no le había conferido mayor trascendencia puesto que el programa se armaba sobre la base de lo que yo llamaba entonces el estilo fuegos de artificio, lejos, infinitamente lejos de mi búsqueda personal, y si bien alguien ha dicho que el arte es artificio, no era justamente ese tipo de artificio en el que yo pensaba, casi más cerca para mí de la acrobacia circense. Y mi visita a Amsterdam, una más a los miembros de mi familia que tenían la suerte de ser súbditos de otra Beatriz, no podía presagiar que mientras esperaba que el puente levadizo volviera a su horizontalidad tendría a mi lado a esa misma Beatriz a la que yo me sojuzgaría, quien desorientada me preguntaba en un inglés de terror cuál era el camino más corto para conocer el Mercado de Flores, inimaginable que ese camino pasaría por su cama en el lujoso Amstel Hotel

los ojos de Beatriz tenían una fuerza poderosa, obligaban a que mi mirada vagara por las paredes del café mientras pormenorizaba los aspectos del viaje que había compartido con otros dos miembros del Conservatorio luego de completar múltiples formalidades, burocracia concluida cuando un avión nos había depositado en el territorio del que Linde había huido en 1718, antes de que se formalizara la expulsión de los jesuitas del continente americano, y recuerdo hoy en esta noche tórrida del taller, la turbación algo pelotuda que me había causado admitir que en ese entonces compartía algo más que el interés histórico con Emma, la inglesa que junto con un compañero alemán conformaba el grupo que se adentraba en los archivos recién descubiertos de las misiones jesuíticas de Chiquitos, entendida la incomodidad porque a Beatriz le había producido un escozor de celos y había señalado que ahora la reina de Inglaterra también se llama Isabel, como para cambiar de tema y llevarme al terreno de la primera ópera napolitana que había compuesto Gioacchino Rossini, ópera por la que Beatriz sentía una debilidad especial, quizás por el mismo título, pues no era su preferida, y por otro lado, mi incomodidad confirmaba que siempre tuve ese lado primitivo que había intentado infructuosamente domesticar durante mis años en Europa, lamentable que a pesar de mi desaprensión persistiera el troglodita latinoamericano. Tal vez uno de los hechos más llamativos de ese rastreo lo determinaba la cuestión de cuál había sido el motivo de que el padre Linde se alejara de la orden, luego de haber establecido una orquesta y un coro con los guaraníes que aparentemente respondían más que bien a la instrucción musical que el religioso les había prestado. Mientras argumentaba estas cuestiones, llevado poco a poco por la pasión que había vuelto a despertar

delante de Beatriz, me sentía quemar por la falta de respuestas y el anonimato con el que Linde había pasado a la historia. En Leipzig la relación con Bach había sido conocida en los círculos cercanos a Santo Tomás, situación que en un principio no tenía mucho sentido, o al menos no parecía tenerlo en ese entonces: un músico prolífico que por alguna misteriosa situación se silencia, caso que visto desde mi perspectiva actual, no parece ofrecer ninguna dificultad, mucho menos con el mismo Rossini, que misteriosamente, luego de haber saboreado la dulzura del éxito masivo, dejó de componer óperas antes de cumplir los cuarenta años de edad, y en mí el silencio resultaba mucho menos trascendente, sólo quebrado por la irrupción del fantasma que canta en los discos que hago sonar, los mismos a perpetuidad. Linde también había dejado de producir, o no habían llegado hasta nosotros las composiciones del período final de su vida, paralelo al del kantor de Santo Tomás; y cuando analizamos este mutismo con mis compañeros de trabajo, especialmente con mi compañera, no dejaba de extrañarnos que un tipo que en las misiones había compuesto decenas de cantatas, motetes y otras piezas religiosas, hubiera enmudecido al volver a la tierra natal. La influencia avasalladora de Bach, argumento esgrimido por Emma, la inglesa del grupo, parecía poco convincente, y no podíamos entrever que las conclusiones nos llevarían a territorios sorprendentes, zonas alejadas de aquellas vislumbradas en las etapas iniciales

Voz de mujer italiana 4

—La relación con Rossini produjo en Isabel un estado de desasosiego. Una agitación inexplicable.

—Yo he interpretado que esta intranquilidad llegaba más allá del hecho de haber desplazado al empresario del teatro San Carlo, Domenico Barbaia, lo que tal vez en otras circunstancias la habría preocupado mucho más por lo que significaba desafiar el poderío de un personaje como el de quien hasta ese momento había sido su protector.

—Marcos, algo comenzó a gestarse en Isabel, un malestar indefinible, una falla imperceptible de la calidad de su voz. Lo que yo he pensado es que Isabel notaba la pérdida de una de sus cualidades legendarias, la falta de miedo frente al público.

—El primero que lo señaló fue Stendhal en una carta enviada desde Nápoles en 1815, y también hay alusiones a cierto desencanto en su libro Roma, Nápoles y Florencia. Pero Stendhal siguió elogiándola durante muchos años, a pesar de la antipatía política que Isabel generaba. El tipo era demasiado antiborbónico como para soportarla fácilmente. La misma Isabel envió cartas en las que daba cuenta de que además de los malos sueños, había algo que le sucedía, algo terrible que se relacionaba justamente con el lugar privilegiado que comenzaba a ocupar la relación con Rossini. Isabel se había enamorado.

—Este amor cobró muy pronto una importancia mayor que la posibilidad de deslumbrar a la audiencia con su voz maravillosa. Y lo que Isabel no dijo en ninguna parte, que yo olfateé a través de esta brecha imposible del tiempo, es que se había percatado de que la ligazón con su amante se mantendría en tanto conservara su voz excepcional; ese era el objeto amado por el maestro, mucho más que su condición de mujer, su belleza física o su compañía. Isabel comenzó a ser asaltada entonces por el miedo, el terror de perder la voz definitivamente, perder a Rossini. Y lo más increíble de este proceso fue su comienzo luego de la primera noche que pasaron juntos, y se mantuvo en ese grado larvado, con un avance insidioso durante largo tiempo, Isabel atormentada por las pesadillas y por los pequeños llamados de atención que provenían de su voz, una declinación imperceptible, pero inexorable en su curso.

—Que Isabel Colbrán y Gioacchino Rossini se habían convertido en amantes en las semanas que siguieron a la llegada del músico a Nápoles, fue una historia que se supo en muy poco tiempo. Una de las cosas que despertó comentarios de toda índole dentro de la burguesía y la aristocracia napolitana fue el hecho de que Domenico Barbaia hubiera tomado este cambio de papeles con mucha filosofía. De ninguna manera disminuyó por esto la amistad que se había iniciado con Rossini, y obviamente Barbaia intuyó un negocio más que interesante si su compositor estrella se convertía en el

compañero de la cantante más importante del teatro San Carlo. Barbaia era evidentemente un tipo que consideraba que lo central de la vida giraba alrededor de sus negocios.

—Luego del éxito de Elisabetta, Rossini se había ido de Nápoles como el conquistador que parte satisfecho con un nuevo triunfo. En el breve período en que había permanecido en la ciudad, no sólo había obtenido el trofeo que representaba el público del teatro San Carlo: se llevaba consigo la posesión de la voz de Isabel Colbrán. Posesión en todo caso que provocaba cierta incomodidad, Rossini tenía el espíritu inquieto, era un hombre en perpetuo movimiento, y seguro que se había preocupado por el rumbo que había tomado la relación con Isabel.

—Roma abría la temporada del carnaval de 1816, y los empresarios del Teatro del Valle y del Teatro Argentina aceptaron que Rossini se hiciera cargo de algunos estrenos. Isabel había despedido a su nuevo amante con un dolor desconocido que se había apoderado de ella y reforzaba su carácter amargo que no parecía calmarse en las mesas de juego, o sonriendo en las tertulias napolitanas.

—Mirá, Marquitos, lo que pasó es que Isabel Colbrán había traicionado al amo a quien había permanecido fiel hasta entonces, a su voz. Para colmo de males su alma estaba en poder de un hombre que la había elegido precisamente por la voz y no por lo que encarnaba como mujer; de eso no tenía dudas. El éxtasis que ella sentía por cada gesto de Rossini no tenía que ver sólo con la llamada de la carne. Su voz había sido el patrón exigente al que se había sometido desde su infancia, había trepado los peldaños de una escalada dura, en ocasiones degradante, con el objetivo de llegar a ser considerada la diosa indiscutible del centro musical más importante de la península. Había perdido a un potencial marido en el camino, antes de llegar a Nápoles, y en esa ciudad tuvo que aceptar al bruto de Domenico Barbaia, lo que era difícil de digerir, y le había hecho lugar en su cama sólo por conseguir el puesto que a ella le correspondía en escena.

—Rossini no dio señales de vida por un tiempo prolongado luego de su despedida de Nápoles. Isabel sabía de sus pasos en Roma a través de Barbaia, quien le había informado del estreno de Torvaldo y Dorliska el día siguiente de Navidad, como apertura a la temporada de carnaval. La ópera no fue un éxito, pero por suerte se había finalizado un contrato con el duque Sforza Cesarini para estrenar una ópera en el teatro Argentina.

—Rossini estaba metido en la partitura de El Barbero de Sevilla, cuando a

mediados de febrero se produjo un incendio monumental que dejó al San Carlo convertido en cenizas. Las cartas que Isabel envió con el relato de este episodio me dejaron conmovida. Fue como si se hubiera quemado su casa. La ausencia de Rossini, la extrañeza que sentía en su voz, y la destrucción del teatro fueron demasiado, y en esa época necesitó mucho licor para poder conciliar el sueño. El único que no se lamentó por la destrucción del San Carlo fue Domenico Barbaia; inmediatamente consiguió la licencia para reconstruir la sala con una empresa constructora que creó especialmente, con la promesa de terminar las obras en un tiempo que sonaba fantástico en esos años, a cambio de la concesión más que interesante de las salas de juego que se instalarían en el teatro.

—Durante todos estos años me ha sido imposible conocer lo que sentía una mujer de un pasado tan lejano, simplemente por la lectura de datos biográficos que fueron en verdad muy escasos. Y este punto es el que me ha producido escalofríos, porque ahora tengo la seguridad de comprender todo lo que Isabel sentía, la lejanía de Rossini, y la inseguridad en la voz.

—Marcos, yo no quise que nada de esto sucediera conmigo, pero las pesadillas volvían. Era Isabel la que me visitaba en mis sueños, estaba segura, y he querido saber qué necesitaba decirme, sobre qué cosa me debía advertir; y por otro lado, prefería que se fuera, que me dejara en paz.

la oferta diabólica es tentadora, pero no he querido firmar el pacto de acomodarme al dictado de lo masivo, preferí sostener en todo caso la incomodidad que la música contemporánea le genera al público que hoy consume cultura, audiencia escudada en ese gesto displicente ante una obra densa, cuando se esgrime la frase de que no se la comprende, cosa que supone también una acusación de intelectualismo forzado para los compositores y en cierta medida confirma eso de que lo único que se consigue con estas producciones renovadoras es tirar una botella al mar, ilusión o desesperanza de que alguien efectivamente la reciba, y el diablo se coloca tan a mano, si sólo se requiere la adecuación al mercado de los personajes que compran los

abonos de conciertos, reconocen las partituras, pero prestan mayor atención a la calidad de la versión, lo accidental, si se cantó o se tocó como se debe, sin importar si la obra vale algo o es una cagada en cuatro movimientos admirablemente presentada. Beatriz había generado en mí la idea de que ella era una artista que transigía con la industria, pensamiento inicial que luego fui cambiando, creo que su fidelidad a un repertorio tenía otro sentido, al menos en ella, y con el tiempo, yo había comenzado a respetar sus opiniones, su posición de guardar la forma del texto musical y no ceder a la tentación de introducir cambios en las ornamentaciones que se encontraban indicadas, consideración por el autor que pocos cantantes conservan. El diablo es cambiante, muta su aspecto permanentemente, no en vano ha sido presentado con la apariencia de un crítico musical, un teórico de la música que obliga a su víctima a debatir los temas sobre la base de los cuales se establecerá el contrato, en tanto se comprenda que hoy el arte es la impotencia respetable de los que no tratan de disimular con nobles excusas el carácter general de la enfermedad, tal lo que había dicho. Me pregunto entonces si esta obstinación que he mantenido, la voluntad de permanecer fiel a una línea de conducta, posición rígida a veces por no ceder a la seducción maligna, es realmente una posibilidad de redención, cosa de la que ya dudo, porque ninguno de los actos drásticos a los que me he visto forzado en los últimos tiempos merece la piedad de nadie, quizás Beatriz, su fantasma, me perdone por el final de nuestra relación, tan fácil de convocar, su voz registrada, editada, su presencia dibujada en el humo del taller, acá en la calle Velazco, los dos solos como tantas noches desde que estoy en Buenos Aires, como tantas noches en otras ciudades cuando Beatriz vivía y la carne importaba, es un viaje corto en el tiempo, dejar la mente libre para retroceder, sentir nuevamente el temblor de nuestras presencias, el mismo alcohol que nos acompañaba y perfumaba nuestro aliento, mucho antes de que se convirtiera en un vaho insoportable, y es un pequeño lujo que todavía hoy me permito, escucharla a Beatriz en las noches del taller con una copa llena y sin hielo apoyada en la mesa de trabajo

fue en Viena cuando los síntomas del alcoholismo de Beatriz se exteriorizaron, luego de una noche inolvidable en la que cantó Semirámide, aclamada por el público que olvidado de su germánica sobriedad la retuvo durante más de veinticinco minutos en el aplauso final, y en esto el narcisismo de Beatriz afloraba fácil, porque salía a saludar con gestos de diva que yo detestaba, no sé bien el motivo, casi siento todavía la misma impresión de falsedad ante el recuerdo de esas reverencias voluptuosas, la cabeza baja con la mano derecha en el medio de su pecho agitado por la emoción que el delirio colectivo provocaba, durante segundos interminables cada saludo, coreografía estudiada, los besos que enviaba al público con aire de soberana absoluta, muy frecuentemente los ojos brillantes y húmedos, casi siempre en medio de

un griterío que llovía de rosas blancas, las flores que se había encargado ella misma de divulgar como sus preferidas, aclamación esa noche la de los vieneses justificada, porque el dramatismo que le había otorgado al personaje, sobre todo en el dúo de Semirámide y Arsace, había llegado a un punto muy por encima de la total perfección técnica. Beatriz había reflejado un indisimulado orgullo al ver su foto autografiada en las paredes del café Sacher, orgullo también por la devoción de los mozos cuando nos sentamos a tomar algo al concluir la primera función, pero en esa oportunidad existió algo más, la certeza de que la dignidad se le había desmoronado, lo que permitió a su fascinación por el whisky vaciarse casi obscenamente frente al mundo, como si quisiera que no quedaran aspectos ocultos de su personalidad ante su amado público, como lo llamaba cuando estábamos a solas para chicanearme, y en el Sacher, Beatriz se emborrachó sin prestar atención a mi insistencia de que se detuviera, sin temor a que mi presencia se revelara como el acompañante privilegiado de la cantante más espectacular del momento, presencia que en todo caso quedó relegada para las cámaras ocupadas en mostrar al día siguiente en los diarios de todo el planeta la foto de Beatriz tumbada en el café del hotel Sacher, gritando groserías a los periodistas que se fascinaron con la escena, principio de un asedio que no perdonarían ni siquiera en las frecuentes internaciones de desintoxicación que sobrevendrían con el tiempo, ayudada por su empleada, su agente que surgía siempre de la oscuridad como por arte de magia, mientras yo me alejaba de la escena, sentado a otra mesa, junto a mi amada Sachertorte, tan perfecta la cobertura de chocolate, nunca comprendí cómo podían hacerla tan lisa, una verdadera maravilla de la pastelería vienesa que consuela de la situación más triste

más de algún crítico había vaticinado que la estrella de Beatriz sería una luz fugaz en el universo de la lírica, aunque ya nadie podía dudar de la intensidad que había producido desde sus comienzos en el Colón, reforzada por el impulso que luego su carrera tomó a partir de los recitales de Amsterdam, y la predicción de su carácter efímero se basaba en el maltrato que otorgaba a su instrumento, constantemente de viaje, alternancia de papeles que ponían los pelos de punta a quienes no comprendían el prodigio de una voz capaz de cantar en Sidney y tres días más tarde en Estocolmo en papeles disímiles en género y tesitura, Tancredo en un teatro, Lucía en el otro, repertorio belcantista, a lo sumo mozartiano, salud la de su voz que la prensa en su asombro ya no intentaba explicar, mucho más notable desde que venció al público londinense en Covent Garden con la escena de la locura que convirtió en uno de sus clásicos, ya no era sólo la voz, esa facilidad para remontar y sostener el sobreagudo final interminable, sin ningún esfuerzo perceptible aunque yaciera tumbada en el suelo, Beatriz había desarrollado naturalmente una personalidad dramática que pienso se podía permitir por la facilidad con

la que cantaba, nunca fatigada, ninguna huella del insomnio perpetuo, las pesadillas constantes y la bebida en exceso, parecía que recobraba su lozanía en el momento de entrar en el escenario, era completamente cierto lo de su falta de temor a enfrentar a un auditorio que caía en un estado de fascinación hipnótica, y confieso que yo mismo, siempre entre las bambalinas, en más de una oportunidad me había olvidado de todo menos de lo que sucedía en escena, dominado por la influencia de Beatriz que insistía en tenerme de acompañante, aunque eso se circunscribiera a las giras europeas como yo había acordado, más allá de un rapto de generosidad que tuve cuando Beatriz me llamó para que viajara a Nueva York al recibir la noticia de que su madre había muerto en Buenos Aires, porque pese a que había causado conmoción la actitud de Beatriz de no suspender las funciones programadas en el Metropolitan, y había dejado a su agente ocuparse del funeral, también se había mostrado dolorida y llorosa frente a las cámaras, como para lograr uno de los impactos fuertes de su carrera, al no salir a saludar durante los primeros cinco minutos del aplauso final, visiblemente atormentada por el dolor, pero al público no se le niega nada, y verla entonces cambiada con un sobrio traje negro, sin el maquillaje, recogiendo una rosa blanca sin su sonrisa radiante, sólo su gesto de agradecimiento por el amor-que-ustedes-me-dan-es-lo-más-importante-de-mi-vida, y yo detesté haber presenciado esa actuación, porque sabía que Beatriz odiaba a su madre y la muerte había sido el alivio de no tener que prestarle atención ya más, olvidarse de ella y volver entonces de tanto en tanto a Buenos Aires, sola, nunca la acompañé en sus viajes, Beatriz y yo volvimos a reunirnos en esta ciudad después de su muerte, en momentos como el presente, en la soledad del taller, los dos fantasmas junto con las reproducciones, fantasmas también como esta Ronda Nocturna que la señora Judith insiste en colocar en su departamentito, lejanos momentos aquellos de los cafés del Jordaan, los canales de Amsterdam helados, invitación que yo aceptaba la de caminar sobre el hielo, con la fantasía de que tal vez se quebraría y me hundiría de una vez por todas y para siempre

Voz de mujer italiana 5

—Isabel envió algunas cartas muy llamativas cuando se enteró del desastre de la primera función de El Barbero de Sevilla durante su estreno en Roma. En la edición crítica de su correspondencia, que publicó hace un tiempo la Fundación Rossini, faltan algunos elementos que yo conseguí gracias a amigos que tengo en Pesaro. Parece que en realidad las noticias que llegaron a Nápoles de la ópera fueron, al menos durante el primer tiempo, las del fracaso absoluto de esa noche de estreno, y no se supo del furor que finalmente ocasionó en su segunda representación hasta que Rossini llegó de vuelta a encontrarse con Isabel.

—El papel de Rosina fue pensado para una mezzocontralto, siempre en la línea de tesitura grave femenina que en esa época dominaba en los teatros italianos. Yo detestaba todas las versiones hechas por sopranos de coloratura, porque en realidad eso ha sido una traición al espíritu de la obra. Ya sé que yo podía cantar en ese registro, pero como soprano canté papeles de soprano, y no abusé de los agudos ni de transportes de tonalidad como se ha hecho en esta obra. Está bien que Rossini no fue muy innovador y que los papeles importantes eran para las mezzos, que hasta ese entonces balanceaban tímbricamente con los castrados. Aunque ya en la época de El Barbero los castrados no abundaban, habían sido la figura masculina preponderante, con una tesitura de soprano muy especial, pero vuelvo siempre sobre lo que Rossini defendía, el tema de la esencia de la voz femenina italiana, y creo que esto tiene que ver con la propia calentura del músico por la voz, lo mismo que lo había unido a Isabel Colbrán. La prima donna del Teatro Argentina, una amiga de Rossini que estaba ya por retirarse, era una mezzosoprano a quien le dedicó la composición del personaje, y me ha parecido obvio que Isabel se pusiera terriblemente celosa de esta situación. En alguna medida, pensaba que

el éxito de Rossini debía circunscribirse solamente a aquello que lo relacionara con ella, y de momento, con el contrato que Rossini había firmado con Domenico Barbaia, las óperas que los vincularan debían realizarse en Nápoles.

—Por eso Isabel disfrutó la carta que un amigo del Teatro Argentina le mandó con el dibujo de un frasquito, un fiasco, lo mismo que hacía Rossini cuando no funcionaba bien un estreno, pero supongo que vos sabés que para el caso de El Barbero las cosas fueron más allá, fundamentalmente porque existía una obra con el mismo libreto hecha por Paisiello, de modo que toda la claque de ese músico se fue al teatro para arruinar el estreno, lo que comenzó con una silbatina general cuando Rossini apareció vestido con un saco espantoso de color verde intenso con botones dorados, que le había regalado Barbaia, y más allá del quilombo que se había armado, tiraron un gato al escenario, todo el mundo maullando como locos, festejando cualquier equivocación a los gritos, para colmo de males hubo una racha que parecía que no terminaba más. Al tenor que tenía que tocar la guitarra en la canzonetta de la ventana, se le saltó una cuerda en medio del aria, el bajo estaba tan asustado por lo que pasaba afuera, que no quería salir al escenario, alguien lo empujó y se golpeó la nariz, que no paró de sangrar durante toda la representación. Rossini se escapó sin saludar y no quiso volver a dirigir la ópera al día siguiente, pero como estaba obligado por contrato, pasó parte de enfermo, y se encerró en la casa que compartía en Roma con el barítono que hacía de Fígaro.

—Isabel no recibió ninguna carta que le contara la parte de la historia que siguió a ese episodio, cuando al terminar la segunda función, aclamada por un público que no tenía nada en contra de Rossini, una muchedumbre se dirigió a la casa donde se había encerrado. Parece que casi se rompe el alma cuando creyó que venían a lincharlo, mientras intentaba escaparse por la ventana de su cuarto. Terminaron todos en una recorrida de alcohólicos, bien borrachos por el triunfo que todavía le dura, creo que El Barbero de Sevilla es la ópera cómica que más se ha representado en el siglo veinte, y supongo que vos sabías que en el encuentro de las dos glorias musicales vivientes en Europa, Rossini y Beethoven, que se produjo en Viena un par de años más tarde, el sordo atormentado le pidió más, algo más como El Barbero.

—Pero la idea de Isabel, y la carta que he mencionado es auténtica, era que a continuación del fracaso rotundo de El Barbero, Rossini se quedaría en Nápoles junto a ella. Isabel seguía enloquecida por las pesadillas que se repetían, otra la visitaba en sus sueños, y si bien no aclaraba en sus cartas el contenido de sus tormentos nocturnos, siempre he pensado que debían ser parecidos a los míos. Se encontraba en un estado de agitación que ocultaba,

aterrada por perder la voz, la inseguridad la estragaba poco a poco y aunque el deterioro fuera muy sutil, para ella estaba instalado. Empezó a beber cada vez más, se refugiaba en alguna mesa de juego y perdía sumas siderales.

—Isabel era una mujer rica, también esto le debía de importar a Rossini, un tipo que desde siempre fue un bon vivant, y si el juego y el alcohol comenzaron a enviciar a Isabel de a poco, las rentas que percibía por sus propiedades eran más que interesantes. Creo que este tema le dio una seguridad que pudo atemperar en parte el miedo de que su amante la dejara si perdía del todo su voz, ella conocía los intereses de Rossini, y cuando él volvió de Roma a Nápoles habían pasado muchas cosas, la más importante obviamente fue la destrucción del teatro, pero las obras de reconstrucción se habían iniciado con la empresa de Barbaia, toda la compañía funcionaba en el Teatro del Fondo, y el encuentro con Isabel parece haber calmado los ánimos por un tiempo. Lo primero que Rossini tuvo que componer fue una cantata nupcial para la nieta del rey de las Dos Sicilias, y por supuesto el papel principal fue el personaje de Isabel, que quedó muy bien parada en la función que se hizo de Las Bodas de Tetis y Pelleo, en presencia de los personajes más importantes de la corte. De esa cantata saldría más tarde el aria y rondó final de Cenerentola, vos sabés muy bien que esa es mi ópera preferida.

—Será por lo de la Cenicienta que espera el fruto que le debe la mañana...

Voz de mujer italiana 6

—Lo que pasó con Isabel es una muestra de que la voz es incompatible con el amor. Suena ridícula la palabra, pero todos la hemos buscado. Hablo de la voz entendida como lo más importante de la vida, aquello que la domina. Para sostenerla hay que aceptar las reglas, abandonarlo todo, someterse a un destino incierto. Sí, yo también lo sentí así, porque no creo que se pueda decir en todo caso que lo nuestro fue un verdadero amor, tal vez sería mejor pensarlo de otra manera, esos encuentros que tuvimos en Amsterdam, fueron cruces de buenos momentos. No conocíamos una parte importante de nuestras vidas. Nos faltó el condimento insalubre de lo cotidiano, y eso nos hizo bien.

—Nos hizo bien, ¿no, Marcos?

—La historia de Isabel Colbrán parece el argumento de una ópera. La cantante que decide sacrificar su más preciado don por el amor a un hombre que tampoco es un tipo común, un hombre que por otra parte se enamoró de esa capacidad artística que ella irá perdiendo en una declinación progresiva. Al menos guardará en sus labios el sabor de haber disfrutado lo que a las diosas les está negado, esa cosa inexplicable que va mucho más allá de calmar el deseo. Sí, Marquitos, también yo creí que estábamos en un punto más allá del puro deseo, pero no estuve dispuesta a repetir la historia.

—Marcos, no quise verme forzada a elegir, nunca. A los dos nos gustaba la sensación de anonimato, la protección de Amsterdam, nuestros encuentros sin programar en las ciudades que vos querías de Europa. Me habría gustado estar con vos en Buenos Aires, en la casa mía de Flores, algún día de primavera con la glicina del patio en flor. Sí. Un mate los dos en el patio.

—Recuerdo cuando después de una función en las Termas de Caracalla, me invitaron unos condes a su palacio en Roma. Habían organizado una recepción en mi honor, invitaron al embajador argentino, un personaje típico de la fauna local. Vos sabés que yo he detestado que en Buenos Aires me consideraran la heroína nacional, el imbécil orgullo patriótico porque hay una argentina en el mundo que se ha hecho célebre de buenas a primeras. Son una verdadera mierda la mayoría de los argentinos, pedantes, gritones y delincuentes con eso de que el estilo tango te salva. El embajador no tuvo la mejor ocurrencia que decirme que se sentía muy orgulloso de lo bien que

representaba al país en el exterior, y que había un grupo que quería nombrarme embajadora artística. Imaginate la cara que puso cuando le retruqué que a mí la Argentina no me había dado nada, y que más allá de un nacimiento, el gusto por el mate y algunos mitos nacionales, yo no sentía ningún agradecimiento hacia un país que no tenía el menor sentido de la solidaridad para con ninguno de sus habitantes. Le dije al embajador que esa es una perversión, que la Argentina era pura chabacanería, y que para mí el país se podía ir al carajo, en todo caso representaba un tema privado, y a mi pesar, porque había cosas clavadas como espinas dolorosas para siempre, y en vez de ocuparse de alguien como yo, que ya había llegado arriba, era hora de que les dieran bola a los de abajo. El tipo se tragó el sapo con su mejor gesto de acá no pasó nada, estábamos con un par de viejas estiradas de Buenos Aires y los condes, creo que algo entendieron, sobre todo cuando le lancé al embajador que en definitiva yo era italiana, la cara del hombre seguía impasible, pero estoy segura de que quería asesinarme. Le dije que la mía era la voz de una mujer italiana.

—Después tuve una pesadilla horrible. Soñé que estaba en mi camarín, no sé en qué teatro, y de pronto había fuego por todas partes. Un incendio feroz, caían maderas encendidas, y yo no podía escaparme. Se oía música, sabía que mi parte estaba por empezar, pero no podía salir por el fuego. Y de pronto, cuando la orquesta llegaba al comienzo del aria, se oía mi voz, otra cantaba, el mismo sonido de siempre, sin que nadie se alterara por lo que pasaba conmigo abajo, fuego por todas partes, el infierno. Me desperté enloquecida, eran las tres de la mañana, y ya no pude volver a dormirme. Ni siquiera con la ayuda de un par de copitas. Había quedado desvelada, tenía ganas de llamarte, casi lo hago, pero te tuve piedad. No sé cuántas veces manoteé el teléfono. Sólo me calmó el trío de Schubert, repetido por horas.

Taller de Marcos 8

todavía suena en mi cabeza el ruido de las tazas de café que temblaban en la bandeja que una muchacha negra y tan alta como un hombre holandés nos había dejado en la mesa del t'Smalle, un bar muy angosto, el piso en damero, las ventanas con vitrales que dejaban ver la nieve que castigaba las bicicletas atadas a las barandas del puente, vieja construcción la del lugar que con orgullo repiten sus propietarios data del siglo dieciocho, lo suficientemente añoso como para que Beatriz y yo sintiéramos en uno de esos primeros días mágicos de Amsterdam el espíritu motivado a relatarnos, al principio tímidos, luego más desenvueltos, nuestros fantasmas que también se remontaban a épocas bien pretéritas, pasados que no coinciden el del padre Linde y el de Isabel Colbrán, historias distintas en su modo, lugar y tiempo, pero sorprendente paralelismo el de estos personajes anidados en nuestras mentes, con increíble vigor. Atrás, lejos de ese día, estaba el Amstel Hotel, fin de una noche compartida entre confesiones estrenadas antes de la función del Concertgebouw, con bises al concluir el concierto, seguidos por el comienzo

de nuestras historias, las vidas propias y la de nuestros espectros, narración que Beatriz mantuvo en retazos a lo largo de toda nuestra relación, durante los encuentros posteriores en las ciudades que identificábamos en relación con variados teatros de ópera. Beatriz parecía conocer mucho más de su fantasma que yo del mío, o al menos de lo que yo admitía conocer. Subrayo este punto, siento que hay en esto una disparidad de género, las mujeres son más despojadas para contar sus intimidades una vez que han entrado en confianza, mientras que los hombres guardamos cierto pudor, incluso en los círculos más próximos a la hora de alardear de nuestras proezas eróticas, y si todavía siento algún vínculo con Mark Linde, escondo ciertas ambigüedades sobre su persona, una cortina de humo como el que sale de mis cigarrillos perpetuos, sobre las reproducciones acá en el taller de Villa Crespo que también deja fuera de foco aquellas formas que en la penumbra se insinúan como otros fantasmas, dibujos que la imaginación produce sin esfuerzo, como las figuras que las nubes dibujan en el cielo y Beatriz inventaba siempre que sus ojos apuntaban hacia arriba, cuando el infinito se ponía azul

la pregunta que Beatriz me había hecho en el t'Smalle, caída como al pasar, mientras miraba la nevada fuera del café, era la misma que se hacían los estudiosos del tema, y establecer la razón de lo que parece ser una huida, tan lejana en el tiempo, resulta casi imposible. En 1718 Linde se había retirado de las misiones de Chiquitos, pasados los veintisiete años de dedicación a la orden, y su precipitada salida todavía produce debates entre los especialistas del barroco latinoamericano, la mayoría de ellos instalados cómodamente en Europa, quienes puestos a especular sobre las causas probables han hablado de relaciones non sanctas con indias guaraníes, hasta con indios, pero todas estas son fantasías que nadie ha podido probar, y sin dudas, fue una gran pérdida para los jesuitas la partida de alguien productivo en tantos aspectos, porque no sólo conocemos sus composiciones, sino también su obra como ebanista y platero, patente en los despojos de la sacristía de la iglesia de Concepción, la mano de Linde está ahí con maestría innegable, y se entiende la habilidad manual que seguramente provocó cierta envidia en alguien tan caracterizado por la modestia como Bach, cuando se conocieron en 1723, en el momento en que el compositor y su familia dejaron Köthen y se establecieron en Leipzig , la más importante ciudad de Sajonia luego de Dresden, y en las cartas en las que Bach habla de Linde, los términos son elogiosos sobre la ayuda que el jesuita le proporcionó para sus múltiples tareas fuera de las específicamente musicales, una vez que lo nombraron en el colegio de Santo Tomás, y seguramente había sido duro para un músico que venía de la corte en Köthen pasar a cumplir las tareas de levantar a los alumnos a las cinco, rezar una oración a la mañana y otra a la noche, vigilarlos durante las comidas, responsabilizarse de la disciplina, dirigir los

coros, copiar las partituras, a lo que se sumaba la composición de los ciclos de cantatas y festejos cívicos y religiosos de las iglesias de Santo Tomás y San Nicolás, tareas que siempre he admirado, imagino que debía poseer un temperamento especial, ya que en mi caso particular, lidiar con los alumnos fue una de las experiencias más desastrosas de las que tenga algún recuerdo, y supongo que la relación entre los dos fue productiva, porque uno de los puntos más asombrosos para los biógrafos de Bach ha sido el hecho de que la mayor parte del incomparable repertorio de iglesia que compuso en el carácter de kantor de Santo Tomás, se produjo durante los seis primeros años de su estadía en Leipzig, hasta 1729, coincidencia la de la fecha con la de la muerte del padre Linde, para quien Bach dedicó una cantata fúnebre que se ha perdido como tantas obras suyas. Remarco en todo caso estas fechas, Beatriz también se había mostrado intrigada en el café t'Smalle, sus ojos se habían clavado en mi cigarrillo, y se interesó, más de lo que yo podía esperar de su persona, por el paralelismo que le había señalado, también ella conocía la tarea titánica que se le atribuyó a Bach, la de componer al ritmo de una cantata por semana, además de los motetes, las pasiones, el magnificat y la música para instrumentos, producción que Bach había realizado en medio de una familia numerosa, envuelto en una infinidad de problemas domésticos, durante el período de 1723 a 1729, lapso que, visto desde la perspectiva del padre Linde, señalaba en todo caso el final de su propia vida, quizás algo abrupta su muerte y hasta el momento no aclarada, y estas eran las cosas que a Beatriz más le interesaban, las circunstancias del fin de la vida de una persona, parecía que la historia de Linde, su vinculación con Juan Sebastián Bach, el nexo de las misiones jesuíticas con el compositor más venerado de la música occidental, todo ello se subordinaba a un segundo plano, eclipsado por esos detalles de lo cotidiano que a Beatriz le parecían acaso fundamentales, y no eran poco importantes, pienso que mi relato le ponía más énfasis al aspecto técnico de esa historia, me detenía en las explicaciones detalladas acerca de la decepción que Bach le había expresado a Linde sobre la deficiente formación de los músicos con los que contaba en Santo Tomás y en San Nicolás, muchos de ellos mediocres, situación que en una carta Linde había atribuido a que en realidad los superiores de Leipzig eran gente extraña y poco interesada en la música, y esta vulgaridad en la que se encontraban inmersos, esta falta de formación de los ejecutantes de sus obras, me llevaba a una comparación odiosa, Mark Linde con una orquesta de indios de la Misión de Chiquitos transformados en músicos profesionales por obra de su tenacidad, contraste con la orquesta y el coro de los músicos de la iglesia de Santo Tomás, acusados de incompetentes, "untüchtige" como decía Juan Sebastián Bach, oposición que a Beatriz le había despertado la veta del humor cuando había afirmado que deberían haber mandado al carajo a los alemanes y haber importado a los indios sudamericanos, que tal vez habrían motivado la

imprescindible cantata de la yerba mate, comentario relacionado con lo que me parecía trivial, como muchos de los que había hecho en esa tarde de frío y nieve en Amsterdam, mientras oía la historia de Linde, más interesada en la cantidad de hijos que Bach había tenido con Ana Magdalena, y si Linde había apadrinado a alguno de ellos. La cara de Beatriz había tomado otro color cuando escuchó mi indiferencia ante la exigencia de respetar a ultranza la forma de interpretar con un criterio de revisión histórica toda la música previa al romanticismo, y si había en ella una intención de molestarme por mis aseveraciones teóricas que, lo admito, a veces resultaban algo sentenciosas, le había parecido divertido lanzar la idea loca de que Bach ponía poca gente en el coro, o pocos instrumentistas en sus orquestas, simplemente porque los que tenía en ese momento eran todos malos, y que seguramente se habría sentido muy complacido cuando un buen muchacho judío como Félix Mendelssohn revivió La Pasión según San Mateo en 1829, con un coro de ciento cincuenta y ocho personas y una orquesta que cien años atrás habría sido imposible reunir. Sólo sigo pensando, ahora en el calor del taller, que más allá de toda consideración, Bach fue un tipo que nunca le había hecho concesiones a su auditorio, motivo tal vez de que se lo haya considerado mejor organista que compositor, y hay coincidencia en que el hombre era consciente de su talento, de su maestría que fascinaría a todos los estudiosos de su figura, aunque él se cagaba en la posteridad, ahí tenemos la infinita cantidad de sociedades Bach, festivales Bach, representaciones que a pesar de su densidad son capaces de convocar masivamente a un público que todavía existe, hipnotizado por lo monumental de las Variaciones Goldberg, Beatriz misma me había cantado a capella el aria “Erbarme dich” como para aumentar mi capacidad de sorpresa, cuando salíamos del café, un hecho que reafirmó mi intención de convencerla de cantar algo más que el repertorio del belcanto, infructuosa tarea por la que más de una vez terminó mandándome a la mierda, pero esa tarde en Amsterdam, oscurecía pasadas las cuatro de la tarde, solos en un puente sobre un canal del Jordaan, Beatriz había cantado para mí, y ahora me pregunto si yo me lo merecía

Voz de mujer italiana 7

—No creas que sólo he pensado que la música, o tal vez el arte en general, debía ser exclusivamente la recompensa del hombre común como alivio para su vida miserable. No comparto eso de que la vida es triste y el arte es alegre, pero tampoco me ha parecido que todo lo que se ejecute o se cante deba ser una prueba que exija sólo la atención del oyente, un ejercicio de la razón. A lo largo de mi carrera he sentido la música de una forma visceral, desde mis entrañas. Acordate en todo caso de la apertura del trío adagio de Schubert. No, es imposible de razonar.

—Marquitos, yo he entendido la rabia que da la falta de consideración para la música contemporánea cuando se echa un vistazo a los programas de los teatros de ópera o salas de concierto en el mundo entero. En todo caso, tendrías que haber admitido que la facilidad fue para la música un arma de supervivencia durante mucho tiempo. Tal vez me habrías comprendido si hubiera aclarado que la alegría era para mí una posibilidad de definir la música en general, y no una obra determinada. O quizás, mi querido fundamentalista, tan inocente cuando cierra los ojos, lo único que he pretendido fue llevarte la contra, ponerme siempre en la vereda opuesta a tus opiniones, tanta teoría y tan poco público que siempre me asombró.

—No quería tu enojo. Estaba convencida de que muy pocos conocían tu talento como lo conocí yo. Lo que de ninguna manera te iba a permitir es que me vendieras a mí tu desinterés por el reconocimiento, porque sabía que en el fondo te habría gustado que tu música se escuchara masivamente. Por supuesto que no dejabas de ver, vos sos tan inteligente, que es imposible salir de los círculos de entendidos, y más allá de una grabación en edición limitada, tu música no iba a ser difundida. Pero he imaginado que no es esa tu meta, vos que defendías la posición de que la música no persigue ningún objetivo, que no es ningún lenguaje, y me mirabas con gesto algo soberbio cuando me pescabas en una declaración sobre el belcanto que se las daba para la mierda con las ideas que sostenías. Y te juro que estaba de acuerdo, pero también la industria cultural impone un mandato, somos una vidriera con otro tipo de mercancías, hay demasiada desesperación afuera, tanta, que nadie va a querer consumir un arte que incite a la desesperanza, o aun más, que te exija la

reflexión profunda todo el tiempo. La gran masa se forma con los que ponen la música como fondo a una reunión, los que se divierten en un restorán italiano escuchando arias célebres de ópera, las excursiones culturales a los lagos del sur para escuchar a Vivaldi. Para esa gente produce el mercado de la música clásica, pero lo mío fue una mortal coincidencia. No cantaba para ellos, no era por el mercado, ni por transigir con la alegría que precisa toda expresión artística. Y ha sido esa coincidencia, esa pulsión irrefrenable a cantar el repertorio belcantista, el motivo de mi negativa a incursionar en otro terreno. No quise que se dijera si podía o no podía. Era un debate que no me interesaba resolver. Vos y yo supimos bien la verdad.

—¿No me contaste vos mismo que Bach era considerado por sus contemporáneos un anacrónico? Hoy el público y los artistas son anacrónicos. Quizás antes las cosas eran más parejas cuando no existía la radio que te asesina el oído. No me imagino a un compositor de música culta considerado una celebridad mundial, como sucedía con Rossini. En 1816 debía continuar con sus obligaciones en Nápoles luego del estreno romano de El Barbero.

—Isabel Colbrán se había enterado del éxito final de la obra por boca del propio Rossini, mientras la consolaba de la pena que el incendio del San Carlo le había producido. De todos modos las obras de reconstrucción iban a un ritmo endemoniado, gracias a la empresa constructora de Domenico Barbaia. Isabel quería apropiarse del papel de Rosina, deseaba ser identificada con la nueva heroína que su amante había lanzado, pero Rossini se negó sistemáticamente a poner la ópera en Nápoles en esa temporada, y se dedicó a una nueva ópera cómica, utilizando el dialecto napolitano y adaptando números de óperas anteriores. La siguiente fue Otelo, y si bien el papel de Desdémona no le calzaba espiritualmente, lo aceptó con agradecimiento. Isabel se daba cuenta de que la declinación de su voz ya no era simplemente su secreto, y el propio Rossini percibía una pérdida, miserable tal vez, pero suficiente como para que comenzara a tener en cuenta la situación a la hora de escribir las arias que Isabel estrenaría en Nápoles. En Roma nuevamente hacia fin de ese año compuso en tiempo récord la Cenicienta, una ópera semiseria que a Isabel le habría gustado cantar, pero en el rondó final no había posibilidad de superar la prueba sin sentir que se produciría un desastre.

—Isabel era una traidora. Había traicionado a su instrumento, había dejado de entregarse por completo a la voz, para sentir que su vida giraba alrededor de Rossini, como una soga que se había atado al cuello.

—Las pesadillas eran aterradoras. Tuve en mi poder las cartas en las que Isabel describió las ceremonias que había desarrollado con el intento de

prevenirlas. Dormía con una sirvienta que velaba a la puerta de su dormitorio con un rosario traído de Roma especialmente para ella. De la cabecera de su cama colgaba una imagen de la Virgen María bendecida por un ermitaño de Tierra Santa, especialista en quitar cualquier vestigio maligno de los endemoniados. Sólo podía dormir boca abajo, con los brazos en cruz bajo la almohada, así le había sugerido una vieja mendiga y algo bruja que conoció en la Strada Nuova, a quien en un rapto de angustia le contó el desastre de sus noches. Debajo de la cama debía colocar una cruz de sal con un vaso de agua y una tijera, para cortar los malos sueños. Pero nada de esto le dio resultado.

—La pesadilla de todos los días, el desastre de la noche que se sabe irremediable, algo imposible de conocer si no se lo vive en carne propia. Yo lo pasé, entendía a Isabel Colbrán aun en la brecha del túnel del tiempo, de estos casi doscientos años que me separaban de ella. Tal vez, en mi caso hubo una diferencia, algo que me salvaba del abismo en el que ella cayó y del que no pudo salir.

—Yo no traicioné a mi voz. Al menos eso creí durante mucho tiempo. Es cierto que te tenía conmigo, estábamos juntos, compartíamos a veces la cama, pero mi arte estaba primero. Al menos son los detalles que Rossini habría apreciado, como mi indudable condición italiana, y la calidad vocal que no se corrompe. Jamás conocí el miedo al público. Y si me sentía mal al tratar de conciliar el sueño, un whisky, tal vez más de uno, un Dormicum, y a otra cosa.

Taller de Marcos 9

y todavía más atrás en el tiempo estaba Emma. Llevaba el pelo rojo suelto y su piel blanca con pecas parecía transparente, un prototipo de inglesa,

indudable al verla y aun más al oír su acento que tal vez exageraba a propósito, no fuera cosa que la tomaran por una americana, un terror que sienten todos los ingleses cuando están fuera de Inglaterra, y si bien nunca me habían gustado las pelirrojas, hubo algo en ella que produjo la violación de esa extraña regla por la cual quedaban excluidas de mi área de influencia. Emma tenía los ojos verdes intensos, casi oscuros, lo que le daba una expresión cambiada a la de esas británicas insípidas que alguna vez había conocido. Nos habíamos chocado en el aeropuerto de Ginebra, en el corredor subterráneo que conecta las terminales con el edificio central del aeropuerto. La historia, en todo caso, se inició gracias a dos vuelos coincidentes, las rampas móviles se encontraban atestadas de gente, de modo que la pelirroja y el sudamericano decidieron cargar sus bolsos y caminar. Desde la perspectiva del taller, esto parece una manera superficial de describir las circunstancias que nos unieron en el principio y que luego yo conocería en detalle, como los recovecos del conservatorio y la cama del cuarto que Emma alquilaba. Encuentro fortuito, como lo han sido los importantes de mi vida, nuestros aviones habían partido en los horarios oportunos, el suyo desde Londres y el mío desde Amsterdam, llegadas al aeropuerto ajustadas para que Emma y yo coincidiéramos en ese túnel, vaya a saber qué cosas circulaban sobre nuestras cabezas cuando nos empezamos a mirar y elegimos la misma ventanilla de aduana para llegar al hall central, sólo que yo fui amonestado por haber elegido la de los ciudadanos del Mercado Común Europeo, en vez de la de los *otros*, y eso de ingresar siempre por la puerta de los otros me ha señalado a partir de entonces, será que desde que desembarqué por primera vez en Europa me sentí un otro, y no se remedió ese sentimiento con mi regreso a Buenos Aires, cuando toda la historia quedó sepultada por un tiempo que no es tanto en cantidad como lo es en peso, sí, tiempo de años densos que, vistos esta noche en el taller, mientras encolo La Ronda Nocturna para la señora Judith, parecen cuadruplicarse por la intensidad de lo sucedido, por la irremediable muerte de Beatriz y el fin de mi historia con Emma. Pienso que fue la inglesa quien concretó el proyecto de las misiones, Emma, entusiasmada como una adolescente, apartando un mechón incendiado que caía sobre su frente con un gesto que todavía extraño, lejos también de sus silencios, como el que se instaló luego de volver de las misiones, en el aeropuerto en el que habría podido sentirme local, antes de tomar el vuelo que nos devolvería al conservatorio, casi sin hablarnos, como si la relación entre Emma y yo hubiera debido morir en un lugar similar a aquel donde había nacido. Nunca me sentí cómodo en los aeropuertos

el silencio de Beatriz cuando no quedaba otra posibilidad que incluir a Emma en el relato producía en mí la incómoda necesidad de crear paréntesis, imposibles rodeos de la narración donde la historia del viaje a las misiones

jesuíticas parecía ser el resultado sólo de mi iniciativa, para ella nadie más que yo había hecho ese viaje, porque los otros dos compañeros en el trabajo de campo se desdibujaban, quedaban sin foco en un lugar de la mente de Beatriz, y creo que yo apreciaba ese gesto de dejar en un limbo sin nombre a los otros, porque ese hecho cobraba en mi ego un efecto balsámico, producía la reafirmación de saber que desde los primeros días no había sido para Beatriz un personaje accesorio, y Emma era para ella parte de un pasado reciente que se destapaba con la historia del viaje a Chiquitos, historia relevante además porque habíamos dormido juntos. Werner, el alemán que había formado parte del equipo de trabajo, directamente carecía para Beatriz de existencia, no le otorgaba ninguna significación, tal vez sesgada por mis palabras, intencionadamente esquivas en la representación de aquel a quien Emma en su perfecto alemán alguna vez había definido como mi "doppelgänger", calificativo que yo me había preocupado por ocultar a Beatriz, siempre absorta en las ventanas, siempre tratando de salir de su interior, atenta en Amsterdam más a la nieve que a mis palabras, pero eso me había parecido tal vez parte de la pelotuda manera de restarles valor a las cosas que tenían que ver con mi persona, también yo con la mente en varios lugares al mismo tiempo, pensando que Beatriz no entendería nada de lo que le decía salvo que el destino diera un indicio, como por ejemplo, recuerdo ahora que en el café había pensado que ella debía revolver su taza con la cucharita en el exacto instante en el que yo dijera "obviamente", y si eso sucedía habría significado que le importaba, que no carecía de valor seguir la ardua tarea de relatar esos sucesos, olvidar esa tarde de Amsterdam a Emma perdida ya en Londres, sólo repetir en el t'Smalle la palabra "obviamente" cada tanto, una muletilla típica de los argentinos que incluso pretenden distinguir en su pronunciación la b de la v, y esperar que cuando yo dijera "obviamente", justo ahí Beatriz revolviera el capuchino, un gesto que ella hacía aun con la taza vacía, distraída en el café mirando al parecer las bicicletas amarradas a las barandas del pequeño puente, un milagro que se produjo en el tercer intento, y en mi cara se dibujó una sonrisa extraña, sí continuar la historia, para qué ya no importaba, porque aunque Beatriz paseaba sus ojos sin fijarlos en mí, su oído estaba atento o yo así lo creía

el proyecto lo habíamos decidido Werner, Emma y yo, como un pacto para reivindicar al padre Mark Linde, aquel compositor que habíamos conocido por casualidad, cuando los tres tomábamos muy seriamente nuestro fanatismo por Bach, algo tan desmesurado como una religión, el mayor compositor de la historia sin lugar a dudas, y los tres elegíamos el aria "Erbarme dich, mein Gott" como la señalada por el toque de lo inefable, elevación a una altura increíble para nosotros que se plasmaba en la Pasión según San Mateo, algo así como la cúspide de las obras vocales que compuso en su período de

Leipzig, y mientras leíamos los materiales de Bach y su libretista Picander, se había deslizado como al pasar una referencia a la ayuda que en esa época había brindado el padre Mark Linde, un amigo de la familia Bach y compositor también, ya que se le atribuían varias obras, entre ellas un motete a cuatro voces, única pieza conservada del cura, de una belleza simple, desconcertante, que Bach elogiaba en una carta de 1727 a Picander, y en la que mencionaba que el padre había pasado la mayor parte de su vida entre los indios de las misiones jesuíticas del Nuevo Mundo. Este dato sudamericano había sido lo suficientemente asombroso para que Emma y Werner me hicieran una infinidad de preguntas cuya respuesta desconocía en relación con el barroco latinoamericano, ya que para ellos, el mero hecho de ser yo un representante de esas latitudes justificaba la obligación de ser experto en la materia, al menos para situarlos en una geografía que para los europeos es tan borrosa como son los cambiantes países africanos en mi caso, geografías desconocidas y exóticas, no sabían del calor en el verano de Buenos Aires, su humedad exterminadora, las noches como esta en el taller, sin otro remedio que envidiar un poco a la señora Judith con su aire acondicionado, típica madre judía algo culta pero no tanto como para evitar la frase de que efectivamente lo que mata es la humedad, cuando en silencio yo había aceptado su reproducción de La Ronda Nocturna para enmarcar, luego de su peregrinación por Europa, y si Amsterdam le había parecido a la señora un escándalo de sexo y droga por todas partes, al menos en el museo obtuvo la tan preciada reproducción en un tamaño adecuado para el living de un departamento de Villa Crespo, refrescado a costa del equipo de aire que le evitaba la penuria del calor que ahora siento, supongo que la señora Judith no se atrevería a entrar en el taller, la temperatura y el humo producen un muro de contención, una protección al fin de cuentas

Taller de Marcos 10

las horas de Beatriz transcurrían entre los aviones y los ensayos, acompañada por un séquito reducido, pero constante en su obsecuencia, que fomentaba las conductas de artista caprichosa a las que ella agregaba indiscriminadamente el alcohol, espíritu este que quizás Beatriz no interpretaba como de tanta potencia destructiva, pero a las claras más siniestro que las presencias que inquietaban sus noches al punto de hacer desaparecer los vestigios de sentido común, y había reproducido con el mismo resultado negativo las técnicas que su predecesora Colbrán había intentado para exorcizar las pesadillas que la asolaban durante las noches. Yo mantenía mi lugar en Amsterdam, alejado de la actividad de Beatriz cada vez más intensa en Estados Unidos, tal vez sea más adecuado decir Nueva York. Los negocios prosperaban, administrados por su representante, que si bien sacaba una tajada más que provechosa del fenómeno de la cantante lírica más trascendente de las últimas décadas, se había ocupado siempre de condescender en los deseos pequeños, las flores preferidas en los jarrones, un single malt a mano, y aun más, había sido el

responsable de la adquisición de un departamento millonario sobre Park Avenue, a distancia prudente del Central Park, para permitir que Beatriz perdiera su mente caminando las tardes de otoño, y más de una vez Beatriz insistía en que la acompañara en octubre, pero sistemáticamente me negaba, la esperaba en Amsterdam, para cansar los caminos del Vondelpark, tan lejana de la casa de Flores que me había descrito en nuestros encuentros, cuando aceptaba desaparecer durante unos breves días en los que recalaba en el Amstel Hotel, lugar al que yo llegaba en mi bicicleta, destino conocido, la suite de Beatriz, yo aceptaba los acompañamientos europeos, distante del grupo que la seguía, atrás la pesadilla lejana de la realidad, unidos en los momentos de las representaciones, establecidos ya nuestros papeles de confesores el uno del otro, no importaba la asimetría de los lugares que ocupábamos en la escena musical, para esa época mi trabajo consistía en enviar los materiales que una fundación me pedía desde Zurich, beca ínfima que Beatriz remediaba con una generosidad que no me incomodaba, o al menos eso quería creer. Nada importaba en nuestras conversaciones, comenzaban con los cristales limpios, dispuestos a recibir el whisky que tomábamos juntos, costumbre que Beatriz me transfirió y conservo aun acá, en el taller, cierto que la copa se encuentra sucia por mi consabida desidia y falta de cuidado, ya no cuenta, La Ronda Nocturna tampoco, en el calor de esta ronda que ejercita el sombrío hábito de recordar, sadismo innecesario, es ya bastante la vida de mierda a la que estoy condenado en este país, en esta ciudad que condensa el calor sin calificar a los reos por sus delitos, no, no hay inocentes posibles en el infierno, y qué pecado habrá cometido la señora Judith no tiene ninguna relevancia, vive aquí, en Buenos Aires, respira el aire siniestro que sale del taller, el humo de los cigarrillos, molestia la de mi cuerpo transpirado y macilento, infierno sin duda el de una ciudad que une a la gente desde el espanto, aunque ya nadie por eso la quiera tanto, mucho menos Beatriz que está muerta, seguro que no en el infierno, pues ya lo atravesó en vida y ahora es sólo el recuerdo hecho música, perfección y gracia las de sus interpretaciones históricas que se han convertido en obras de culto en el mundo entero, Beatriz recordada por la voz, eternizada en los compactos y videos, en los libros con su biografía alterada, nadie ha hablado del músico argentino que la acompañaba en las giras europeas, el único que se introducía en las habitaciones de los hoteles donde se alojaba Beatriz, y precisamente esa vida forzada, ambulante y sin descanso había sido su descenso a los infiernos, mundo al que se había habituado con notable rapidez, borracha de esa voz que la poseía como un fantasma dominador, intoxicada por los sedantes que consumía para dormir y que nadie le negaba, ni siquiera en la clínica en la que recalaba de tanto en tanto para algún tratamiento publicitado por la prensa sin que a ella le produjera ningún escozor ya que siempre su voz quedaba fuera del alcance de los perjuicios que los excesos ocasionaban, milagro

inexplicable para su agente, pero suficiente como para que nadie se molestara en remediar la cuestión, pues al público le daba lo mismo que su diosa se hundiera en el horror, sin retorno posible, en tanto cumpliera con sus funciones y dejara que la voz se adueñara de la audiencia. Recuerdo con tristeza esos momentos en los que presenciaba desde lugares privilegiados el fenómeno que Beatriz despertaba cuando cantaba, la atmósfera del sitio se tornaba diáfana, y parecía que se envolvía en una frescura que dejaba atrás, muy atrás, la pesadilla lejana de la realidad diurna

y sumido en la magia que yo había comenzado a apreciar sin ningún tipo de restricciones, quedaba conmovido, como esa noche de otoño en Viena, cuando Beatriz cantó la Fiordiligi del Cosí y en el segundo acto, el aria "Per pietà, ben mio", la comenzó casi como un susurro, audible sin embargo por toda la audiencia que se quebró por la emoción, y creo que nadie percibió el insignificante gesto de Beatriz luego de producir una pequeña cisura que quedó como un abismo, silencio cargado de tensión antes de dar vuelta la cara y buscar mis ojos ocultos en la oscuridad de las bambalinas, un instante nada más para decirme "perdona all'error d'un alma amante", como una súplica dirigida a mí, y el público se había maravillado por esa actuación que yo por supuesto esa noche le perdoné, porque me lo había pedido expresamente, sin esas lágrimas falsas que dejaba fluir en las representaciones, sincera por una vez, aunque luego, alejada por el tumulto habitual del fin de la función, Beatriz envuelta en un torbellino de rosas blancas y con la cara maquillada no había permitido que me acercara y borró toda intención de cambio con un par de botellas de Chivas y los sedantes que la dejaron en su habitación del Hotel Sacher en un coma superficial que hubo que remediar en una clínica privada, donde se internó la mañana siguiente

y me sigue como un espectro que le debe fidelidad a su tumba. Digo la soledad, la misma que siente la señora del negocio de loterías que trae la foto de su difunto marido para enmarcar y me explica que ella es sola, y sé que esta diferencia no es un error gramatical sino una posición en la vida que comparto, porque también soy solo, lejos de las compañías de Amsterdam, perdido incluso para el único resto de familia que componían mi hermana y lo que yo llamaba el tambo de holando-argentinas de la Kazernestraat, vileza la del calor de Buenos Aires que vuelve agria la leche en menos de una noche y deja las galletas blandas y pastosas, perdido en el goce de esa mezcla de belleza y violencia que Beatriz marcaba en cada una de sus interpretaciones, defensora del genio del compositor aun más que del intérprete, un misterio que en la música parece natural, el forzoso instrumento que genera la intermediación del mensaje entre quien crea y quien escucha, porque dicen que la virtud de los textos se producía antes por el efecto de un lector en voz

alta, y esto se debía por un lado a la aristocracia por ser alfabetizado, y por otro porque no se ejercitaba la representación de la palabra sin pronunciarla, corte que un cura produjo en la Edad Media y dejó perplejo a su alumno, pero esto tan común como tomar una partitura y leerla es impensable para la masa, quizás tampoco es fácil para un compositor, tomar el libro, y conmoverse con la sola lectura de la notación musical: sin el intermediario la música carece de posibilidades, única cualidad de este arte en oposición a cualquier otro, salvo que un ciego se acerque a un cuadro y haya que explicarlo. Beatriz tenía honestidad a toda prueba, aunque prefiero nuevamente la palabra fidelidad, quizás es más pertinente para expresar los sentimientos que despertaba en ella el trabajo de un personaje, sobre todo de Rossini, cuidadosa de leer las versiones que no hubieran sido adulteradas, respetando la ornamentación indicada, y muchas veces evitando caer en la proeza de la coloratura complicada que desvirtuaba la obra de carácter. Esa cualidad de Beatriz había sido reconocida por la crítica especializada, que se ocupó de rescatar la falta de divismo en las interpretaciones, aunque su vida estaba llena de los tics de una prima donna absoluta, caprichosa e intolerante

Taller de Marcos 11

si mis tituladas Tres Piezas Para Voz Inhumana y Percusión parecieron un ejercicio teórico, imposibles de ser cantadas por ningún ser viviente según uno de los directores de la fundación de Zurich para quienes yo estaba obligado a componer por varios años, ello se debió tal vez a un patrón distinto del que supusieron los suizos, convencidos de la cuestión especulativa de una obra escrita ex profeso para analizar la relación formal de una lógica que buscaba su unidad, sin considerar algo tan banal como la ejecución, creo que pensaron en producir una grabación en la que se digitalizaran la voz de un tenor, un contratenor y una soprano, lo que habría resultado una verdadera mierda, porque yo bien sabía que las piezas tenían una destinataria, y Beatriz se había sentido halagada por las críticas favorables que estas producciones habían despertado entre mis colegas académicos. Solamente una sonrisa cómplice de entendida, genialidad que yo le reconocía a Beatriz la de advertir el valor de una obra, más aun si la pieza se alejaba tanto del Mozart italiano y los belcantistas. No importaba mi intención de darle a la forma una mayor importancia que al contenido, pienso que en muchas de las telas que se encuentran por ahí, es el marco más valioso que la pintura, pero esto es seguramente una deformación de mi tarea actual, este nuevo métier que ejerzo en el suplicio de Buenos Aires, el taller de Villa Crespo, barrio que el demonio ha destinado entre otras cosas a la pena de las inundaciones, ya pronto llegará el momento en que las avenidas se aneguen todavía antes de que comience la lluvia, pero hablar de pintura es un juicio sin valor para alguien como yo, carente de educación en las artes visuales, y termino en este campo como uno más del odiado grupo de los diletantes, incluso capaz de escuchar empáticamente y sin horrorizarme la afirmación de alguien como la señora Judith que con absoluto desparpajo califica ciertas pinturas de Van Gogh como muy lindas, y eso sin embargo que el instante determinado de poner un marco a una reproducción es el único en el que apelo a un material, a una técnica que atempera la perversión del hecho de reducir la obra, jibarizarla como quienes dejaron miniaturizada esta Ronda Nocturna que

quiere enmarcar la señora Judith. Salgo de los marcos, vuelo desde la calle Velazco a otro sitio y retorno a lo que alguna vez me perteneció. Beatriz coincidía con mi perseverancia por rozar la levedad, libre de esa obsesión por el dominio de la técnica, levedad que da justamente el perfecto control, tanto como para dejarlo en un acto reflejo, siempre Bach se había constituido como el ejemplo odioso del manejo perfecto del material, así lo había sentido por muchos años, músico incomparable entre todos los grandes, criterio soberbio el suyo, sin duda una voz adulta que dejaría convertidos a todos sus sucesores en niños, y acá el destino produjo con posterioridad a él hijos y entenados, porque también Beatriz veía a Bach como un emancipado de su propio mito para así poder reconciliarse consigo mismo, ser su propio superviviente, y, sin dudas, como Beatriz repetía, cuando alguien se sobrevive a sí mismo, ya lo hace por toda la eternidad

no pretendía con mis Tres Piezas nada más que reconocerme capaz de componer algo que Beatriz pudiera cantar, digno de sus posibilidades infinitas porque pocos como yo conocían su falta de limitaciones, y aunque ya sabía a priori que Beatriz jamás accedería a cantar una obra apartada de ese mandato que la guiaba por el territorio del belcanto, el reconocimiento de haber generado algo digno del genio de ella, significó por lo menos un bálsamo a mi propia estima, aunque debo confesar que en verdad no se encontraba dañada ya que me creía al pie de la letra las alabanzas que llegaban de Zurich, también los elogios de mis profesores del conservatorio de Ginebra que veían en mí seguramente una promesa para futuros festivales de música contemporánea, promesa incumplida porque a partir de Tres Piezas comencé una producción abundante de ejercicios para voz humana y distintas agrupaciones instrumentales, caracterizados todos por la inhumanidad, si se puede usar la palabra, de la parte cantada, así considerado por cualquiera que analizara los violentos requerimientos que yo sabía sólo podían ser abarcados por Beatriz, algo inquieta por esta pequeña celebridad que se generaba en torno a mi figura, no por envidia, sentimiento imposible de percibir en ella con relación a otro músico, sino simplemente por la eventual circunstancia de que esta actividad me apartara más que sus obligaciones contractuales, compromisos que ni ella conocía en detalle, y eso que el movimiento de dar algún seminario nunca me alejaba demasiado de Amsterdam, lugar de los encuentros con Beatriz cuando ella regresaba de sus giras fuera de Europa, y destino que asumía tal vez como definitivo, una pequeña felicidad que se repetía en los escondites que me reservaban los puentes sobre los canales, en el regateo frecuente en Waterlooplein, el mercado de pulgas, donde podía intentar conseguir algún objeto perfectamente innecesario, y además de esos paseos sin rumbo, muchas veces la lluvia perpetua terminaba en la visita al taller de carpintería del marido de mi hermana, sitio en el que aprendí los

rudimentos de esta tarea noble que envilezco con mi falta de amor, ahora en la noche de Buenos Aires, frente a las reproducciones con la copa en la mano, sentado en un caballete y reflejado por los cristales casi como un espectro, igual que lo fue Beatriz una vez que la podredumbre se adueñó de su cuerpo, del trozo de carne que componen las cuerdas vocales por las que yo mismo he sentido veneración sin reservas

la sugerencia de reunir parte de las obras con el título de Obras Para Voz Inhumana me había parecido equívoca, daba pie a que se interpretara que una voz articulada electrónicamente podía suplir esa carencia, y no había sido mi ánimo el de trascender los límites de lo estrictamente ajustado para asegurar un estipendio que me permitiera sobrevivir. No quería recibir el pedido del departamento de música de alguna ignota universidad norteamericana para que juzgara una adaptación, sí, a veces mi imaginación va demasiado lejos, pero conocía el mercado y el valor de las composiciones, de modo que me negué rotundamente a esa posibilidad, lo que generó un profundo disgusto con mis patrocinadores en Zurich, si bien no lo suficiente como para darme una buena patada en el culo, merecida seguramente, como la que había recibido en el Conservatorio de Ginebra al regresar de las misiones jesuíticas con un material despreciable y no querer dar cuenta del trabajo realizado más allá de unos informes casi telegráficos. Ese fastidio por mi renuncia a publicar las obras, que en realidad habían sido pensadas para Beatriz, se había atemperado por mi continua producción que enviaba con puntualidad para engrosar los archivos helvéticos, y cada nueva partitura constituía un desafío inquietante para asegurar por un lado el reconocimiento de la pericia del oficio, y por otro la prescindencia del esfuerzo, intensidad que concentraba en la idea de acabar en una obra que fuera un único núcleo reconocible disolviendo la forma en el contenido, sin negar la importancia de alguno de estos componentes. Beatriz seguía mi recorrido con avidez, absorbía mis palabras en cada encuentro en el Amstel Hotel, casi con la misma dedicación con la que terminaba una botella, algo que podía suceder en una sola noche, y cuando Beatriz se emborrachaba en mi presencia, me invadía la sensación de cierta superioridad, clave para mantenerme sobrio y saber detener las copas en el punto justo antes del no retorno que Beatriz traspasaba con obscenidad y en cualquier sitio, creo que el agente de Beatriz temía encontrarla alguna vez flotando en las aguas de los canales, motivo por el cual se tornaban difíciles nuestras reuniones en los cafés de Amsterdam, por lo que quedaban circunscritos a la suite del Amstel Hotel, un espacio que se repetía en las habitaciones de los otros hoteles en los que nos encontrábamos, si bien la corte de Beatriz se ocupaba de que mi alojamiento se concretara en un hotel apartado, y dejaban que mi presencia quedara guardada por el anonimato que sorprendentemente jamás fue quebrado, aun con la fama de Beatriz, alboroto que armaba en lugares de tanta

frialdad como Estocolmo, donde multitudes de admiradores se agolpaban para pedirle un autógrafo, deleite de la prensa el de retratarla en sus momentos más indignos, aferrada al alcohol, magnetismo tan poderoso para los lentes de las cámaras, que dejaban fuera de su objetivo mi presencia, ya convertido en ese sentido en un fantasma, como lo soy ahora, como somos ahora Beatriz y yo, juntos en Buenos Aires del modo como ella habría deseado, aunque en un lugar menos agradable que el patio de su casa de Flores, bajo la glicina florecida, no, Beatriz no entendería este lugar sin aceptarlo como parte del infierno por el que ella sentía pánico y que en verdad vivió cotidianamente en sus pesadillas, con el fantasma de la otra cantante que la perseguía, con el mandato de la tiranía de su voz y con el verdugo en forma de líquido ambarino al que se sometía sin pudor

Voz de mujer italiana 8

—Creeme que te agradecí esa obra que compusiste para los suizos. No hace falta que te empecinés en negarlo, Marquitos, es obvio que la voz inhumana a la que hacías referencia era la mía, la misma voz que tuvo Isabel Colbrán, las mismas posibilidades vocales en todo caso. En fin, supongo que dabas por descontado que esas Tres Piezas no iban a ser cantadas por mí.

—Tal vez sea útil subrayar que de todos modos, siempre pensé que hay una parte tuya de una vanidad extrema, la suficiente para querer demostrar que sos capaz de llegar arriba, no importa que sean pocos quienes lo vean, en tanto quede claro que vos mismo reconozcas el valor de la obra.

—Por eso creo que, en realidad, las Tres Piezas las compusiste para vos, para reconciliarte con la soberbia de saberte bueno, aunque no haya una multitud aclamándote. Quizás en el futuro seas más recordado que yo.

—Quisiera recalcarte que la obra es formidable, tiene esa fuerza que no descarga su tensión en ningún momento, una unidad indisoluble, que obviamente jamás nadie se atreverá a cantar en el verdadero sentido de la palabra. Si te sirve de algo; si te sirve que yo te lo diga, Marcos, me parece que es una obra genial.

Voz de mujer italiana 9

—La progresiva pérdida de la voz fue un secreto entre Rossini e Isabel. Una verdad conocida sólo por ambos. No hay registro de que Rossini haya admitido públicamente que algo sucedía en el instrumento de su querida, y sí en cambio unos fragmentos muy insinuantes en ciertas cartas de Isabel, quien estaba segura de que Rossini no quería exigir su voz más allá de sus posibilidades. Por otra parte, la merma pasaba desapercibida para el público, incluso para los otros cantantes, y durante mucho tiempo las condiciones vocales de Isabel continuaron siendo fenomenales porque la dificultad progresaba muy lentamente.

—Nadie entendió completamente el ánimo de Rossini para permanecer en continuo movimiento, y si bien Barbaia había sido elástico con los permisos de componer para otras salas, la frecuencia con la que el hombre salía de Nápoles a recorrer los caminos superaba la necesidad de reconocimiento o las ganas de ampliar su porvenir económico. Creo que Isabel debía de ser una presencia por momentos asfixiante, y a Rossini no le molestaba salir a los caminos en diligencias arrastradas por "bestie buggieroni" como él llamaba a las mulas de los carros. Desde el principio buscó oxígeno para aliviarse de Isabel, y no perdía alguna ocasión para hacerla morir de celos, como lo hizo al escribir La Urraca Ladrona, cuando se alojó cerca de Milán en la casa de una soprano y ex amante de la época de La Pietra del Paragone, que había estrenado unos años antes en la Scala.

—Creo también que Rossini debía experimentar con otro tipo de óperas, y la dupla Barbaia-Colbrán no tenía muchas ganas de salirse de los moldes que el público napolitano continuaba reclamando. Pese a estas reservas, cuando volvió al San Carlo, después del éxito de la Scala, se metió en una ópera que marca un punto importante en su evolución musical, como si la relación con Isabel le hubiera dado una visión algo más erótica de la composición. Este estado de ánimo no lo pudieron tragar en Nápoles, porque Armida no fue un fiasco en el verdadero sentido de la palabra, pero no tuvo éxito. De todos modos, es increíble que en menos de un año, el tipo se haya mandado tres obras notables, La Cenicienta, La Urraca Ladrona y Armida. Quisiera ver si vos componés algo así en diez meses.

—Isabel cantó Armida en Nápoles cuando se estrenó en 1817, y si recuerdo ahora la crítica de la versión que yo grabé, me parece que no es de mí de quien se habla cuando dicen que con mi técnica puse el estilo del bel canto al servicio de la transmisión de las fantasías femeninas. Esa fue la característica de Isabel, y en este instante la siento cada vez más próxima, nos hacemos compañía. Sí, la voz de un ser mitad mujer, mitad bruja, Armida, algo como lo que logró con su técnica Maria Callas en los primeros años de los cincuenta en Florencia, y tengo el convencimiento de que Isabel consiguió el mismo efecto mágico cuando la cantó, muerta de amor por Rossini, apelando a su arte de hembra hechicera, ese oficio de atrapar al hombre en la red tejida gracias a la brujería de araña que todas podemos desplegar; y la voz era el principal protagonista, y también el perdedor. Sólo que poco a poco.

—Tenía un retrato de Isabel realizado por un artista de la época. Me habría gustado mostrártelo, para que te fijaras en el pelo negro, algo ondulado, que le caía sobre los hombros, aunque el tocado que le hicieron en el estilo musa griega confundía un poco. En la imagen se veía bien esa nariz, que una pizca más y es un exceso. Y aun así, todo era borroso, poco claro. Marcos, hacé como si me vieras, como si me estuvieras escuchando, decime la verdad, si no se parecía a mí. Aunque yo nunca habría permitido que me mostraran así si hubiera tenido algún kilo de más, como lo hizo el pintor que la retrató con un culo enorme. Yo lo habría asesinado.

—Me gustaría tomar una copa con vos, como antes. Sólo una. No sé por qué cuento esta historia, estás dormido, y te hablo desde un mundo lejano, no me podés alcanzar.

—Un año más tarde de Armida, y a continuación de haber compuesto con bastante éxito la ópera Moisés en Egipto para el San Carlo, Isabel recibió en el teatro la noticia terrible en la que le comunicaban que Rossini había muerto en Pesaro, el lugar donde había nacido. Se había trasladado allí contratado con todos los honores para la inauguración del nuevo teatro de ópera.

—Había tenido una inflamación severísima de la garganta, que se complicó en una infección generalizada, con fiebre muy alta y septicemia. Todo el mundo se enteró de su estado tan grave, pero el rumor de su muerte llegó con demasiada rapidez a Milán, París y Nápoles.

—Isabel ensayaba en el San Carlo la música de una cantata que debían representar en una ceremonia oficial para el Rey de Nápoles cuando le llegó la noticia del fallecimiento de Rossini de una forma muy teatral. Un tipo entró de golpe en la sala, casi sin aliento y gritando que el maestro Gioacchino

Rossini se había muerto en Pesaro.

—En esa época las mujeres solían desmayarse cuando sucedía una cosa así. De hecho dos cantantes que participaban del ensayo debieron ser atendidas. Pero Isabel quedó rígida en el escenario, con la partitura en la mano, sin saber qué expresión tomar. Al menos eso es lo que relata Domenico Barbaia en una carta de la época.

—En ese momento Isabel sintió, sin lugar a dudas, en toda su magnitud el aliento espantoso de la soledad que ya la acosaba, y la proporción de la pérdida iba más allá de la desaparición física de Rossini, se prolongaba en su desazón infantil y caprichosa por haber cedido estúpidamente lo único que tenía, su voz, a quien la abandonaba constantemente, y ahora de una manera mucho más definitiva.

—En la mente de Isabel se instaló la pregunta de qué haría en adelante. Y mientras bajaba del escenario aguantando las lágrimas, sin saber muy bien por qué las tenía que contener, seguida con la mirada en silencio de músicos, cantantes y operarios del San Carlo, Isabel seguramente sintió que su presente se fracturaba alrededor de un dolor que no había conocido hasta entonces, la pérdida de lo poco que había en ella de noble, de mujer terrenal.

—Se fue a caminar por la Strada Nuova, sin rumbo. No me sorprendería que se le hubiera ocurrido tirarse a la bahía, pero este tipo de soluciones románticas no pertenecían al estilo de Isabel. Ella no era la heroína de una ópera.

—Hay que agregar a esto la culpa que le producía el haberse negado a cantar en Pesaro por cuestiones de dinero, aconsejada por Domenico Barbaia, quien no veía bien que disminuyera su cachet aun por cuestiones tan loables, salvo que se lo pidiera el mismo rey. No le convenía al empresario que sus artistas se rebajaran.

—Isabel cayó en una desolación que la colocó en un estado lamentable, no dejaba que nadie la visitara, se encerraba en su habitación por horas mientras esperaba la confirmación de la noticia, preparándose para el funeral. Sus únicas salidas en busca de consuelo fueron hacia las mesas de juego, perdió mucha plata, y en el tiempo que quedaba, se entregaba con dedicación al licor.

—Como yo, Marcos.

—Digo, por el licor. Por si me estuvieras escuchando.

en el principio, Emma había sido la más entusiasta en proceder a la ampliación de los datos biográficos de Linde, hecho quizás motivado por su profundo conocimiento de la obra de Bach y de su tiempo, y poco a poco, casi sin darnos respiro, había comenzado a enredarnos a Werner y a mí en una

maraña de elementos y apuntes sobre el barroco latinoamericano, período entonces constituido en una moda suiza, atractivo por la oportunidad más que interesante de constituir una generosa fuente de trabajo para teóricos y ejecutantes de música antigua, y en ese eje, tanto Werner como yo girábamos en órbitas similares respecto al fanatismo con el que se defendía la interpretación de la música preromántica con instrumentos originales, o con el número correcto de ejecutantes de acuerdo con el imperativo histórico según el momento en el cual las piezas habían sido concebidas, y alguno de estos exaltados tal vez hubiera pretendido cambiar su mentalidad y pensar como lo hacía un músico de los comienzos del siglo XVIII, algo por cierto imposible, como imposible continúa siendo según mi criterio tocar exactamente igual que hace siglos, porque tampoco se puede escuchar, y mucho menos pensar como se hacía en la época, y volviendo a Bach, una difícil tarea para mí acá en el taller de marcos, la de volver a Bach, estoy todavía convencido de que se asombraría de su propia obra si escuchara cualquiera de las versiones que circulan por ahí, en las que un número no despreciable de inspirados ha dedicado toda la vida a estudiar ciertas partituras, teorizar sobre ellas, hablar sobre ellas, y mostrarlas en conciertos y grabaciones que, debo reconocer, rozan por momentos alturas impensables de tan sublimes, y si el fortepiano todavía estaba en sus etapas iniciales cuando Bach trabajaba en Leipzig nadie puede hablar de las Variaciones Goldberg sin mencionar las versiones en el piano moderno que se han producido en el siglo XX, incluso si se tiene en cuenta que el aria y sus variaciones fueron destinadas a otro instrumento, porque aunque Emma argumentaba en este aspecto algunas cuestiones de peso y aceptaba de mala gana las ideas a las que la sometíamos Werner y yo, continuaba su defensa de las interpretaciones revisionistas, supongo que esta pasión la llevó con su estilo detallista, tan británico, a bucear en las fuentes que pudieran aproximarnos a Mark Linde, un misterio cuya dimensión se nos hizo fascinante al ver que la información de su figura resultaba siempre escasa, más allá de algunas cartas de Bach y un puñado de documentos que mencionaban los frutos de su creación artística disponibles para la consulta en Ginebra. Emma fue quien nos trajo a Werner y a mí el tan mentado motete de Linde, y confieso que en un sitio indefinido del cuerpo me molestaba sentir que toda la investigación se armaba a partir de una sola parte de un complejo rompecabezas, sí, es cierto que la pieza era espléndida por su sencillez y estructura, un típico motete a cuatro voces, y con el mismo título, Virga Jesse, que tantos autores habían utilizado previamente. Pienso ahora, lejos de aquellos momentos, acá en el taller, que si hubiera sospechado a qué lugar nos conduciría la investigación nunca habría alentado la continuación del proyecto, y la posición que asumimos finalmente Werner y yo al concluir todo el trabajo que nos había trasladado a las mismas misiones jesuíticas en las que Linde había desarrollado su labor más intensa fue muy distinta de la de

Emma, ella al menos intentó desligarse de la responsabilidad que aceptamos al ocultar todo lo importante que habíamos desentrañado en las misiones, Emma quedaba algo redimida de la felonía, al menos ante sí misma, si bien en el fuero íntimo los tres supimos al regresar que la historia jamás debía salir de nuestras bocas, que debía silenciarse el conocimiento central que habíamos obtenido y sacar a la luz sólo aquello que dejaría menos que satisfechos a nuestros patrocinadores, bocado que se tragarían como trozo desabrido que tres estudiantes avanzados del Conservatorio de Ginebra habían pergeñado como trabajo de campo en las misiones jesuíticas de Chiquitos

la mente tiene la tendencia a retroceder, incluso frente a los intentos, inútiles casi siempre, de impedir el asalto de esas memorias, imágenes que permanecen distorsionadas por el intervalo que media entre su aparición en la realidad y la irrupción del recuerdo, único resto de algo sobre lo que a veces nos queda la duda de si ha existido, y lo probable es que nada de eso haya sucedido jamás, o si lo fue lo hizo de modo distinto del que pensamos, deformación que produce nuestra percepción, por fuera siempre de la medida justa, sea por más o por menos, no importa, el placer puede ser incluso el del sufrimiento ante el recuerdo, el dolor de no tener ya nunca más las discusiones con Emma y Werner, tan entusiasmados estábamos los tres, parecía que todo resultaba sencillo, el interés del Conservatorio de Ginebra, que había gestionado un trabajo de cooperación con el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina, todo un alarde de despilfarro por parte de la institución nacional que colaboraba con los gastos de traslado a lo que se sumaba la iniciativa de las autoridades de la cultura boliviana, ciencia ficción para nosotros tres la que generaba la ayuda que llegaba endulzada por el destino, mientras planeábamos el itinerario, sumergidos en un alud de información bibliográfica sobre el período histórico en el que prosperaron los jesuitas en América del Sur, y en el intento de encontrar algo específico sobre Mark Linde y el tiempo por él transcurrido en Leipzig junto a Bach y su familia, búsqueda llevada a cabo en los archivos de cuanta Sociedad Bach hubiera en Europa para sorprendernos finalmente con una carta de Mark Linde a su hermana casada con un comerciante de Hamburgo, carta muy reveladora al menos de los pensamientos que Linde tenía sobre el destino y la posteridad de su obra, y al decir de Linde, sus motetes y oratorios no pecaban de soberbia cuando finalizaban todos, como muchos compositores de la época cumplían a modo de convención, con la frase “Soli Deo Gloria”, pues para Linde la precariedad de la dimensión humana sólo podía ser redimida por la inefable grandeza divina, y había recalcado que restaba valor al hecho de si sus obras volverían a ser interpretadas o se perderían en las sombras del tiempo, no importaba, su principal efecto había sido mediado cuando la mayoría de ellas se habían

tocado para alabar la magnificencia de Dios en el territorio de las misiones del Nuevo Mundo, y gracias a Su grandeza, otorgada por la Divina Voluntad, esas inspiraciones del aliento angélico habían permitido la evangelización de muchísimas almas que de modo contrario se habrían perdido en el limbo de los infieles, y en esa carta que luego de su muerte su hermana había reenviado a la familia Bach en Leipzig, reiteraba su desconfianza hacia los otros compositores que señalaban el final de la partitura con un "Soli Deo Gloria" que quizás fuera una formalidad, pero muy frecuentemente un signo inequívoco de extrema vanidad, propósito insultante de aproximación a la divinidad para demostrar una modestia falsa como una moneda de latón, tales las palabras de Linde que reflejaban una posición ética fuerte con relación a la producción musical de temas religiosos, y después de la muerte de Linde, su hermana había considerado importante que Bach guardara esa carta, suerte para nuestra investigación, encontrarla en los archivos de Leipzig, donde nadie le había otorgado mucha importancia, salvo por la curiosidad de que Bach conservara en un sitio privilegiado una carta de un amigo suyo, cierto que de importancia familiar, tanto como para que Linde hubiera apadrinado a dos hijos de Bach, si bien esos bebés habían muerto al poco tiempo del bautismo, nada sorprendente para los tiempos de los que se trataba, y aun menor el dolor de lo que resulta actualmente la muerte de un niño

no eran más que alusiones poco concretas, cargadas de cierta ambigüedad las que Bach hacía acerca de Linde en muchas de sus cartas, casi siempre relacionadas a algún acontecimiento doméstico, aunque en un par de ocasiones volvía a hacer referencia a su caligrafía musical, maravillosa y diminuta, y en otras cartas mostraba una gran consideración por sus textos musicales, que según Bach conformaban una serie homogéneamente religiosa, y se notaba algo extraño cuando el kantor elogiaba al cura, como si surgiera de un pozo oscuro un amaneramiento en la formalidad de la escritura, las frases se volvían más rígidas, sobre todo en las referencias a las obras de la liturgia, en este sentido creo que esta postura resultaba independiente de que su espíritu protestante se hubiera relacionado con un sacerdote católico, porque con estas aseveraciones, esbozaba detrás del elogio un sutil disgusto por esas composiciones, si bien Juan Sebastián admitía su excelencia, y no era esta una idea mía, sino que la conjetura de que Bach envidiaba a Linde también se había apoderado de Emma y Werner, casi con temor de decirlo en voz alta, ya que no había por parte de Bach comentarios directamente malintencionados, ni siquiera alusiones que pudieran ser interpretadas en tal sentido, simplemente una presunción loca que al principio creía yo que me pertenecía en exclusividad, producto de esta imaginación frondosa que siempre he tenido, un vuelo algo alucinado con la mente alrededor de temas demasiado serios. Intento explicar que la envidia me ha parecido siempre algo

espantoso, envilece a las personas al punto de rebajarlas a las acciones más innobles de las que pueden ser capaces, despierta la codicia, llega hasta el asesinato, no en vano se encuentra en el listado de los siete pecados capitales, de los cuales algunos nunca me han parecido tan tremendos o rigurosos, como la gula, la pereza y la lujuria, admito que son poco convenientes para lograr que la gente sea productiva y económica, pero siempre los he mirado con cierta simpatía, y no he querido parecer un hombre necio que acusa sin razón en el interior de su corazón a un perezoso, un goloso o un lujurioso de cometer un acto de extrema ignominia, porque del otro lado la soberbia, la avaricia, la cólera y la envidia se conectan en mi juicio como un todo relacionado, un magma de contravirtudes al que yo mismo le temo, y me había comenzado a resultar casi intolerable el aguijón que sentía clavado respecto a que nuestro venerado Juan Sebastián Bach fuera un tipo envidioso, mucho más aun cuando no lo admitía abiertamente, sino que el caso se filtraba como el agua de lluvia en un techo precario, y en uno de esos días fríos de Ginebra, cuando a las cinco de la tarde ya era noche cerrada, tomando cerveza con Werner y Emma, nos habíamos confesado esta sensación que cada uno consideraba como un delirio personal, oprimidos por los bagajes culturales de los que descendíamos con distinta repercusión sobre nuestros previsibles sentimientos de culpa, eficaces desde los ecos de tres madres tan distintas como las que nos habían engendrado, pero fieles estas progenitoras al mandato materno universal de generar siempre culpa, y esa era la sensación que nos confesábamos, el pensamiento nos dejaba aturdidos por la culpa que su misma génesis marcaba, porque si hubiéramos tenido que revelar esta línea de trabajo que manchaba la figura excelsa de Bach, nuestros mentores nos habrían mandado a la reverenda mierda sin ninguna consideración, seguramente acusados de sesgar nuestras mentes por ideas que no se fundamentaban en ningún documento y vaya a saber de qué manera poco científica se había instalado en nuestros ánimos esa extraña locura, seguramente por obra y gracia del siniestro móvil que persiguen los jóvenes y que tiende a la destrucción de lo sublime, miedo que en mi caso se asociaba al de ser expatriado en forma definitiva, es decir que la fragilidad se intensificaba en mí doblemente, en primer lugar por mi carácter de latino, y en segundo, tal vez porque mi madre, una típica madre judía, había sido el modelo paradigmático de máquina productora de culpa, seguro mucho más que las de Emma y Werner, ellos siempre un paso detrás de mí en la expresión de sus emociones, al fin de cuentas eran europeos de nacimiento, y si bien compartían los mismos deseos, los mismos temores, yo había sido el primero en decir esa tarde de cervezas y planes que, en definitiva, mi impresión era que Bach sentía una envidia mortal y malsana por el padre Mark Linde, que no me quedaban dudas de que a él le habría gustado gestar de su hálito inspirado alguno de esos motetes y oratorios del jesuita que tanto alababa,

creo que también fui yo el que dijo que además envidiaba su maravillosa caligrafía musical, y ahora en el calor del taller, hundido en el sopor nocturno, no estoy seguro de si fue Werner quien agregó, un poco pasado por la cerveza, que él había fantaseado con el punto de que tal vez Bach se encontraba abrumado por las obligaciones que le ocasionaba su familia numerosa, y quizás a Juan Sebastián el pasado aventurero de Linde le provocaba celos, las travesías por la actual Bolivia en compañía de los habitantes de las misiones, lejos de las tribulaciones de los alumnos de Santo Tomás, de los reclamos de los niños Bach, tal vez Ana Magdalena quería otra cosa que embarazos o partituras, un poco disparatado el argumento de Werner para explicar la envidia de Bach, ni Emma ni yo habríamos pensado remotamente que Juan Sebastián soñara con la posibilidad de escapar a la tierra que todavía no había tomado el sustantivo propio del Libertador Simón Bolívar, el otro, siempre otro, Libertador de América, no el de los argentinos, pero el más conocido para los europeos, quizás por su vida azarosa, y que había terminado legando su nombre a la república en la cual hoy se encuentran los yacimientos arqueológicos donde hacía más de trescientos años había transitado Linde, antes de partir sin muchas explicaciones de vuelta a su región de origen alrededor de 1718, y convertirse en el amigo y confidente de los Bach cuando ellos se instalaron en 1723, sin sentirse jamás preocupado por ningún sentimiento mezquino que su amigo protestante pudiera tener luego de conocerse e intimar en esos años iniciales en Leipzig, hasta la muerte de Linde en 1729, seis años fecundos para la pluma de Juan Sebastián, tal vez los más productivos y admirados por toda su posteridad

Voz de mujer italiana 10

—Siempre me sentí tranquila cuando pisé un escenario. Desde el principio.

Pero a medida que pasó el tiempo la voz se encontró más cómoda en teatros grandes, incluso en aquellos donde la más pintada se podía llegar a morir del susto.

—Mis maestros me habían inculcado esa teoría de que se debe cantar con el capital propio, esto en especial fue obra de mi madre, ella defendía la postura de que había que dejar el deseo a un lado y concentrarse sólo en aquello que estuviera dentro de las posibilidades de una. Después me di cuenta de que esto partía de un engaño, porque nadie consigue superarse si no cree que puede más, que puede todo. Esta es una idea que tiene que clavarse en el alma de un cantante. Si yo no hubiera contado con esta certeza, habría resultado imposible cantar frente al público.

—Nadie puede estar interpretando un aria fundamental y pensar, la puta madre, ahora viene el final y es el do sobreagudo. Es imposible generar emoción, color, si se está pendiente de la técnica, del fiato o de notas en los extremos del registro. En eso, Marcos, también yo he buscado, como vos, esa posibilidad de poder jugar al desprendimiento de la técnica, olvidarla por completo porque ya la tengo incorporada y no significa ningún esfuerzo, como cuando uno aprendió a andar en bicicleta. Desatender el control del aire, del diafragma, la apertura. Todo queda en un segundo plano, incluso la partitura, porque ya está adentro, te ha poseído y lo importante es dejarse llevar por el remolino, imposible resistir a su poder.

—La voz fue un demonio al que me entregué con placer, sin firmar ningún pacto de sangre, o tal vez, aceptando que los pactos de sangre se llevan interiormente, están metidos en nuestras venas, en cada célula de nuestro cuerpo.

—Hay que perder la conciencia cuando se canta, entender que la única posibilidad es seguir con esa nota, la siguiente, caer en los brazos de esa voz que te lleva.

—Perder la conciencia, como a veces la he perdido con vos, Marquitos.

Voz de mujer italiana 11

—Yo sé perfectamente que esta facilidad es la misma que había conseguido Isabel Colbrán. Todas las personas que pudieron presenciar alguna de sus presentaciones, el mismo Stendhal, han hablado de esa extraña atmósfera que se generaba a su alrededor.

—Stendhal decía que de Isabel emanaba frescura, pero se refería probablemente al fenómeno de la voz poseyendo a Isabel, y esa posibilidad única entre todas las cantantes del momento había hecho de Isabel la figura legendaria de la que se había enamorado Rossini.

—El rumor de la muerte de Rossini resultó falso, y no fue necesario que Isabel se encontrara con él frente a frente. Todavía ella no se convertiría en el fantasma que acompañaría a Rossini por el resto de su vida. Unos días después de conocer la versión de la enfermedad infecciosa y fatal del maestro, cuando Isabel se encontraba encerrada en sus habitaciones sin ánimo de recibir a nadie, aumentando la conciencia de su futura soledad, llegó la noticia de que Rossini se recuperaba de la infección en Pesaro y que luego de la convalecencia, regresaría a Nápoles.

—Al menos tuvo la delicadeza de mandarle una carta a Isabel, cosa que no acostumbraba. Rossini se jactaba de ese estilo libre y despreocupado, pero en aquella ocasión, tal vez por el miedo presente de la cercanía de la muerte, le había enviado una esquelita. Entre otras cosas le pedía unos buenos tagliatelle para su recibimiento y le contaba de una receta en la que había aprendido una nueva manera de comer trufas, con aceite de Provenza, vinagre francés, mostaza inglesa y jugo de limón.

—Y no era un desvarío de gourmet, al menos no era sólo eso. Rossini ya era un sibarita conocido, capaz de expresar amor incondicional por su carnicero de confianza, a veces mayor que el que sentía por su acompañante habitual,

pero en esta oportunidad, el tono de la carta, las circunstancias en las que se había escrito, expresaban algo más que una receta, y también Isabel lo había entendido de esa manera, como para restañar la herida que la noticia de la muerte le había dejado, tal vez una herida profunda por haber desencadenado un rencor difícil de remediar, una premonición del futuro abandonada por la voz, abandonada por Rossini.

—Isabel había heredado una villa maravillosa en Castenasso cuando murió su padre. La administración de los bienes la había realizado guiada por su ambición y avaricia, motores muy poderosos a los que se agregó el consejo sabio de su anterior protector, Domenico Barbaia, de modo que todo se había multiplicado.

—Isabel sabía que su fortuna constituía una atracción a la que Rossini no podía resistirse. Su amor por la buena vida, su deseo de codearse con la aristocracia, lo llevaba directo a la cama de Isabel, quien le sacaba una ventaja de casi siete años de transitar los caminos difíciles de la trepada y ya se encontraba instalada en su pedestal bien ganado.

—Le tomaría algo de tiempo, pero supongo que luego de la falsa noticia de la muerte del compositor, Isabel decidió que la única posibilidad de atravesar el abismo que se avecinaba en su vida y remediar la soledad por la que sentía pánico, era casarse con Rossini.

—Por otra parte, el casamiento debía producirse durante el tiempo en que la voz conservara algo de ese portento, del prodigio por el cual Rossini se había enamorado y del cual todavía Stendhal escribía con admiración reverencial.

—Una locura. Isabel no sabía, como yo sí lo he sabido, que al regalarse de ese modo acentuaría la pérdida de la voz. No había percibido hasta entonces la naturaleza propia de su instrumento, su demanda de entrega incondicional. La voz no ha permitido nunca la entrega total a otro ser, el apasionamiento amoroso que nubla los sentidos en forma permanente, una diferencia notable de esos momentos efímeros que la compañía de un cuerpo tibio produce en la cama. En eso, yo he sido fiel al mandato.

—La idea del casamiento con Rossini fue un error, y si en algún rincón de su corazón Isabel creía que eso la liberaría de esas pesadillas que le hacían la vida imposible, pronto se daría cuenta de que las pesadillas no dependían de la presencia de su amante, porque empezaron a aumentar progresivamente, terror de las noches que la asaltaba aun luego de una velada de amor compartido.

—Al menos Rossini la consolaba.

—El problema es que en poco tiempo llegaría el hastío.

—Y como Isabel era consciente de esta situación, de la posibilidad de que todo se desarmara antes de llegar a ese instante de salvación que la bendición del lecho nupcial produciría, trató con la firmeza que la caracterizaba de meterle la idea del casamiento a Rossini en las formas más sutiles de las que era capaz.

—Todos sabían que Rossini era poco propicio a la idea de matrimonio. Al menos en una etapa de juventud que pretendía prolongar por mucho tiempo. Pero la enfermedad que lo habría llevado al borde de la muerte en Pesaro lo asustó lo suficiente como para ser más permeable al riesgo de presentarse frente a un altar.

—Aunque al principio se negara.

Taller de Marcos 13

nunca he sido un tipo que pudiera planificar el ritmo de su trabajo, organizarlo para cumplir con la serie de tiempos internos de modo que la entrega de los informes y partituras no se convirtiera en la maratón final de noches desveladas para llegar al día señalado, plazos que he respetado a costa de la pérdida de salud por falta de sueño, intoxicado de café y a veces, debo confesar, de alguna línea blanca que ayudara a conservar la lucidez, y he trasladado ahora también esta actitud a las entregas de las reproducciones, si bien me podría permitir alguna que otra vez una pequeña demora sobre lo previamente pactado sin generar en nadie resentimientos que en otros lugares habrían aparecido sin lugar a dudas, después de todo ya me encontraba en Buenos Aires, tierra de incierto ayer y hoy distinto, creo que hubiera sido aceptable el lujo de transformarme en uno más de mis compatriotas, asumir sus innumerables vicios, tal vez la informalidad y la falta de cumplimiento representen las lacras más notables, pero evidentemente la gimnasia de trabajar para los suizos durante varios años ha dejado una marca y La Ronda Nocturna de la señora Judith que yace en el taller no será una excepción, la tendrá enmarcada por la mañana, como ella lo ha pedido, la señora Judith, que también me mira con cierto recelo a través de sus lentes, no le debo de caer muy simpático, tampoco me interesa caerle simpático a nadie, no es esta una ciudad en la que sea la simpatía una cualidad en alza, prefiero seguir con mis paseos en soledad, y aventurarme por la mañana en el bar algo desvencijado de la esquina de Aguirre y Lavalleja, donde puedo arrinconarme contra una ventana mientras hojeo distraído el diario y oigo las eternas discusiones del dueño del taller de chapa y pintura con el mozo y propietario que disfrutan filosofando sobre el fútbol, situación que me interesa durante unos escasos cinco minutos, puede ser menos, antes de sentir que cae sobre la escena un manto de irremediable depresión, más allá del hecho de si vale la pena o no continuar siendo hincha del Club Atlético Independiente, como el chapista, o entrar en el desinterés absoluto por esa locura de multitudes, como ha sido siempre mi caso, atacado por la incredulidad de todas las personas con las que me he tropezado, que no han podido entender mi falta de entusiasmo por una cuestión tan trascendental, recuerdo a Werner y su germánica desaprobación, cargado por su fanatismo por el Bayern Munich, Beatriz misma criticaba mi desconocimiento al punto de intentar generar en mí algún entusiasmo por la Lazio que ella veneraba desde tiempo previo a instalarse en Europa, infructuosos todos los movimientos en este sentido, puesto que yo persistía invariablemente ajeno a las construcciones alrededor de la pelota, interesado en mis problemas musicales, o como ahora, aferrado al cumplimiento de la tarea de enmarcado, arrebatado por el encanto de la señora Judith, no sea que se tome en serio su nombre y me corte la cabeza, seguro que conoce la historia, como el significado del nombre, una pasión bien argentina esa de conocer el origen del nombre, su raíz, sentir orgullo por genealogías que se

inventan cuando no se pueden rastrear, todo ser humano tiene linaje noble y aristocrático en el fondo, y Judith había sacrificado su don más preciado para salvar a su pueblo, estoy convencido de que la señora Judith no llegaría a tal extremo si no tuviera mañana terminada La Ronda Nocturna del gran maestro holandés, al menos no me asesinaría por ello, si bien estaría cometiendo un acto de justicia por mano propia, digo al asesinarme, acto que yo mismo he reivindicado, el asesinato, como el que realizó artísticamente el Príncipe de Venosa cuando encontró a su mujer en la cama señorial y bien atendida por un miserable cretino, furia incontenible la de Carlo Gesualdo, el príncipe que en defensa de sus derechos maritales dio fin a la existencia de los adúlteros con sus propias armas y, según supe en otras crónicas, se había encargado de liquidar a un hijo porque dudaba de su legitimidad, tal vez el lunar de la cara era demasiado parecido al que el amante de doña María de Ávalos tenía en su mejilla, aunque perdido el dato en el tiempo, sólo sé que el príncipe fue perdonado por el Papa, para algo era el tío, y arregló un nuevo casamiento con una adecuada descendiente de la familia D'Este, pero ya nada importaba, el asesinato lo había marcado para siempre, un gusto que el príncipe se había podido dar y que a los plebeyos nos está vedado, o al menos se penaliza con el rigor de la ley, aunque más de alguno merezca que lo liquiden sin miramientos, impulso que yo mismo siento por momentos, repito, el del crimen sin tantos motivos, como cuando arrinconado en el café de Lavalleja y Aguirre escucho al hombre del taller de chapa y pintura discutir sobre fútbol con el dueño del bar, o simplemente cuando al caminar solo por la noche, salido del vientre infernal del taller, me topo con algún desvelado paseante y lo enfrento con la mirada directa y provocadora, hecho que seguramente a las dos de la madrugada despierta cierta inquietud, más aun si los ojos que apuntan son los de un tipo rapado y con cara de loco, flaco pero con la estatura necesaria para meter respeto, en fin, el aspecto que he asumido en el último tiempo, casi desde mi llegada a Buenos Aires, y debo confesar que cuando por las noches se produce alguno de esos circunstanciales encuentros, sobre todo al amparo de la oscuridad producida por los plátanos que se cierran sobre Lavalleja al llegar a Castillo, una esquina siniestra, el deseo de matar me asalta con la misma fuerza con la que a veces he ansiado terminar con aquello que más he querido, un tiro impune y seguir como si nada hubiera pasado en la inmensa complejidad del universo, sólo una miseria menos, ser en absoluto desconocido para los miles de millones de habitantes del planeta, una fantasía que he reprimido aun más luego de la muerte de Beatriz, porque el dolor que sentí por su ausencia fue mucho mayor que lo que hubiera imaginado, un agujero que se ubicó en un punto demasiado visceral e indescriptible

pero son pocas las ocasiones en las que me permito vagar para dejar atrás al

día y sentir la noche a manera de una presencia que me acompaña como el humo de los cigarrillos. Sí, prefiero la soledad del taller, el espacio reservado a mis encuentros con Beatriz, el disco que me recuerda su presencia, el sonido que atraviesa la atmósfera iluminada teatralmente por esa bombita que queda colgada sobre la reproducción a enmarcar, en esta oportunidad La Ronda Nocturna, y digo que parece que la luz tuviera cierto grado de optimismo, si bien débil, al resaltar el sombrero negro del capitán Coqc, personaje principal y que permanece más iluminado por la luz del taller que su lugarteniente vestido con ropas claras, y como siempre, me ha sorprendido su mirada, porque a diferencia de otros cuadros de Rembrandt, este tipo la tiene perdida en algún punto indecible, casi como si estuviera viendo más atrás y hacia el hombro derecho de quien se coloca como espectador, situación que genera el efecto de que yo sienta el impulso de voltear la cabeza cada vez que he llegado hasta el cuadro o incluso la reproducción reducida de la tela, en la espera de encontrarme con alguien que me espía, una boludez esta apreciación que no está explicada en ningún manual de pintura holandesa, ocupados los textos en detalles como por ejemplo la imagen de la niña que a mí más bien me parece una enana metida entre todos los hombres en desorden, sospecho que a la señora Judith le suceden otras cosas al mirar la reproducción del maestro del claroscuro como ella misma me ha señalado al traer La Ronda Nocturna al taller de marcos, orgullosa del envase tubular con el logotipo en el que se entregan las reproducciones en el Van Gogh, no importa que La Ronda Nocturna esté en otro museo, satisfacción fetichista que la conmueve a la señora Judith casi tanto como la bolsa de plástico del freeshop del aeropuerto Schiphol que esgrimirá en cualquier ocasión en la que pueda sentar el precedente de que ella estuvo ahí, al menos una vez en la vida, para que todo el mundo lo sepa ni bien saque en el club alguna revista Hola o el suplemento de turismo del diario, un domingo de picnic antes de comenzar el partido de burako

Taller de Marcos 14

hay muertos que ejercieron una poderosa influencia en mis actos, y cuando digo muertos, no sólo pienso en quienes han desaparecido del mundo en su existencia física, hechos recientes como la muerte de Beatriz, o pretéritos, tan perdidos en la memoria que parecería que ni siquiera deberían sobrevivir los propios fantasmas, como es el caso de Mark Linde, no, no son sólo los muertos verdaderos quienes tienen el poder de obrar por su recuerdo, sino también los otros, aquellos a quienes hemos asesinado en nuestras mentes, y a los que sólo nos queda la posibilidad de evocarlos, imposible pensar en encuentros con estos otros, coincidencias que tal vez generarían el espeluznante hecho de toparse con un espectro, y si Emma se encuentra viva en algún sitio ignoto del mundo, de algún modo se halla muerta tanto como yo, misterio que resulta propiciado por el ambiente algo tenebroso del taller, el cigarrillo nubla de un humo caprichoso el aire del taller de marcos, convocación a apuntar el foco de la lente de la memoria a la historia que junto

con Emma y Werner habíamos aprendido en Ginebra sobre los jesuitas, expulsados de América en 1767, casi cincuenta años más tarde de la intempestiva salida del padre Mark Linde del mismo territorio en el que él había producido la mayor parte de sus obras corales e instrumentales que tan intrigados nos dejaban a los tres, inexplicable hecho el acto de Linde de apartarse de un lugar que le era tan querido, puesto que en algunos documentos constaba el proyecto por parte del cura de fundar un nuevo poblado anexo a la misión de Chiquitos en la primavera siguiente a la de 1718, próximo a las poblaciones de San Javier y Concepción que la Compañía de Jesús había levantado en 1691 y 1709, aparentemente Linde consideraba necesario un sitio que contara con mejores posibilidades de abastecimiento de leña y agua para un desarrollo económicamente sustentable en una urbanización que albergaría a un número creciente de almas, como lo expresaba en una carta que dirigía en un correcto español a su superior jerárquico. Habíamos encontrado informaciones de este tenor en los archivos de la Compañía, pero resultaba imprescindible el traslado a la zona de las misiones chiquitanas, puesto que ahí podríamos escarbar en los registros que Linde y sus ayudantes religiosos habían dejado, suponíamos que con la prolijidad administrativa característica de todos los aspectos de la obra jesuítica, en una América colonial que había visto con recelo la prosperidad y autonomía con la que los padres habían dotado a las reducciones que se agrupaban en las llamadas Provincias del Paraguay, tal vez Linde temía que sus indios fueran víctimas de los asedios que en numerosas ocasiones terminaban en el mercado de esclavos del Brasil, y deseaba evitar así la depredación de la República Jesuítica, quizás estos proyectos no eran reales y representaban el pretexto para alejar las sospechas, o simplemente su empeño flaqueó y no pudo dar forma a una nueva comunidad de músicos, plateros, impresores y fundidores de campanas, habilidades que él conocía muy bien, y que quedaron relegadas a esa admiración que Bach recogía en las cartas que ya nos resultaban familiares, escritas en el período de Leipzig, cuando Linde había vuelto a acostumbrarse a la vida europea, retornado al territorio de la lengua alemana que había abandonado tiempo atrás

no nos habíamos interesado por la historia de los jesuitas, no era ese el punto, Emma y yo pasábamos las noches juntos planeando el itinerario, incluso me había empeñado en enseñarle a tomar mate, un verdadero arte del que he sido devoto mientras me encontraba afuera, casi olvidado ahora por el café de las noches de Villa Crespo, lejos de las lecciones que intenté con Emma para que también ella lograra que una parte de la yerba quedara siempre seca y los mates fueran rendidores, pero Emma no podía soportar cierto asco que le producía la bombilla chupada, y a toda costa quería mancillar la infusión con azúcar, cosa que nunca le permití, tampoco a Werner que se había convertido

en un conocedor de la calidad de la yerba argentina y gracias a las malas artes de un músico uruguayo que lo había introducido con otras posibilidades, quería convencerme de que la yerba brasileña era de mejor calidad que la misionera, en todo caso, servía este hecho para explicarle que nuestra provincia yerbatera llevaba ese nombre justamente por las misiones jesuíticas allí asentadas, y la producción de yerba mate había constituido uno de los principales recursos agrícolas de los indios gobernados por los padres, si bien Linde había sido fuerte en algo distinto, la composición musical y los oficios que dejaron sus huellas en la iglesia de Concepción, muy lejos de las misiones del actual territorio argentino, en lo que hoy es distrito boliviano, donde esperábamos encontrar la huella musical de Linde, algo más que el motete que habíamos analizado en Ginebra y que Bach había comentado

para la época en que salimos hacia lo que considerábamos una verdadera expedición, Emma llevaba escritos numerosos papeles, mucho más de los que habíamos presentado Werner y yo, extraño dúo cuando no integrábamos a Emma en nuestra compañía, los dos altos e igualmente flacos, en Ginebra solíamos caminar en silencio con nuestros sobretodos oscuros comprados en la misma liquidación, el pelo largo y recogido en una coleta engominada que nos hacía parecer hermanos mellizos, los perpetuos cigarrillos que manipulábamos con los mismos gestos displicentes, y era pertinente que Emma, quien dominaba el alemán mucho mejor que el castellano, nos llamara a mí o a Werner el "doppelgänger" del otro, confusión que nos había divertido mantener en el conservatorio, en Ginebra debíamos hablar en francés, tanto Werner como yo teníamos un francés horroroso, pero aun frente a esta limitación, el estilo poligloto europeo nos contagiaba sin lugar a dudas, con Werner solíamos hablar en alemán o en castellano indistintamente, viraje permitido por mi pasaje por la escuela primaria y secundaria en una institución alemana que me dejaba retomar el idioma que los judíos de origen germánico se habían empeñado en conservar en Buenos Aires, de modo que no desentonaba tanto con mi acento y podía suceder que cuando los tres nos encontrábamos para discutir el proyecto la conversación fuera girando de idioma sin que esto pareciera antinatural, aunque a veces me daba la impresión de que Werner trataba de complacerme especialmente al iniciar cualquier tema en castellano, lo mismo hacía yo al dirigirme a él en alemán, cortesías que mantuvimos a lo largo de una amistad que quedó sellada para siempre al terminar todo el trabajo, y pese a que supimos que no nos veríamos nunca más no es Werner un personaje muerto en mi memoria, lo siento vivo en tanto viva yo mismo, somos parecidos y hemos pensado en formas similares, no es él un recuerdo que me haya animado a aniquilar, tal como lo hice con Emma, quizás porque supe, también lo supo Werner, que ella no perdonaría nunca el crimen de ocultar el nudo central de nuestra investigación

en las misiones al regresar al conservatorio de Ginebra, crimen que en el fondo ha sido el asesinato de la memoria de Mark Linde, recordado por un motete señalado por Juan Sebastián Bach, porque sólo revelamos en el informe final de nuestro viaje dos cuadernos de villancicos compuestos en las misiones de Chiquitos para los indios locales, crimen que Emma había permitido en un principio debido a la relación que mantenía con nosotros, siempre sospeché que Werner también había conocido su piel blanca y pecosa, aunque Emma se había reído hasta descomponerse cuando alguna vez le había preguntado si se había acostado con mi amigo, y yo había entendido mal esta hilaridad, ahora advierto, en la soledad del taller, que el sometimiento de Emma a nuestros deseos se había debido a un respeto casi religioso por las ideas de Werner, ideas por otra parte que yo sentía que me pertenecían en aquello referente a la dirección de nuestras investigaciones, y Emma me escuchaba silenciosa cuando desvelado iniciaba el monologado hilván de pensamientos al respecto, mientras yo prendía un cigarrillo y ella me robaba pitadas acurrucada contra mi costado

la noche se abre paso entre las reproducciones para hacerle un lugar al marco de La Ronda Nocturna, armado con listones de madera negra, y le he explicado a la señora Judith que podría quedar bien que el paspartú tuviera una asimetría con respecto al centro del cuadro, correrlo un poco hacia arriba, un gesto claramente deliberado que según mi criterio tiene que ver con eso de deformar lo que se espera, transformar los materiales para ser mínimamente creativo, salir del centro perfecto, idea que no quise explicarle a la señora Judith, la necesidad de artificio en el arte, resultaría demasiado presuntuoso para un taller como el mío y una reproducción como la suya, me había bastado en todo caso con comentarle que era una práctica moderna, muy utilizada en Amsterdam donde yo me había formado en las técnicas de enmarcado, cosa que ella creyó sin ningún tipo de recelo, le resultó plausible la falsa historia de mi trayectoria de artesano en Europa donde había recibido mi formación en talleres de carpintería al mismo tiempo que cumplía las formalidades de un conservatorio musical, mentira más creíble que la verdad, pues si le hubiera contado que antes había sido el amante de Beatriz, la increíble leyenda de la lírica, no habría dado ningún tipo de crédito a mis palabras. El nombre de Beatriz resultaba conocido hasta para la señora Judith, si bien ella apreciaba las grandes arias de las grandes óperas a través de la recopilación de un conjunto de discos ofrecidos en la televisión por cable, supongo que de haber salido el tema, habría comentado la señora Judith algo sobre la terrible tragedia que la pérdida de Beatriz había significado para el arte lírico mundial. Menos creíble, mucho menos todavía, le habría parecido la historia de la investigación sobre el barroco latinoamericano y los descubrimientos acerca de Mark Linde en las reducciones jesuíticas, de modo

que yo había aceptado el lugar que me reservaban en el barrio, la señora Judith y todos los demás, no falta un raro en cada cuadra, y no cabe duda de que soy un tipo con aspecto caprichoso, extraviado a menudo en las conversaciones mientras sigo a mi interlocutor con la mirada perdida en el más allá y lo imagino en cualquiera de las situaciones reservadas a la más estricta imposibilidad, la señora Judith en posición de plegaria mahometana frente a La Ronda Nocturna, flamante en la pared de su living

si ha parecido un extraño contrapunto el que entablábamos con Beatriz en nuestras discusiones, esto no se debió en todo caso a una divergencia neta de nuestras opiniones en temas fundamentales sobre aquello que considerábamos la música grande, y creo ahora que Beatriz logró su cometido de que yo pudiera considerar de otra manera la música que ella interpretaba casi exclusivamente, me refiero a las óperas de Rossini, porque a pesar de que también los papeles mozartianos tenían pertenencia predilecta en el repertorio de Beatriz, todo lo que se relacionaba con Mozart había sido visto por mí desde siempre con otra mirada, una indulgencia que se encontraba más allá del valor indiscutible del salzburgués, y la fidelidad que he mantenido por Cosí Fan Tutte tal vez guardaba la influencia producida por una infancia poblada de profesores de música muy mozartianos, maestros generadores de una hueste de músicos diletantes que no podían ser considerados realmente talentosos, aun frente a tanta iniciación musical en una ciudad superpoblada, en aquellos años finales de los setenta de mi infancia, por psicoanalistas y sus pacientes, la mayoría, digo los pacientes, también psicoanalistas aficionados,

lo mismo da, un fenómeno que se relacionaba con el criterio de que la música se aprende jugando, sospecho que el mito fue alimentado por la clase media bien o mal psicoanalizada que enviaba a su descendencia a las instituciones musicales donde creían que se podía aprender música sin disciplina, interpretando en la flauta dulce danzas de la música antigua y barroca, fenómeno que de algún modo impuso el criterio de que a ciertos compositores se los haya venerado, y otros cayeran en la categoría de lo irremediablemente cursi, una influencia que, repito, he padecido en mi tierna infancia, porque sí, alguna vez hubo algo tierno, y un niño no puede discernir las influencias, de modo que Mozart era el grande entre los grandes, mucho más ante la magnitud del Mozarteum del que mi familia era abonada obligada, una típica familia también en otro estilo, que se habría horrorizado ante las exclamaciones de la señora Judith y que habría detestado colocar una reproducción como La Ronda Nocturna en el living, cultores de la originalidad aun a costa de comprar alguna basura original, porque las reproducciones sólo se permitían en el cuarto de los niños, niños que ya no existen más, como tampoco mi familia, sólo en la lejanía a la que no regresaré jamás, los holando-argentinos habitantes de las reformadas barracas del ejército de Orange-Nassau, cerca de Artis, el zoológico de Amsterdam porque Natura Artis Magistra

tampoco puedo recordar como felices los tiempos en que me instalé en Amsterdam, cuando me acomodé en un departamento luego de terminar con el conservatorio de Ginebra y Beatriz ya brillaba en todo el mundo, a mano mi lugar de morada, cerca de Alexanderplein como para encontrarnos rápidamente en el Amstel Hotel, cuando Beatriz descansaba de sus presentaciones en Estados Unidos, tiempo que se fue volviendo cada vez más escaso, forzado a acompañarla como un chaperón por las ciudades europeas tal como lo habíamos pactado, no sólo silencioso sino también ignorado, y sobre todo ignorante del futuro sin Beatriz, todavía gozaba de esa tranquilidad juvenil frente a la incertidumbre y cumplía con mis patrones en Zurich, componiendo obras que no se interpretarían jamás, ejercicios teóricos, pensaban probablemente los suizos que me contrataban, y aunque la voz siempre fue pensada como la voz de Beatriz, el término inhumano que se acuñó en relación con toda mi obra vocal, terminó de encasillarme en una posición que resultaba cómoda, de tanto en tanto algún seminario en selectos encuentros de música contemporánea, lo suficiente para regar un poco mi vanidad que a Beatriz le irritaba tanto como a mí la suya

creo que he considerado prejuiciosamente por un largo período la visión de la música de Beatriz, demasiado despreocupada para mi gusto, una molestia de aparición instantánea cuando ella se refería a la música como un vehículo de

la felicidad, entendida la felicidad como algo ligado al placer sensible, porque la frivolidad de la música se integraba solidariamente, según mi criterio, con las características de esta sociedad de mierda en la que vivimos y quedaba entonces sometida, pese a que como contradicción la completaba, a la sociedad, y en esto yo acordaba con la opinión de Beatriz de que esta manera de ver a la música como una fuente de placer le había permitido sobrevivir. En realidad, pienso que la música debería representar una forma de resistencia, fundamental en este punto fue para mí la defensa de la ausencia de finalidad como mecanismo de escape a las presiones de lo externo

porque Beatriz intuitivamente afirmaba que la alegría estaba en La Música con mayúsculas, es decir en el conjunto total de las piezas musicales, y no en cada una de la infinita serie de obras posibles, y este era el tema de una tesis que yo había defendido desde una teoría estética que reclamaba la necesaria y progresiva pérdida de la alegría de las formas musicales en la medida en que la realidad se tornaba más desesperanzada y estremecedora, La Felicidad era por lo tanto un todo para La Música en lo que respecta a su modo de acción, la aptitud de llevar a los individuos a un estado reflexivo sobre la realidad que la propia realidad impide, misión ineludible de cualquier artista, y a la que yo adhería tal vez con una vehemencia extrema, más aun en los tiempos en los que seguía a Beatriz físicamente por los teatros de ópera diseminados por toda Europa, guardando los recortes de las críticas casi como lo podría haber hecho una madre orgullosa, increíble hecho que oculté toda la vida, tampoco debe pensarse que era tan prolijo como para pegar en un álbum los fragmentos de los diarios, porque eso habría significado que también yo quedaba expuesto al peso de la máquina cultural, esa consideración de la música como un elemento de consumo que ha consolidado en mí la sensación de que la alegría musical es de plástico y mentirosa, lo bello en todo caso es el extraño latido que a veces percibimos en un determinado pasaje musical, cuando se produce la penetración de la totalidad del universo, quizás entonces la mentira es el instrumento que se precisa para admitir que no hay modo de reflejar adecuadamente la gravedad del presente, todo queda empequeñecido frente al espanto de lo cotidiano, y a esta altura, tengo la certeza de que no hay redención posible, existe El Mal, está en cada ser que respira, y respecto a El Bien, sobre eso sólo se puede ser un agnóstico, al menos para conservar la esperanza, y no considerar el ansia del asesinato como un pecado, porque puede ser una razonable purificación siempre y cuando sea debidamente juzgada

sin caer en un exceso de vanidad, me he considerado lo suficientemente autorizado a la hora de escuchar una interpretación musical de acuerdo con las estratificaciones que circulan respecto al público, primera capa entre ellas la

del experto como oyente ideal a quien nada le queda fuera de análisis, aquel que puede asociar cada detalle con el conjunto que lo precede y con lo que sigue, con una percepción de la estructura totalmente independiente del accidente de su ejecución, aunque sigo sosteniendo que la mayoría de los músicos se ubican hoy en la segunda clase, los oyentes que conocen la estructura de una pieza pero pierden por momentos los elementos que se han puesto en juego para su composición, y ni qué hablar de esos denominados buenos oyentes, los consumidores de cultura que se jactan de conocer una obra luego de escuchar unos pocos compases y mientras toman una copa de champán en la confitería presumen en el entreacto sobre las características de la interpretación dejando la obra a un lado, y a esa tercera categoría he detestado con tanta vehemencia, los viejos y nuevos ricos que compran la música como una mercancía, ese odio visceral me ha mantenido a raya de los comentarios insidiosos, pero cuando Beatriz cantaba, quien presenciaba esa interpretación advertía lo imposible de sustraerse a la vivencia del milagro inexplicable, algo mucho más allá de la técnica, esa diafanidad que se generaba a partir del portento de la voz. Y el éxtasis nublaba cualquier crítica. Pero no puedo olvidar aquella noche en la Scala de Milán, había acompañado a Beatriz a la representación de La Italiana en Argel y en uno de los compases iniciales de "Pensa alla Patria" me pareció notar una levísima falla en el vibrato, miserable, que generó la duda de si me había distraído, y fue solamente un instante, pero lo suficiente como para haber quebrado algo del sortilegio, sospecha que se disipó al estallar la ovación en el final del aria, y más aun, ante la lluvia de rosas blancas que cayeron en el saludo final, aplausos incluso del coro y la orquesta, todos arrebatados por la idolatría que por unos segundos se había esfumado en mí, y vuelvo sobre el hecho de mi desdén por la categoría de quienes buscan el detalle para criticar en una interpretación, gesto algo soberbio el mío el de ubicarme en el estrato de los oyentes expertos, no importa, digo, la soberbia, de modo que aparté el sentimiento de perplejidad y la duda de descubrir una falla en Beatriz, y todavía puedo sentir el escalofrío que me había sacudido en ese momento, tan lejano ahora en el calor de marzo en Buenos Aires, el taller se va caldeando a medida que la noche avanza y el aire se torna irrespirable, necesidad a veces de salir a caminar un poco, fumar un cigarrillo y bajar por Lavalleja hasta Córdoba para volver por Julián Álvarez hasta Velazco, un trayecto corto y solitario que tal vez refresca un poco el dolor del recuerdo de esa noche, pero en Milán hacía frío, también era otoño, otoño verdadero y no como este *otro* otoño, una realidad que se unió solidariamente a la momentánea sensación de percibir la imperfección en la maravilla habitual de la voz de Beatriz, una alucinación auditiva, seguramente en el principio me embarqué en la idea de la imposibilidad de criticar la interpretación de Beatriz, lo que me habría convertido en uno de mis detestados diletantes, ya había aceptado a Rossini,

de modo que sacudí el pensamiento nocivo que taladraba mi cabeza y por la noche entré en el cuarto de Beatriz cuando todos dormían, un poco antes de que ella hubiera vaciado la última copa

Voz de mujer italiana 12

—La voz fue de algún modo el reflejo de una decisión. Creo, Marquitos, que me he esforzado en cumplir el mandato de pertenencia corporal, pero tal vez te produzca una pequeña satisfacción si te confieso lo mucho que me costó.

—Quiero decir, lo mucho que me costó aguantar, resistir las ganas de hablarte más, tanto como lo estoy haciendo en este momento, Marcos, vos como siempre con la mente en algún lugar distante, enojado con el mundo, muchas veces me resultó realmente incomprensible cómo hacías para seguir a mi lado, más allá del éxito, más allá de las discusiones filosóficas.

—Incluso más allá del alcohol.

—A veces parecía que me quebraba, que me daban ganas de decirte alguna de esas palabras que ninguno de los dos podía escuchar sin sentir vergüenza.

—Pero vos me entendiste bien, no hubo que entrar en la elaboración de grandes aclaraciones, yo debía seguir la ruta que la voz impuso, y no estuvo mal esa decisión de dejarme sola en el departamento de Nueva York, cuando

quería quedarme para cumplir con mis compromisos.

—Igual, nunca te oculté que te extrañaba.

—Cuando empecé a cantar nadie daba un peso por mí. Vivíamos en la casa de Flores que mis padres usaban como academia de música de barrio y que después de la muerte de mi papá siguió dirigiendo mi vieja.

—Papá quería que yo fuera pianista. Para mi vieja yo no existí hasta que quedó viuda. Recién entonces se dio cuenta de que podía hacer algo conmigo, y un día me escuchó cantar.

—Mi vieja se volvió loca. Comprendió que tenía en su poder un milagro, y creyó que iba a poder dominarme, tener la fama con la que siempre había soñado.

—Nunca la quise. Es duro, pero es así. Ni bien pude desprenderme de ella, la dejé quieta en Buenos Aires, vos fuiste testigo de que jamás le faltó nada. Pero no había de qué hablar.

—Tampoco le debía nada. Me llenó de ejercicios absolutamente inútiles. Yo sé que la voz no dependía de esos ejercicios, sino de otra cosa.

—En el fondo, cuando vos decías que no hay que firmar el pacto con el diablo yo me sentía culpable, porque de alguna manera el pacto lo había firmado sin ningún tipo de miramientos.

—Qué remedio le queda a una piba que vive en compañía de una arpía, aislada del mundo.

—Pactar, Marquitos. Pactar.

—Mi viejo me decía que lo único bueno que había era la música. Me sentaba a su lado y escuchábamos ópera juntos. Podía pasarme el sexteto de Lucia de Lamermoor cien veces. Y de pronto, me decía que ese era uno de los momentos en el que la música tocaba lo sublime, un instante en el que le surgía el sentimiento de que forzosamente existía allí algo inexplicable, más allá de la escala humana, algo que tenía que haber sido producido por otro, no por el compositor, sino por alguien más allá de lo que podemos alcanzar.

—Y supongo que por eso creí que la única posibilidad que me quedaba era la de entrar en ese mundo, y si el precio del pacto era la entrega total, lo acepté

sin muchas consideraciones.

—Cuando nos conocimos en Amsterdam, la decisión estaba tomada, aunque todavía no había llegado a donde quería. Recién empezaba.

—Pasó el tiempo. Fijate, Marcos, todavía no sé cuál es el lugar al que quería llegar.

Voz de mujer italiana 13

—Isabel Colbrán soportó estoica un par de temporadas antes de cumplir su deseo. Quería enganchar a Rossini en su red.

—En realidad, ella preparaba sin saberlo su propia trampa. Apresar a Rossini no la salvaría, todo lo contrario, pagaría muy caro su deseo.

—En 1819 Isabel protagonizó el papel principal de Ermione, una ópera que no tuvo el éxito que hubiera merecido, y que realmente tiene rasgos de originalidad. Rossini utilizó una gran cantidad de recursos dramáticos, y hubo lugar para protagonismo en las actuaciones del tenor. Nunca supe por qué esta opera fue casi descartada por la crítica rossiniana a lo largo de la historia. A mí siempre me pareció muy digna.

—Después vinieron La Donna del Lago y una pausa larga durante 1820 hasta la presentación de Maometo II.

—Luego de Maometo, Rossini se fue de Nápoles para cumplir sus compromisos de la temporada del carnaval de 1821 en Roma, y nuevamente la dejó a Isabel sola, envuelta en los pensamientos que tomaban la potencia de una obsesión malsana que la consumía, porque Isabel no le revelaba estas ideas a ninguno de sus confidentes habituales.

—Vos conociste mi teoría de que no existen los asesinatos perfectos, sin huellas orientadoras, aunque sean mínimas, que permitan desentrañar las historias. Isabel dejó también pistas sobre esta etapa porque por esa época escribió muchas notas, cierto que algo desordenadas, pero fechadas como si fueran un diario que guardaba con sus papeles privados.

—Mientras tanto su voz se deterioraba. Cada vez le resultaba más difícil sostener esos pianísimos que la convertían en insuperable. A pesar de ello, sabía que tenía tela para algunas temporadas más, siempre y cuando no se la exigiera demasiado.

—Empezó a cuidarse, algo que nunca había hecho.

—Yo tampoco. Digo, algo que nunca hice. Cuidarme.

—Nunca te conté la fortuna que pagué por esos documentos escritos por Isabel Colbrán. Son auténticos. Los tipos de la Fondazione Rossini me pidieron varias veces autorización para revisarlos. Y creo que si me negué, en el fondo fue un gesto de solidaridad que tuve con Isabel.

—Fuiste vos quien me enseñó a proteger a ciertos personajes como lo hiciste con Bach y ese jesuita del que me hablaste, no sé de dónde te salió tanta veneración, nunca entendí por qué podía ser tan especial un motete y un par de cuadernos de villancicos.

—En esa especie de diario Isabel escribió sus impresiones cuando se enteró por ejemplo de que en el carnaval, Rossini y Paganini, que eran amigotes desde hacía algunos años, salieron borrachos y disfrazados de mendigos a cantar por las calles de Roma. Rossini se cubrió la panza con manojos de paja, para parecer más gordo, de todos modos en los últimos años ya había ganado unos cuantos kilos. Paganini siempre estuvo al borde de la desnutrición, así que hacían de gordo y flaco patéticos, aunque Isabel supo que terminaron la noche en casa de una amiga del violinista.

—La anécdota de Rossini y Paganini es muy conocida. Hasta llegó a nosotros el estribillo que cantaban por las calles. Rossini lo convirtió más tarde en un cuarteto vocal acompañado de piano. No es ese el punto. A los biógrafos de Rossini les ha parecido siempre un dato simpático para rescatar del maestro.

—A Isabel la historia se le volvió insoportable.

—De algún modo, reforzaba la idea de lo imposible que resultaba cortarle las libertades a Rossini en tanto no hubiera un compromiso formal de unión, un contrato que legalizara la situación que los mantenía unidos y que en algunos círculos se juzgaba con bastante severidad.

—Isabel estuvo muy astuta cuando involucró en el asunto a la madre de Rossini.

—La mujer se llamaba Ana Rossini y había sido una cantante de provincias, igual que el padre de Rossini. Y si bien esta mujer nunca había sido un modelo de pudor, en esa etapa de la vida quería que su hijo sentara cabeza.

—Más aun, con la fama que se había ganado Rossini, la madre anhelaba la

posición de respeto que hasta entonces se le había negado, y que lograba ahora gracias a la celebridad de su hijo. Rossini era una de las figuras más atrayentes de Europa, había rechazado a la mujer del príncipe de Gales, lo fascinaba la buena vida. Y todavía no había cumplido los treinta años. La vieja lo quería ver casado y padre de familia. Supongo que también le habría gustado tener nietos.

—Isabel le escribió a Ana Rossini algunas cartas formales, un poco obsecuentes. Suficientes como para ganar el favor de su futura suegra.

—Lo demás empezaría a armarse solo.

—Mientras la voz sola se iba desarmando.

Taller de Marcos 16

la mente da vueltas de espiral por caminos que tanto suben como bajan y llevan esta noche por terrenos insospechados, siento por momentos la imposibilidad de controlar esa eficiente máquina de recordar, eficiente más allá de los intentos por aplacar su potencia con las copas que se consumen casi imperceptiblemente, mientras finalizo la tarea de enmarcado de La Ronda Nocturna y pienso en la señora Judith, pobre señora Judith, entusiasmada por aquello que de alguna forma me ha parecido despreciable, a ella la tiene sin cuidado la opinión mía, interesada en aparentar, reunirse con sus amigos para mostrar las fotos de su viaje, programar una reunión de su grupo de cine o del taller de análisis literario, actividades que ella realiza en el paroxismo del

diletantismo y que se ha ocupado de divulgar con fruición, casi tanta como la palabra bellísima, superlativo que aflora a sus labios con una frecuencia excesiva, en el límite de lo tolerable, y emplea obstinadamente para calificar a cualquiera de esas películas iraníes que yo jamás vería por lo irremediablemente desconsoladoras, pero más allá de los méritos del nuevo cine iraní, la señora Judith recibirá a su grupo de amistades para discutir la película del mes con un resignado cineasta coordinador, y servirá el struddel con crema que los amigos elogiarán por lo suave, también palabra apropiada para la ocasión, y relatará su ronda europea, a tono con la nueva reproducción de La Ronda Nocturna, y vuelvo sobre las rondas, no es la primera vez que digo que dan pena

si todo es un círculo, o como he mencionado antes, una espiral, el mismo humo que producen los cigarrillos en el taller es una prueba de la tendencia espiralada que la mayoría de las cosas adoptan en mi vida, sobre todo el tiempo, eterno ritornello, muestra cabal de la tesis de la circularidad es el recuerdo de esa otra ronda que habíamos iniciado con Emma y Werner, llegados para nuestra investigación primero a Buenos Aires, sitio en el que se habían programado una serie de encuentros y conferencias que Emma tenía asignados a través del convenio con el Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas de la Argentina, contacto que debía realizarse junto con nuestros socios de Buenos Aires que financiaban parte del proyecto, previamente a continuar nuestro derrotero rumbo a Santa Cruz de la Sierra y cumplir con las formalidades que exigían los representantes de la República de Bolivia, demorada estadía en Buenos Aires sin que yo imaginara que sería la última vez antes del regreso definitivo, entusiasmado en ese entonces por el trabajo que teníamos entre manos, Emma y Werner como irremediables extranjeros que dependían en esa ocasión de mi lengua madre que los guiaba por los laberintos de la ciudad, también yo la visitaba en calidad de turista, sensación extraña la de ser un extranjero en el terruño natal, razón quizás que justificaba la pátina indulgente con la que todos los defectos eran cubiertos, a los europeos algunas cosas les resultaban hasta pintorescas, porque en mi actual condición de condenado, encerrado en la celda del taller, y aliviado sólo por las caminatas nocturnas o las ocasionales escapadas al mundo exterior, pienso ahora que nada es tolerable, hoy todo parece una irremediable mierda. Emma disfrutó como una europea que llega ilusionada por absorber el estereotipo latino en un par de semanas, y fue ella quien me arrastró en una peregrinación por los lugares de culto de Buenos Aires, entre los cuales se incluyeron algunas lecciones de tango por parte de una profesora que aseguraba la imposibilidad de aprender los secretos de la danza ciudadana a menos que se tuviera la carga energética requerida para incorporar el misterioso y mágico secreto, danza que según ella, la profesora, representaba una dificultad mayor

que cualquier coreografía del mundo, un lenguaje, se empecinaba en afirmar la profesora, que pocos pueden dominar, aunque en el fondo parecía que el salón donde se armaba la milonga era el preferido por un público compuesto mayormente por mujeres y hombres que huían de sus matrimonios disueltos y caían en esa nueva religiosidad tanguera que defendían con una pasión encendida en la que el acceso al baile en definitiva parecía la iniciación a un rito, cosa muy distinta de esas peñas de viejos que bailaban alejados del snobismo de la clase media porteña, pensamientos que no le quise participar a Emma, convencida ella de que continuaría con las lecciones en Ginebra o en Londres, sin hacer caso a las miradas irónicas de Werner y a las mías, ninguno de los dos había mostrado entusiasmo por las mujeres disfrazadas de bailarinas profesionales de tango, y por momentos me molestaba la familiaridad entre Werner y Emma, sentimiento exacerbado cuando ella se confundía y me llamaba Werner, duda, la del engaño, que a pesar de su negativa persistía, irritante y molesta como la risa de Emma cuando se burlaba de mis celos latinos

habíamos traído a Buenos Aires las copias de las cartas de Bach que mencionaban al padre Linde, figura, la del jesuita, fascinante para los integrantes del grupo argentino que había desarrollado sus actividades en esta parte del continente, el furor del nuevo barroco latinoamericano se había desatado por la importancia de los tesoros que los registros de las misiones chiquitanas ofrecían, se programaban festivales internacionales de interpretación de las obras compuestas en ese período con asistencia de agrupaciones locales y europeas, de algún modo nuestra presencia recalcaba el apoyo suizo a estos proyectos, y Emma se había encargado de difundir todos los datos de las investigaciones acerca de Mark Linde, en una serie de publicaciones que habían circulado rápidamente entre los especialistas que acudían a la selva boliviana como abejas atraídas por el polen de una nueva y rara flor. Emma misma había insistido en alejarnos de las fechas de los festivales programados en la zona de influencia de Santa Cruz de la Sierra, y con los títulos del conservatorio de Ginebra ganados como cartas de presentación, no padecíamos otras obligaciones más que las referidas al trabajo de campo ni demasiadas presiones para cumplir con fechas en forma muy estricta, de modo que la estadía en Buenos Aires se prolongó más de lo que yo habría deseado, Emma disfrutaba de los innumerables asados a los que nos invitaban, mientras Werner y yo éramos en esa época lo suficientemente idiotas o flacos como para estar más allá de los placeres culinarios, atorados por el humo de los cigarrillos que ambos prendíamos con el mismo ritmo, inquietos los tres, en verdad, por la decisión que habíamos tomado de no dar cuenta de las cartas de Bach en las que se refería a Linde como si le tuviera envidia, impresión que no habíamos comunicado a nadie y que tal vez

podríamos resolver al adentrarnos en los archivos de las misiones, una vez que estuviéramos allí, ya que por razones presupuestarias realizaríamos la visita al territorio de los jesuitas sin los investigadores locales

y mostrábamos cierta falta de apresuramiento en salir definitivamente hacia Bolivia, tomar los caminos de la selva, dejar lo que durante unas semanas había sido tal vez un paso en un camino sin retorno, creo ahora, de vuelta en Buenos Aires, pero tan lejano de esa época, que Werner presentía algo malo, típico de él acentuar sus ironías y sarcasmos cuando se hallaba en situaciones complicadas, de modo que encontramos suficientes excusas para aplazar la salida un par de semanas, hasta clasificar toda la documentación que habían provisto nuestros colegas de la Argentina y Bolivia, obsesiva la prolijidad de Emma quien también se excusaba en asado y tango, aunque sabíamos que ella sentía más que ninguno el exceso de adrenalina ante la perspectiva de horadar el territorio de Linde, porque el resentimiento de Bach fue el secreto que mantuvimos sin revelar en toda su magnitud, obviamente había causado impresión la coincidencia de los dos hombres en Leipzig, el dato no había pasado inadvertido para nadie, tampoco la afinidad entre ambos, el padrinazgo de Linde de dos hijos de Juan Sebastián lo demostraba, no, no era la vinculación de estos dos hombres el enigma para nosotros, sino la convicción de que Bach envidiaba a Linde sin que este se hubiera dado por enterado, confiado el jesuita en la bondad de sus prójimos y manteniéndose humilde ante su idea de la grandeza de Dios, aun luego de haber abandonado la orden, misterio que también queríamos desentrañar en los documentos chiquitanos

la señora Judith no quería que la reproducción reflejara otra luz que la propia, por eso su fuerte insistencia en el vidrio anti-reflex, y es cierto que aun en estas proporciones reducidas La Ronda Nocturna irradia cierta luminosidad, único motivo por el cual se había fijado la señora Judith en el cuadro, porque si algo había aprendido con el audiotour del museo, se le olvidó, entre las innumerables explicaciones que me dio al entregarme la reproducción, el hecho de que esas rondas no existían ya como tales en la época en que Rembrandt pintó el cuadro, y un detalle que había capturado mi atención la primera vez que estuve frente a la pintura, había sido la del hombre que apronta su rifle, dispuesto a disparar, si entonces hubiera sabido en qué remoto sitio iría a terminar colgada la reproducción seguramente habría sido el primer instinto el del asesinato sin preguntar demasiado, y el mismo capitán Coqc habría autorizado a sus hombres a acribillar a la señora Judith, tal vez a mí también, responsable en parte de la atrocidad de reducir la magnificencia de La Ronda Nocturna a esta miserable réplica que colgará a partir de mañana en un departamento del porteño barrio de Villa Crespo, un crimen más en mi lista, tal vez uno más de los que permanecerán impunes, no importa, tampoco

a mí me abandona la sombra de haber sido un desdichado, lejos ahora de Beatriz, y mucho más perdida en la descendente espiral la figura esbelta de Emma, abandonados el uno del otro cuando de regreso de nuestra expedición a las misiones llegamos a Ginebra y nos separamos hacia los mismos destinos de los que habíamos llegado aquella tarde cuando nos conocimos en los túneles del aeropuerto

Voz de mujer italiana 14

—Sí, Marcos. Yo me di cuenta esa misma noche de que vos fuiste la única persona que notó el problema de mi vibrato.

—Tal vez nunca pude agradecerte lo suficiente tu silencio.

—Y si las pesadillas ya eran una tortura, a partir de ese momento se convirtieron en este horror que me está matando.

—En realidad, que me ha matado, Marquitos. Que me ha matado.

quizás las consecuencias de la presentación en la Scala obraron para que los restos de lucidez que aún quedaban en Beatriz pudieran expresarse a través de las nubes de alcohol que ya no se disipaban tan fácilmente como antes, sumida Beatriz, luego de su falla, en un permanente estado de inquietud que sólo se atenuaba por el efecto de los sedantes, y digo restos de lucidez, porque el pedido de que la acompañara en una aventura inesperada para todo su entorno, una huida momentánea, devolvió a mi sentimiento por Beatriz una intensidad renovada, similar a la magia que se había desanudado en aquellas primeras tardes de Amsterdam, cuando deambulábamos sin rumbo, muertos de frío por los cafés del Jordaan. Atrás había quedado el tiempo despreocupado, cuando la relativa pobreza de Beatriz no parecía resultar un impedimento para los momentos de felicidad exaltada. Remarco lo de relativa, porque si se me comparaba con Beatriz que ya tenía reservas en el Amstel Hotel, lo mío era indudablemente la absoluta miseria, cosa que tampoco a mí me molestaba, la cuestión era comer y viajar, escapar en pequeñas dosis del conservatorio de Ginebra, una meta que se cristalizaba en Amsterdam gracias a la presencia de los únicos parientes que me quedaban, mi hermana, mi cuñado y sus hijas, ayuda para tener sitio donde pernoctar, olvidarme de las obligaciones simples, y caminar hacia los mismos destinos, siempre los mismos destinos que tenían un poder magnético irresistible, el puesto del mercado de flores que enfrentaba a la tienda de venta de hamacas paraguayas y el quiosco de arenques de Rembrandtplein, un lujo que no precisaba de mucho más dinero que el que ganaba con mi beca y un poco de los ahorros que dosificaba de lo que había quedado de la herencia familiar, todo eso borroso en el instante en el que Beatriz volvió a insistir, tal vez molesta por mi silencio inicial, para que nos fuéramos los dos a un sitio en el que nadie pudiera encontrarnos durante un par de días, al menos volver a ser los dos apasionados que habían vagado sin rumbo alguna vez por Amsterdam cuando no conocíamos las presiones, seducidos por el desfile de puentes sobre los canales congelados

quinientos florines había pagado Beatriz por el viaje en taxi a un hotel cerca de la frontera con Alemania, precio por demás elevado para cubrir sólo el trayecto desde Amsterdam, y una idea que jamás se me habría ocurrido la de meterme en un spa exclusivo donde ayudaría a Beatriz a olvidarse de sus

terrores, al menos por dos días, y sumergirnos en baños de aguas termales, sesiones de masajes y siestas reparadoras que acaso permitirían borrar el rictus de amargura que los dos llevábamos esculpidos en nuestras caras. Y frente a la reproducción de La Ronda Nocturna que se está acomodando a su nuevo marco, no me quedan muchas dudas ahora en el taller de que el agente de Beatriz habría llamado a los hombres del capitán Coqc de haber podido, con tal de localizar a Beatriz que misteriosamente se había esfumado luego de encontrarse con un desconocido en la Centraal Station. La salida me había parecido un intento de rescate de sí misma, subrayo la noción de ayudarse por sus propias fuerzas, una posibilidad que Beatriz se merecía sin lugar a dudas, acentuada por el incidente en la Scala de Milán y que nuevamente me había parecido percibir en la Ópera de Hamburgo en una de las ocasiones en que Beatriz había aceptado salir de los papeles de mezzosoprano para adentrarse en repertorios en los que jamás había tenido dificultad, más allá del hecho de que las heroínas agudas, como ella llamaba a las actuaciones para soprano, no eran de su favor, bien que Lucia, Norma o Semirámide, los personajes de esta tesitura que había interpretado, habían devenido en lo que muchos consideraban un antes y un después de Beatriz en la lírica moderna, motivo por el cual yo no imaginaba que la falla en el vibrato aparecería en un aria sin tantas complejidades para Beatriz como "Casta Diva", pero así había ocurrido, fue en Hamburgo, una fugacidad ínfima que me llegó como un dardo, y si digo ínfima se debe a que la vacilación del aire se perdió inmediatamente en la tensión dramática, la misma que Beatriz le imprimía a cualquiera de sus interpretaciones, porque el problema había resultado de un tamaño microscópico si se lo comparaba con la perfección majestuosa de toda la ópera, de la gloria a la que había llevado los dúos entre Norma y Adalgisa, yo mismo habría defendido a cualquier cantante al que se atacara por un error sufrido en el contexto de una gran obra, y en el caso de Beatriz, esa noche en Hamburgo, ningún crítico había mencionado el problema, nadie lo había percibido, sólo yo, y por supuesto también Beatriz, situación que me resultó evidente cuando el terror la invadió por las noches de una forma que aumentaba aceleradamente, multiplicando su eficiencia como una enfermedad que se disemina por todo el organismo

de modo que había aceptado sin reservas la oferta de Beatriz de fugarnos, una actitud que en escala reducida a veces se producía cuando cobraba coraje y mandaba a toda su corte de seguidores a la reverenda mierda y se reunía conmigo en algún sitio que tenía el gusto del secreto compartido, majestad en los modos de reina que indicaba a sus súbditos la necesidad de espacios en los que se la debía dejar hacer lo que le viniera en gana, y me citaba en el t'Smalle, el café donde para entonces Beatriz entraba casi disfrazada para evitar el asedio, tan atrás habían quedado los tiempos en los que no tenía la

fortuna del reconocimiento. Y para mí, esos momentos representaban un pequeño triunfo de la vanidad, vanidad que nunca había logrado domesticar, ese poder que aparecía cuando se ponía en evidencia mi cuota de personaje indispensable, y si yo detestaba ese tipo de pensamientos, se fundamentaba en que deseaba dejar de parecer uno más de los argentinos que luchan por el afán de protagonismo, mucho más como parte ignorada del entorno de Beatriz, tan reclamada como enjuiciada por sus adicciones conocidas por todo el mundo. En el fondo, me pesaba la dependencia, cada vez mayor, de la ayuda financiera que silenciosamente aceptaba por parte de Beatriz. Quizás fue por todo eso que aprobé la posibilidad de salir de los moldes, aunque me llevara nuevamente en calidad de acompañante a una lujosa clínica de rejuvenecimiento, aun frente al conocimiento de Beatriz sobre mi juicio de que el rejuvenecer es un crimen que merece ser castigado, pero no era ese el objetivo que nos había llevado frente a las ruinas de un castillo medieval, en el pueblo de Valkenburg, ubicado en una provincia holandesa del sur cerca de la frontera con Alemania, lugar donde Beatriz y yo recorrimos durante la mañana los caminos de los alrededores sin ser molestados más que por la lluvia, y por las tardes ella se había sumergido en las distintas aguas termales que ofrecía el hotel mientras yo permanecía en el cuarto disparando con el control remoto del televisor, nunca me gustó la idea de compartir la desnudez con desconocidos, parte de los resabios de troglodita argentino que no han desaparecido se evidenciaban en esa vergüenza, pienso ahora, sumergido en la penumbra brumosa del taller mientras enciendo otro cigarrillo y aspiro profundamente con el placer de la primera pitada, probablemente no habría sido posible conseguir la metamorfosis de la identidad, convertirme en europeo, no al menos en mi caso, pese a que pregonaba ideas que Beatriz consideraba de una vanguardia irritante, al menos en los temas musicales, el pequeño detalle de no poder vencer el pudor de bajar desnudo a las aguas termales marcaba una diferencia que Beatriz había señalado con cierta hilaridad, porque ella no había tenido ningún inconveniente en mostrarse como era, quizás debido al entrenamiento de desnudar su alma en público cada vez que le tocaba asumir el papel principal de una ópera

el agente de Beatriz estaba por dar parte a la policía cuando ella reapareció, habían sido sólo dos días de ausencia, un paréntesis en la vida que pese al hidromasaje y al barro facial no había evitado las pesadillas nocturnas, aplacadas a duras penas por mis palabras, atormentada Beatriz por un nuevo miedo que hasta ese momento le había resultado desconocido, el miedo de salir a escena, confesión que no me hizo siquiera en las ocasiones de mayor intimidad en el hotel de Valkenburg, pero que al igual que tantas áreas secretas de Beatriz, se revelaba ante mí a través de distinto tipo de indicios, y sólo hacía falta un simple mecanismo de deducción, pienso mientras miro el

cigarrillo consumido, apartado por un rato de La Ronda Nocturna, ahora cuando Beatriz está muerta y no faltan nunca las rosas blancas en su tumba, los admiradores me ahorran el esfuerzo de viajar al cementerio parque, sin dudas la aparición del deterioro de la voz de Beatriz fue lo que precipitó su final, en el fondo no tendría que sentirme culpable, nunca habría podido ayudarla de otro modo

Voz de mujer italiana 15

—No sé cómo empezó esto. Porque ya te dije que había aceptado el precio, y me había entregado a la voz con cuerpo y alma.

—No había posibilidad de que yo te dijera nada. Me protegían las borracheras, y me costaba, pero yo lograba aguantar esa necesidad que a veces tenía la fuerza de algo que está por reventar en cualquier momento. El deseo de acercarme más, de hablarte, Marquitos.

—Vos no te diste cuenta. Fue cuando canté en Viena la Fiordiligi.

—Me quebré. Traicioné el pacto. Te hablé a vos, con mi alma.

—Era otoño, yo estaba muy deprimida.

—Sentía que te debía decir algo que pudiera tirar un puente entre nosotros, y de pronto, lo tuve ahí, servido en bandeja. La misma Fiordiligi me ayudó, y mirá que es un papel para soprano, de esos que a veces subestimo, pero me vino como anillo al dedo.

—Marcos, yo no sabía si estabas ahí, pero te lo dijo el aria misma.

—*Per pietà, ben mio, perdona all'error d'un alma amante*.

—Incluso, sin que lo hubiera ensayado, la emoción me obligó a una pequeña pausa después de decir *per pietà ben mio*, y la orquesta me siguió como si lo hubiéramos trabajado.

—Creo que fue demasiado.

—Vos recién te percataste de que algo me estaba pasando en Milán. Eso lo sé, Marquitos, tus gestos te van a delatar siempre. Aunque ahora estés dormido.

—Me gusta verte el pie fuera de la sábana.

—Ya te lo dije. Demasiado.

—Fue eso, por esa boludez, por expresar finalmente mi desobediencia.

—¿O creés una casualidad que al día siguiente terminara internada en una clínica?

—Igual que Isabel Colbrán.

—Yo pensé siempre que había una diferencia, te lo dije en más de una oportunidad, pero ya ves.

—Mi vida termina como la de Isabel Colbrán.

—El servicio al arte o la vida propia.

—Sin vacilar, Marcos, porque la duda es una forma de disolución.

—El pacto se firma todos los días, y si no se cumple, la historia termina mal. Así de mal como la de Isabel Colbrán. Tan mal como yo.

—La verdad, estoy cansada de este estilo de vida, mis recuerdos pesan demasiado.

Voz de mujer italiana 16

—Cuando era chica pensaba que el casamiento, o mejor dicho la unión con otra persona, salva a cualquiera de la soledad. De la soledad como una condena, entendeme bien, Marcos, hablo de eso que los dos consideramos como una señal que nos hace ser humanos. Ser solos.

—Creo que lo que le pasó a Isabel fue caer en esa ilusión, en la pelotuda ilusión de que si se casaba con Rossini, aun perdiendo su voz, podría no quedarse sola.

—Como si fuera posible estar acompañados en los momentos en que somos verdaderamente nosotros. Digo, por ejemplo, cuando por las noches cerramos los ojos y nos volvemos para adentro, nos replegamos detrás del muro, quedamos expuestos a las pesadillas.

—No importa si en la almohada de al lado hay otra cabeza. Incluso la cabeza de alguien querido.

—Igual nos quedamos solos.

—Con el terror, sin salvación.

—Y a Isabel Colbrán no podía sucederle de otro modo.

—En 1821 todo el grupo del teatro San Carlo de Nápoles fue invitado a

realizar una temporada en Viena, gracias a un contrato que había hecho Domenico Barbaia, también empresario de un teatro vienés.

—Viajaban juntos Isabel Colbrán y Gioacchino Rossini por primera vez desde que Rossini se había instalado en Nápoles, siete años atrás.

—Para Isabel todo el hecho tenía una trascendencia que estaba más allá del acontecimiento musical.

—En Viena se había planeado la puesta de Zelmira, la última ópera de Rossini para el San Carlo.

—También Rossini se encontraba perturbado por el viaje. Tenía el objetivo de encontrarse con Beethoven, quizás una de las cosas que más le importaban de todo ese proyecto.

—Para Isabel, Beethoven no existía, conocía la admiración de Rossini por el compositor sordo, pero como no se relacionaba con las óperas en italiano, simplemente no entraba en la lista de autores que merecían su trato.

—Isabel había convencido a Rossini de que se encontraban en el momento preciso para casarse.

—El viaje les permitía hacer una escala, y reunirse con los padres de Rossini.

—Sobre todo con la madre, que le había escrito infinidad de cartas a su hijo, reclamando un estilo de vida reconciliado con aquello que manda la iglesia.

—Aunque Rossini no era muy practicante, guardaba una relación respetuosa con todo lo que se relacionaba con cuestiones religiosas.

—Mucha presión, Marquitos, la de dos mujeres sobre un hombre como Rossini.

—Ahí tenés otro ejemplo, Marcos.

—El ejemplo de uno más que pactó. Hasta el padre de Rossini le había pedido que regularizara su situación. Dos celebridades como Isabel y Rossini tenían que acabar con esa relación escandalosa, más aun si no existía ningún impedimento para que se casaran como Dios manda.

—Isabel creería que si ponía fin a una historia de pecado podría acaso tener

una vida más tranquila.

—Te lo repito. La ilusión de concluir con esa soledad, el miedo de quedarse sin la voz, que se perdía irremediablemente.

—Stendhal mismo, el gran admirador de Rossini, durante mucho tiempo no pudo encontrar fisuras en la voz de Isabel, incluso más allá del argumento que podría haber aumentado el fastidio del escritor hacia Isabel, una clara representante de los borbones, un símbolo que detestaba.

—Pero de pronto, comenzó a notar que la voz decaía sin muchas contemplaciones.

—Y esto que digo no hace falta buscarlo en documentos perdidos. Stendhal lo escribió en su libro de notas Roma, Nápoles y Florencia.

—Isabel sabía que la gira del elenco del San Carlo a Viena era una de sus últimas oportunidades para sobresalir. Tampoco quería volver a Nápoles.

—El plan sólo comenzaba con el casamiento, porque entre otras cosas Isabel quería desprenderse de Domenico Barbaia, algo difícil pero no imposible para Rossini, convertido en el embajador del espíritu italiano que deslumbraba a los europeos del norte y a los ingleses.

—Dejar atrás la soledad, atrás a Nápoles.

—No sabía que era imposible. Cada vez que Isabel se presentó en mis pesadillas, parecía que quería advertirme sobre un peligro.

—Interpretalo como quieras, Marcos. Yo sé que vos considerás una estupidez supersticiosa todas estas cosas que te conté, parte de este modo italiano ignorante que me caracteriza, como dijiste alguna vez.

—Si te parece más correcto, yo misma pensaba que existía un peligro al entregarme a la voz de ese modo.

—Y aunque la suerte ya estaba echada para Isabel, había decidido continuar con el plan del matrimonio.

—En el camino hacia Viena la comitiva hizo un alto en Castenasso, donde se encontraron con los padres de Rossini.

—La ceremonia fue muy íntima, con muy pocos invitados.

—Isabel lo había atrapado, y esperaba que la gira se convirtiera en una especie de viaje de bodas, una tregua para sus pesadillas.

—Un poco de paz.

—Pero no la tuvo, Marcos.

—Jamás.

Taller de Marcos 18

reducción es un término apropiado para señalar la tarea de esta noche, digo por la obra reducida y perdida en sus dimensiones reales, creo que sólo se puede tener la noción de lo que el artista quiso expresar cuando el observador se coloca frente al lienzo en su tamaño original, única posibilidad a mi juicio de comprender en este caso a Rembrandt, quien pensó seguramente en las emociones que las medidas del óleo generarían en el hipotético receptor de La Ronda Nocturna, grupo monumental liderado por el capitán Coqc con su imponente sombrero, y si algo no tiene el poster que me trajo la señora Judith, es fidelidad a la magnificencia concebida por el pintor, ya que la dimensión se ha disminuido deshonestamente, reducción de aquello que se realizó grande porque el tamaño importaba, imposible despertar con estas medidas las emociones del espectador, al menos no aquellas emociones que Rembrandt pretendía, perdidas estas ideas en la mente de un público distinto del que se plantaba frente a la obra un par de siglos atrás, y la reducción conforma un objeto distinto, la obra de arte se extravía y la reproducción se convierte en otra cosa, difícil determinar qué es. Considero como cierta la percepción mía de que en el taller de marcos cometo el asesinato de las artes plásticas, ejemplo claro del delito ha sido el trabajo que he realizado sobre La Ronda Nocturna, virtual eliminación de la experiencia estética que se obtiene en el Rijkmuseum, y ahora, en la oscuridad, no podría adivinar los sentimientos de la señora Judith, quizás su primer pensamiento fue que una reproducción del cuadro vendría bien para su living, justo arriba del silloncito de pana azul, tan bonito, que había comprado en el centro de diseño

vuelvo sobre la palabra reducción, y lo hago tan sólo para señalar un diferente sentido aplicado a las poblaciones donde los jesuitas asentaron su tarea. El significado del sustantivo cobra otro poder, poder que comenzó a esbozarse para Emma, para Werner y para mí cuando dejamos atrás el hotel de Santa

Cruz de la Sierra, despejados ya de los encuentros protocolares que nos habían consumido diez días de entrevistas, permisos y conferencias con miembros del Ministerio de Relaciones Exteriores y autoridades eclesiásticas interesadas en escuchar algo de la historia del padre jesuita Mark Linde, para ellos una curiosidad alemana de principios del siglo XVIII que se había internado durante años en la selva para después salir apresurado, el hijo pródigo que retornó al hogar en Leipzig

fue un período relativamente breve el tiempo que requirieron los jesuitas para cubrir en las colonias de América su comienzo, apogeo y expulsión, y pienso que constituye un notable mérito el hecho de que hayan sido expulsados del territorio sin haber tocado la decadencia, mucho menos en las misiones bolivianas, pues a diferencia de las misiones del Paraguay y las del norte argentino, hoy en ruinas, las poblaciones fundadas por la Compañía de Jesús en la zona de Chiquitos continuaron con vida y vigencia gracias a la ocupación permanente. Un par de semanas antes, Emma había realizado viajes desde Santa Cruz a las distintas misiones con el objetivo de relevar los sitios de mayor interés, previo a nuestra incursión a los archivos de la iglesia de Concepción, fundada en 1706 por los jesuitas y sede del Vicariato Apostólico Ñuflo Chávez en el momento de nuestra expedición. Habíamos llegado a Concepción en una tarde brumosa, Werner no podía dejar de ubicarse frente al edificio de la iglesia, una estructura con el techo a dos aguas que caía con la sencillez de un diseño pueril, y nos preguntábamos cuál había sido el atractivo que había congregado a tantos sacerdotes de origen centroeuropeo, el propio arquitecto de estas iglesias fue un jesuita suizo que las había diseñado a la manera de las cabañas de las montañas de su país de origen, parecidas a las construcciones que se veían en las colinas de los alrededores del conservatorio de Ginebra, aunque ahí en Concepción se percibía la solidez de aquello que perdura para siempre, sensación que surgía más allá de que se habían realizado tareas de renovación para mejorar la estructura, orgullosa la nave de tres cuerpos complementada por las seis filas de columnas de madera que sostenían el techo, ahora recuerdo que le había comentado a Werner que los tres altares invitaban a la meditación hasta a un pagano como yo

los archivos se encontraban en un pabellón situado por detrás de la iglesia, un sitio sin ventanas que contenía estantes repletos de documentos, conservados ahí por obra de una cláusula que había impedido su traslado a Santa Cruz o a cualquier otro sitio fuera del ámbito de la misión. Durante una semana los tres clasificamos enormes cantidades de papeles de la época en la que Linde se mantuvo activo en la orden, un período de veintisiete años que concluyó en 1718, y ninguno de los tres pudo ocultar la emoción cuando apareció la primera carta de Linde, escrita en alemán a un destinatario desconocido en la

que indicaba las refacciones que se debían realizar en una columna de madera. Entendimos aun más el comentario que Bach había hecho sobre su caligrafía, porque los trazos eran diminutos, elegantes y precisos, Linde seguramente no era afecto a los comentarios en exceso, la carta tenía un estilo escueto, pero al mismo tiempo la prosa guardaba cierto ritmo, y aunque mis posibilidades con el alemán antiguo quedaban disminuidas, para algo lo teníamos a Werner entre nosotros, encargado de solucionar ese tipo de cuestiones, si bien las dificultades lingüísticas no resultaron de mayor importancia. Una vez que concluimos el primer trabajo de clasificación, nos encontramos con diecinueve cartas de Linde a distintos padres de las misiones vecinas, la mayoría a su amigo Martin Schmit, un arquitecto suizo, también músico aficionado, y no nos había interesado tanto lo que Linde había escrito, perdido en detalles domésticos y solicitudes de instrumentos, como cinco cartas que este padre Schmit le había enviado, cartas en las que se mencionaba una ermita construida especialmente para Linde a dos jornadas de camino hacia el norte, en plena selva

entre los muy diversos documentos, nuestro primer logro se plasmó con la aparición de dos cuadernos de villancicos preparados para los oficios de las Navidades de 1706 y 1707, desconocidos hasta ese momento y compuestos para tres y cuatro voces, una emoción que no pudimos contener, celebrada en una noche festiva, los tres algo borrachos, cantamos en un improvisado terceto varias de las obras de los cuadernos, todos sin firma, pero con la caligrafía que ya habíamos conocido en Ginebra, y con la típica rúbrica de Soli Deo Gloria al final de cada uno de los libros, la misma prolijidad que Juan Sebastián Bach habría de admirar tiempo después en Leipzig, aunque en el momento de la composición nuestro reverenciado kantor de Santo Tomás todavía no había ocupado ese cargo, era muy joven y se encontraba lejos de sospechar su futuro. Tampoco nosotros tres imaginábamos que esos dos libros de villancicos serían los únicos documentos que revelaríamos como fruto de nuestra investigación, guardábamos la certeza, todavía felices en la iglesia de Concepción, de que debía haber más composiciones de Linde a desentrañar, teníamos tareas de clasificación por delante, y por otro lado nos había intrigado la mención que el padre Schmit hacía de esa ermita no muy lejos de la catedral, pero que no figuraba en ninguna de las crónicas que habíamos consultado, como tampoco en los mapas de los territorios chiquitanos

tuvimos la suerte de encontrarnos con el ayudante del padre franciscano de la iglesia de San Javier, una visita que realizamos los tres unos días más tarde de comenzar nuestra tarea de investigación en Concepción. El ayudante del franciscano vivía en un cuarto minúsculo de la parroquia, al cura nunca lo conocimos personalmente, se encontraba fuera de las misiones cuando Emma,

Werner y yo llegamos al poblado con la intención de visitar el Museo Misional de San Javier, rastrear algo en sus archivos y, si fuera posible, admirar los violones chiquitanos que probablemente habían usado los músicos de Linde, pero tal vez el azar nos ayudó, y el ayudante resultó más valioso de lo que habíamos supuesto cuando le comentó a Werner sobre una pequeña iglesia en ruinas que se encontraba al norte de la catedral de Concepción, seguramente la ermita mencionada en la correspondencia entre Linde y Schmit

y todavía ahora en el vaho del taller no puedo evitar el estremecimiento, un escalofrío, reflejo atenuado de la catarata de adrenalina que circulaba por nuestras venas ante la perspectiva de armar la expedición a esa ermita abandonada, dejada como un refugio de los pobladores de la zona para descansar en el camino, sin importarles su origen sagrado, perdida esta cualidad como todos sus ornamentos, simplemente mantenida libre de la vegetación invasora y sin techo, aseguraba el ayudante del franciscano, pero con el piso de piedras casi intacto

siempre percibí como una verdad absoluta aquella que refiere a lo abominable de los mecanismos de reproducción, los espejos y la cópula, y por tanto abominable mi tarea de poner un encuadre a otras reproducciones, originadas de modo distinto de aquel que refiere al espejo y al sexo, pero reflejos miserables de la obra real, y habría que agregar en la misma categoría a las reducciones, al despojo que la obra sufre en su concepción más allá de la medida humana, como han hecho con esta desgraciada Ronda Nocturna, doblemente abominable por ser reproducción y reducción al mismo tiempo, merecedores de la misma calificación la señora Judith y yo, asesinos eficientes del maestro Rembrandt, pero tal vez sea este un crimen diferente, como son los crímenes que se cometen en prisión, no hacen otra cosa que subrayar la condena cuando esta ya no se puede aumentar, pues ha sido a perpetuidad, tanto como siento yo la mía en Buenos Aires, metido en el taller, y sin dudas parte del castigo se constituye en la memoria, dolor que padecen los enjaulados el de dejar volar la mente a un pasado quizás infeliz, pero en mi caso, dueño de la libertad que yo mismo había decidido quitarme debido, entre otras cosas, al atroz crimen del que había participado, el primero para mí, allá en las misiones chiquitanas, y digo atroz, porque lo que hicimos fue borrar el recuerdo de Mark Linde, impedir que su figura fuera evocada de alguna manera distinta de la de un amigo próximo de la familia Bach, cuando se encontraron en 1723 en Alemania, ignorado más allá del motete Virga Jesse Floruit que habíamos analizado en Ginebra. En todo caso, el fantasma de Mark Linde murió por decisión de nosotros tres, no la dejo a Emma libre de culpas, también ella participó del acto, y todos tuvimos que cargar con el

peso de quemar los documentos más valiosos, regresados a Ginebra con los cuadernos de villancicos que de ninguna manera justificaban el esfuerzo que había significado todo el proyecto

el ayudante del franciscano tenía razón en sus apreciaciones sobre el lugar donde se encontraba la ermita que Schmit había construido para Linde, el camino era tortuoso y arduo para la camioneta que nos llevaba, metido en la selva casi como un túnel, y al llegar yo había sentido una ansiedad extraña, excitación en todo caso desmedida por unos muros de piedra sin ningún atractivo, nada que pudiera dar cuenta del paso de Linde trescientos años atrás, cuando había usado el lugar para meditar y dedicarse a períodos de ayuno, algo que se vislumbraba en las cartas que Schmit le había enviado. Emma llevaba copias de los documentos, quizás porque ella había percibido algún indicio motivada por la reiteración de frecuentes detalles técnicos referidos a la construcción de un piso de piedras en la ermita, algo que ni a Werner ni a mí nos había llamado la atención pero que a Emma le había azuzado su mente imaginativa, y durante un par de horas nos hizo tantear las juntas, segura de que algo escondían las ruinas, nos lo hacía saber a Werner y a mí con una agitación desbordada, contagiosa poco a poco mientras explicaba que debía indicar algo el hecho de que Schmit y Linde subrayaran en tantas ocasiones el sitio en el que se había pintado una cruz, borrada por la inclemencia del tiempo, de modo que pareció natural que al cabo de una tarde de hurgar, una de las piedras dejara ver un resalto, y mucho más nos alegramos de contar con el ayudante del franciscano que guardaba un buen número de herramientas en la camioneta, no fue tan difícil sacar la piedra y descubrir un espacio repleto de voluminosos manuscritos metidos en estuches de cuero, milagrosamente conservados

Voz de mujer italiana 17

—Isabel Colbrán convenció finalmente a Rossini para no volver a Nápoles. Había sido esta demanda una operación lenta, insinuada de a poco, pero persistente como la tortura de la gota, como todas las cosas que ella planeaba y a las que se terminaba accediendo.

—El deseo se cristalizó en Viena, cuando el grupo del empresario Domenico Barbaia se había asentado momentáneamente en el Kärntnertortheater.

—El casamiento de Isabel con Rossini había desatado oleadas de murmuraciones y chismes. Se exageró la diferencia de edad, y, dalo por seguro, Marquitos, desde un principio se apostó a que el matrimonio no duraría mucho tiempo.

—Por supuesto que tuvieron razón.

—Los comentarios de Stendhal no eran un secreto. Todo el mundo sabía que la estrella de Isabel Colbrán se apagaba.

—Rossini, en cambio, brillaba cada vez más.

—Isabel y su marido querían conseguir oportunidades en Londres, y habían comenzado algunos contactos con los responsables de los teatros de ópera italiana para llevar Zelmira a Inglaterra.

—En Viena permanecieron tres meses y desataron una locura furiosa. Una locura rossiniana.

—Comenzaron con Zelmira, la realización más reciente, pero incluyeron Cenicienta, Isabella Regina di Inghilterra, Matilde di Shabrán y otras que no recuerdo.

—El ayudante de Beethoven, Anton Schindler, en una carta que le envió a Rossini para organizar el encuentro de los dos músicos, le expresó su asombro por las reacciones del público. Según Schindler parecía que los vieneses habían sido picados por una tarántula, debido a los alaridos histéricos en los finales de cada representación.

—Me pregunto si Schindler había visto alguna vez una tarántula.

—Imaginate a esos tipos tan fríos, poco demostrativos, maravillados por la compañía del San Carlo que les cambiaba el modo de interpretar la lírica italiana.

—Es obvio, Marcos, necesitaban las voces de quienes acostumbraban hablar en la misma lengua en que cantaban.

—Las voces de hombres y mujeres italianos. Como yo.

—El propio Hegel diría que la música italiana estaba hecha para gargantas italianas, de la misma manera como el paté de Estrasburgo sólo puede ser apreciado por los iniciados gourmets.

—Aunque nunca probé el paté de Estrasburgo, coincido con Hegel.

—Rossini pudo finalmente entrevistarse con Beethoven. Lo ayudó Salieri a organizar la reunión, pero según las cartas de Isabel, el encuentro fue muy corto debido a la sordera de Beethoven.

—Para Isabel, el resultado de la visita de Rossini a Beethoven se redujo al pedido del músico sordo de que el maestro italiano compusiera más óperas como El Barbero de Sevilla.

—El verano siguiente los Rossini se quedaron en Castenasso. La relación comenzaba a mostrar las fisuras que existían en realidad desde antes del casamiento. Isabel permanecía mucho tiempo sola mientras su marido iba a Bolonia para restaurar su casa, o se concentraba en la composición de Semirámide.

—Al menos Rossini tuvo un gesto de afecto al pensar en la voz de Isabel para el personaje principal de Semirámide, que estrenaron en La Fenice durante el carnaval de 1823.

—Fue la última ópera que compuso para Isabel. Y la última de Rossini para un teatro italiano.

—La declinación de la voz de Isabel se comentaba públicamente. También sus caprichos, su pasión por el juego y por el alcohol.

—A fines de 1823 Isabel y Rossini llegaron a París, pero tan sólo como escala antes del cruce del canal de la Mancha. No hubo acontecimiento musical digno de mención. En cambio, asistieron a una recepción con la crema de la sociedad parisina. Entre ellos se hallaba Olympe Pélissier, la mujer que dejaría a Isabel en la soledad que ella más temía.

—Isabel no había encontrado el respiro que había esperado obtener tras el casamiento con Rossini. Se mantenía en una constante ansiedad. Soñaba con los salones del Marqués de Taranto en Nápoles, llenos de gatos, y en las pesadillas de Isabel, los gatos morían en los brazos de Rossini.

—La temporada de los Rossini en Londres fue un acontecimiento social, lucrativo por cierto, porque los honorarios que obtuvieron fueron sustanciosos, más allá de la decepción que se produjo a raíz de las condiciones vocales de Isabel. Luego de Londres, ya no cantaría más en público.

—Descubrí que Isabel se había obsesionado con los gatos que la acosaban en sus pesadillas en una carta que escribió a un familiar de Madrid, pero que nunca envió, como gran parte de la correspondencia que ha quedado de ella, guardada en unas cajas que compré en una casa de subastas de Nueva York.

—No pude dejar de pensar que habíamos sido las dos desveladas por las mismas pesadillas, pero en Isabel habían empeorado luego del matrimonio con Rossini, del mismo modo como el deterioro de su voz se había precipitado.

—Es un castigo que yo también padecí, la falta de obediencia al mandato.

—Cuando en el otoño de 1824 Isabel y Rossini se mudaron a París, al boulevard Montmartre, la suerte de Isabel ya se había echado. La voz que la había acompañado durante toda su vida se había roto, formaba parte de un recuerdo.

—Nostalgia de algo que no regresaría jamás.

—Rossini comenzó a hablar de ella como de una gloria del pasado. Evocaba la voz de Isabel como un milagro fugaz, perdido para el público y presente en la memoria de quienes habían asistido a las presentaciones de Isabel en sus buenas épocas.

—La más grande fue la Colbrán, dijo en una entrevista que le hicieron en París.

—Creo que esa frase tuvo un poder destructivo insospechado. El arma más poderosa de la seducción de Isabel, al menos en la relación con Rossini, había desaparecido. Sólo quedaba la memoria de esa gloria, empañada por las obsesiones de Isabel, sus terrores nocturnos y el olvido en el alcohol.

—Rossini se hartó enseguida.

—En ese período de París, Rossini fue el director del Teatro Italiano y compuso algunas óperas, muy lejos de la producción febril de años anteriores.

—Entre 1824 y 1829 el ritmo de composición lírica de Rossini se redujo a transformar óperas italianas en versiones francesas, y a tres obras originales. Pero a pesar de que Rossini dejaría de componer óperas a los treinta y ocho años, continuaría siendo una celebridad absoluta en toda Europa. El prototipo del bonvivant del siglo diecinueve.

—Isabel entraba en el olvido, y cuando el matrimonio volvió a Italia en 1829, después del estreno de Guillermo Tell, Isabel ya no regresaría más a París.

—Rossini, en cambio, dejaría a Isabel por períodos prolongados en la villa de Castenasso, y con el tiempo fijaría su residencia permanente en París, junto a Olympe Pélissier.

—Olympe había sido la amante de Balzac. Qué característica extraña de Rossini, heredar las mujeres de otros hombres.

—La de Isabel y Rossini fue una separación anunciada, Marquitos.

—Y si yo quise mantenerme a salvo del peligro de caer en lo mismo, creo que en el fondo fallé.

—Pese a mi esfuerzo, vos y yo nos enredamos más de lo permitido.

—De algo estoy segura. No voy a ser olvidada.

tarde o temprano lo que se da se quita, y la rutina de las composiciones para voz inhumana con distintos acompañamientos terminó por aburrirme, sensación mantenida por el hartazgo de mi dependencia de la fundación de Zurich para la cual debía producir con una cierta regularidad, muy elástica, es cierto, ya que los suizos habían planeado incluso las fluctuaciones de la inspiración artística, en este caso la mía, algo que me fastidiaba al punto de que yo habría deseado fracturar la relación y excederme de los plazos establecidos para las entregas de los materiales, pero existía algo que impedía que yo fallara en esos compromisos, un motor que se ponía en marcha sobre las fechas límites y hacía que las partituras aparecieran puntualmente. La misma puntualidad que aquí en el taller de marcos causa asombro, digo, el cumplimiento de lo pactado, situación que en Buenos Aires deja atónitos a los clientes como la señora Judith, tan acostumbrados al maltrato que desconfían de la honestidad, más aun si quien pretende ceñirse a las reglas del buen comportamiento y civismo es alguien como yo, con apariencia de incivilizado y ruin, pero la señora Judith pensará que las apariencias engañan, y en el fondo no tengo aspecto de tan mal muchacho, la escucho con paciencia sacerdotal cuando relata su último viaje, un recorrido superficial por ciudades que en su mente productiva cree conocer en profundidad, laberintos de calles y canales los de Amsterdam que la señora Judith recorrió en un par de días, los holandeses son gente extraña para ella, quizás también se sentó a una de las mesas del angosto café t'Smalle mientras ordenaba las tarjetas postales de la casa de Ana Frank, experiencia que no deja de mencionar, la señora Judith, hay que cambiar las entonaciones, distintas de las utilizadas cuando relata su visita por el barrio rojo, pero al fin y al cabo, para ella representan improntas del mismo grado de gravedad, todo tan lejano que lo mismo da, las putas de las vidrieras o el Holocausto, sí, hechos que merecen comentarios de la señora

Judith en distintas intensidades, pero en sus labios son palabras condenadas a la trivialidad, como todo lo que ella roza

la posibilidad de ser un desocupado me parecía atractiva, tal vez deseaba descender un par de escalones en mi camino hacia el infierno, acompañamiento solidario el que intentaba mantener con Beatriz, para entonces residente habitual de las tierras tenebrosas que visitaba en sus sueños, y por más que me ocultara sus contenidos, los efectos de esos terrores resultaban evidentes durante las noches que compartíamos. El vínculo con la fundación suiza se cortó por mi voluntad, decidido a escoltar los pasos de Beatriz en el reino de la oscuridad en el que se sumía irremediablemente, y la resolución se plasmó cuando en una solitaria cena en Suecia, la efímera felicidad gastronómica de un completo smorgasbord fue interrumpida por el mensaje del representante de Beatriz, demanda urgente de mi presencia en el teatro debido a la imposibilidad de Beatriz de cumplir con solvencia las coloraturas del rondó final de Cenerentola cuando casi había concluido el ensayo general, las mismas coloraturas que para Beatriz habían representado la rúbrica identificatoria de su estilo personal. Y si los problemas infinitesimales del vibrato habían pasado desapercibidos, en esta oportunidad Beatriz había comenzado una crisis de gritos y llantos en el final del ensayo sin que nadie comprendiera el motivo ni cuál era la razón de que Beatriz quisiera cambiar las cadencias por un estilo más simple, nadie percibía problemas en la agilidad o en el timbre aterciopelado de siempre, parecía una actuación patética producto de alguno de los acostumbrados excesos de Beatriz. La gente pensaría que se exageraba la escenificación de los caprichos de diva histérica. Recuerdo ahora, en el taller, las sensaciones que me habían asaltado esa noche mientras caminaba entre las escenografías del teatro, directo hacia el camarín de Beatriz, había un olor a madera similar al que invade el espacio en esta noche, aunque tal vez es una deformación de mi pensamiento la de comparar el olor que se percibe aquí, entre las varillas de madera, La Ronda Nocturna terminada de encolar y mi cuerpo transpirado. No, el teatro en Suecia había despedido un perfume diferente del vaho de este taller, eran otras maderas, y era otro el tiempo cuando me dejé guiar hacia su camarín como un personaje que nadie reconocería, alejado de las cámaras que disparaban contra Beatriz para reflejar el momento de su derrumbe, y si se encontraba borracha, había intentado disimularlo, no esperaba verme y recién ahora, quizás ayudado por la soledad de los marcos y el humo pesado de los cigarrillos, he podido comprender su reacción de abatimiento cuando al cerrarse la puerta su mirada me descubrió sentado en un rincón, oculto por un enorme ramo de rosas blancas que algún admirador le había enviado

la infidelidad se puede pagar con el asesinato, incluso me parece que es una

bella manera de concluir una historia, lo pienso como belleza cargada de violencia, pero no dudo que el príncipe Carlo Gesualdo de Venosa condujo el puñal con mano firme al hundirlo en el cuerpo blanco de su mujer, la princesa María de Ávalos muerta junto a su amante. Gesualdo produciría así uno de los hechos violentos de mayor belleza en el arte del Renacimiento, no soy el único que se ha fascinado con la historia. Acreedor de la infidelidad de su mujer, en el legítimo ejercicio de sus derechos maritales, el impulso de su corazón le dio fuerza suficiente al brazo para que el acero atravesara los dos cuerpos enlazados. Infidelidad, la misma que Beatriz había intentado evitar, digo, a la voz, a su dueño, pero que a mis ojos se volcaba hacia otra fuerza poderosa, quizás una forma de escapar al pacto que también había firmado. Beatriz expresaba esta infidelidad cuando bebía, el alcohol la colocaba en un mundo lejano de la voz, lejano de mi presencia, creo que por momentos también en un mundo lejano de sus pesadillas. Pero esta infidelidad la mataba de a poco, y yo consideraba que de algún modo también actuaba de forma algo sucia conmigo, pues la lealtad se la guardaba a la botella de Chivas, a los desperdigados comprimidos de Dormicum, desviada de las posibilidades de retornar a su música y mucho menos a mi persona, y quizás esta línea de pensamientos me llevó a la idea de que Beatriz había comenzado a ser asesinada por su voz, naufragada interiormente en su desesperación, imposibilitada de recibir ayuda desde esta ribera

fue tan sólo un gesto, siento que quizás dedicado a mí, aquel que en Beatriz redimió parte de esa reticencia a salirse del molde belcantista, gesto que interpreto hoy como un descanso, no fue otra traición la de editar una grabación con lieder de Schubert, homenaje tal vez a ese instante de elevación producido por los tríos, confesión la de nuestro gusto que ambos nos habíamos hecho en la época de los primeros encuentros en Amsterdam, vuelvo sobre el hecho de registrar las canciones de una figura musical amada irracionalmente, así lo tratábamos a Schubert, espacio donde Beatriz y yo habíamos coincidido desde siempre sin fricciones, y si Beatriz iniciaba el disco con "Margarita en la Rueca", supongo que para ella tenían un significado especial los versos de Goethe, tema que habíamos mencionado en más de una ocasión el que Schubert hubiera alcanzado a los dieciséis años la perfección, la depuración de un arte que ya nunca mejoraría porque no le era posible superar la altura, siempre permanecería allí, arriba, y de algún modo me había sorprendido que ese lied maravilloso se relacionara con la vida del personaje que pacta con el diablo, porque Margarita suspira su amor por Fausto que en ese poema no se nombra, desvelo el de Margarita quien no sabe que su amante vende el alma al mal, pero si bien desconoce la verdad, presiente que su paz ha desaparecido y ya nunca más descansará, y visto desde nuestra perspectiva actual resulta extraño que un adolescente como

Schubert tuviera la comprensión de tamaño conflicto, quizás él mismo pactó para acceder al genio, no en vano murió muy joven por las consecuencias de la sífilis, a los treinta y dos años, Beatriz había señalado que para ella morir joven facilitaba la falta de violencia en la creación, violencia que produce el deterioro, una condición que en Schubert asomaba en su genio formal, la maestría espontánea con la que trataba sus materiales en un equilibrio asombroso que nunca perdía la calidad de los detalles, sí, Beatriz y yo coincidíamos que era preferible morir en la juventud y llegar al menos a la consumación del propio arte, lo que ella había conseguido, me refiero a las dos cosas, haber terminado la vida en sus años más frescos y obtenido la culminación del arte, una obstinada permanencia en la idea de que todo aquello que no ha llegado a la perfección es siempre malo, pues Beatriz había sentido, como yo, que había que persistir en la exigencia de acceder a la totalidad como la única facultad que distingue al verdadero artista, y a diferencia mía, para Beatriz fue un logro concreto aun con su repertorio que yo antes había menospreciado, y que en el caso de la grabación de lieder de Schubert se había vuelto la prueba tangible de la cortedad de mi visión, acá en el taller de marcos es obvio que mi ideal de perfección se fue a la mierda, condena en todo caso de la que no quiero renegar, en cambio Beatriz ha dejado a la posteridad la luz de su estrella titilando, leyenda de la interpretación que todavía se llora

no quedaban muchas posibilidades laborales para mí después de cortar los vínculos con los suizos, y el dolor de mi estado en ese momento no lo refiero al pasaje al estado de desocupado, sino a la aceptación de haberme convertido en el mantenido por Beatriz, algo que se había perfilado previamente, pero quizás interpretado por mí como la necesidad de Beatriz de tenerme próximo, convocando mi presencia a las ciudades de sus presentaciones, a cuenta de ella los pagos de traslados y hoteles cuando salía de mi sitio de retiro cercano a Alexanderplein, no en vano pasaba horas en Artis, el zoológico, metido en la cueva de la selva oscura en espera de los regresos de Beatriz, recluida crónicamente en su departamento de la Park Avenue en Nueva York, y al poco tiempo, mi hundimiento hizo que nada importara más que el dinero enviado por el representante de Beatriz, giro puntual de todos los meses, pienso, mientras aspiro profundamente el humo del cigarrillo, que ansiaba más los depósitos en mi cuenta bancaria que las visitas al Amstel Hotel. Beatriz vivía perdida en sus laberintos, ya imposible encontrarnos en el sexo, búsqueda, la de la carne, que en Amsterdam no me había significado esfuerzo satisfacer, nada trascendente, ni siquiera había considerado a este hecho una falta por mi parte, sino la reacción lógica de quien ha sido relegado a un plano de lástima y abandono, sentimientos que le atribuía a Beatriz y hoy sé que eran míos, olvidado de los círculos musicales que frecuentaba en Europa, pues

la música no existía para mí fuera de la tortura de percibir el deterioro de la voz de Beatriz, pequeñas muestras cuyo valor casi nadie comprendía, sólo ella y yo sabíamos lo que significaba la pérdida de la perfección, la aparición de moléculas turbias que nadie osaba señalar, y la debilidad en la que Beatriz se encontraba, su inestabilidad emocional, generaba las frecuentes escenas evidentes en los ensayos, pero que no aparecieron en las representaciones hasta que una noche se negó a salir a escena pocos minutos antes de que diera comienzo la función en Covent Garden, y protagonizó un desaire frente a algunos miembros de la familia real inglesa, probablemente fascinados por desviar la atención del público hacia la declinación de otra reina, primera pero no última circunstancia en la que Beatriz se negaría a cantar, sin mayores explicaciones fuera de la excusa de la indisposición eterna que el público vinculaba con su enfermedad alcohólica, pero que en verdad era sólo consecuencia del terror de fallar en modo evidente, pues todavía la sutileza de sus quebrantamientos pasaba ignorada, Beatriz padecía el miedo de ser descubierta por la masa de críticos y desnudar el inexorable desmoronamiento de su técnica que caía en picada, vuelo libre a las profundidades de la tierra, acompañada por mí en desplome simultáneo

siento que ese movimiento se produjo también de norte a sur, de Amsterdam a Buenos Aires, pues mi llegada luego de la muerte de Beatriz tuvo el carácter de una repatriación, fuga de mi familia holandesa que nunca supo de la relación que mantuve con la cantante más trascendente del momento, engañada por mis trabajos de investigación musical y extrañada de la despedida, un caprichoso apresuramiento por regresar a Buenos Aires, territorio que visto desde la perspectiva del primer mundo parece hundirse también en una muerte de lento sufrimiento, lógica irremediable la mía pues a mi propio juicio me declaré culpable y decidí que la peor de las condenas sería la de mudarme a la ciudad en la que mis padres alguna vez confiaron con la inocencia de quien se refugia de un enemigo poderoso, pero ellos habían desaparecido hacía mucho tiempo, y mi hermana había buscado un resguardo en la Kazernestraat, cerca de mi casa en Alexanderplein, todo había que abandonarlo también debido a la falta de recursos económicos al desaparecer de mi horizonte el representante de Beatriz, nunca supe quién se quedó con sus propiedades, y no restaban muchas excusas, creo que ejercía una considerable fuerza mi decisión de visitar a Beatriz, a su tumba, ya que Amsterdam se tornaba insoportable después de su muerte, un entierro que seguí desde la televisión holandesa, mientras me servía una copa detrás de la otra, suceso transmitido desde un bello cementerio parque de Buenos Aires, un deseo sorprendente de Beatriz que había reclamado en vida su nacionalidad italiana, quizás se dio cuenta sobre el final de que debía descansar junto a su familia, y fue bello el espectáculo del cortejo fúnebre con

el trío adagio de Schubert, para todo el mundo en directo

Voz de mujer italiana 18

—No hay escapatoria de la soledad. El telón siempre cae, Marquitos.

—Y atrás no hay nada, no hay nadie.

—Yo creía que la astucia de mantenerte alejado impediría nuestra destrucción. No hablo solamente de mi voz, también hablo de tu talento, porque en el afán de mantenerte sin contaminar, vos te corrompiste de otro modo.

—En parte fui culpable de tu envilecimiento. Quizás habría tenido que cantar algunas de tus composiciones.

—Marcos, no nos hemos dado muchas posibilidades.

—Tampoco las tuvo Isabel Colbrán, confinada en Castenasso. Su fortuna se perdió en las mesas de juego. Quiso vender hasta los retratos que le habían realizado en su juventud.

—Se veía muy poco con Rossini, se separaron al poco tiempo del regreso del matrimonio a Italia. Para ese entonces, Rossini se presentaba a todos los acontecimientos de París en compañía de su nueva amante, Olympe Pélissier.

—En 1836 Isabel y Rossini se separaron formalmente, gracias a un acuerdo

amistoso, visto desde el lado de Rossini.

—Para Isabel fue intolerable enfrentar a su rival. La prueba obscena de que Rossini encontraba refugio en otros brazos, consuelo de sus frecuentes depresiones, alivio para el terror a la retención urinaria, la peor de las torturas que Rossini podía imaginar.

—La salud de Isabel comenzó a resentirse. Se pescaba una infección tras otra.

—Creo que nunca sintió la enfermedad de Rossini como una compensación por los sufrimientos que ella había padecido, aunque en algunas cartas se esboza un espíritu vengativo.

—Rossini sufría una gonorrea que se complicaría cada vez más, aumentados sus trastornos por crisis depresivas que alternaban con períodos de excitación.

—Isabel intuyó que Olympe terminaría siendo la enfermera de Rossini durante el resto de su vida. En eso, el tiempo de dio la razón.

—Al menos le envidiaba a Rossini la posibilidad de contar con alguien a su lado. Sabía que el compositor no terminaría sus días en la soledad a la que Isabel no se había resignado nunca.

—Una historia que quise guardar como un modelo, la de Isabel. Sí, indudablemente es la misma historia, porque lo que yo quería, Marcos, era cuidar lo nuestro, y ya ves, la intención se me fue a la mierda.

—Y en definitiva, perdí mi instrumento porque me entregué. Como Isabel se había entregado previamente a Rossini. Yo a vos. Me entregué a vos.

—Sé que pensabas otra cosa, que yo había extraviado mis posibilidades vocales debido a mi vicio, debido al alcohol.

—No te diste cuenta de que el whisky fue un intento de escapar de tu influencia, del peligro que ocasionaba la deslealtad a aquello a lo que debía mis condiciones. Es cierto que antes de conocernos ya me gustaba, pero no había modo de borrar tu cara por las noches, necesitaba tomar cada vez más, por vos y por las pesadillas, las visitas de Isabel en mis sueños.

—También nos atrapó el malentendido.

—Nunca se te ocurrió que era yo la que quería fugarse, nunca imaginaste las

dificultades que ocasionaba el cumplimiento del acuerdo firmado con sangre. Pienso que fuiste egoísta, ciego por mi fama.

—Un mal desde siempre, Marcos, el malentendido. Parte del fin de esta historia, de mi fin y el de Isabel Colbrán. Las dos condenadas.

—En el verano de 1845 Isabel se enfermó, y quedó en cama.

—Rossini la visitó por última vez poco antes de que entrara en su crisis final, y escuchó sus palabras cargadas por el rencor de sus años de soledad.

—En octubre de ese año Isabel murió a consecuencia de una infección respiratoria.

—Creo que todavía pensaba en Rossini.

—Como yo he pensado en vos.

—Isabel y yo, Marcos.

—Traidoras. Mujeres traidoras.

—Y traicionadas.

Taller de Marcos 20

la noche produce instantes al promediar la madrugada que anticipan la claridad del día, momentos de transición entre la oscuridad y la luz que utilizo para descansar y olvidar lo cotidiano, un sueño corto hasta que el taller de marcos abre al público y se asoma la vieja del kiosco de al lado para saludar con un gesto de exagerada simpatía que no me molesto en corresponder, no importa, su gesto me sirve para salir un rato y comprarle mis cigarrillos, estirar las piernas hasta el café de Aguirre y Lavalleja donde me esperan con un café con leche y tres medialunas de grasa, un trámite que podría disfrutar un poco más si se demorara en llegar el dueño del taller de chapa y pintura de la esquina de Lavalleja y Loyola, insoportable presencia que comienza el habitual despliegue de comentarios futbolísticos en una intensidad suficientemente fuerte como para que pague y vuelva a la pesadilla de la realidad que aguarda inconmovible en el taller, prisión elegida por mí, algo que había comenzado a gestarse cuando Emma, Werner y yo dimos fin a las investigaciones sobre Mark Linde, subrayo lo de verme como un condenado, no es una percepción subjetiva sino lo que yo mismo he considerado necesario para pagar la culpa por lo que hice con Mark Linde, con La Ronda Nocturna de Rembrandt y con Beatriz. El tiempo de oscuridad restante lo mido por la cantidad de cigarrillos que quedan en el paquete, los suficientes para poder concluir el trabajo, antes de dar los toques finales al marco de la señora Judith

habíamos acampado en un claro junto a la ermita abandonada, los estuches de cuero contenían un material, entre misas, motetes y villancicos, mucho más abundante de lo que hubiéramos imaginado, todo ello escrito en un papel que parecía pulverizarse en nuestras manos. Las obras se hallaban firmadas todas con el clásico Soli Deo Gloria, y el nombre de su único autor, Mark Linde, quien de acuerdo con las fechas de las partituras las había compuesto durante un período de casi treinta años, desde su llegada a las misiones, hasta su precipitado retorno a Europa. Cada obra llevaba la indicación, escrita en alemán con letra pequeña y precisa, de su carácter de copia manuscrita de un original, había por lo tanto otras partituras que Linde habría llevado consigo a Europa y que no se habrían dado a vislumbrar por nadie, perdidas en el tiempo, o tal vez extraviadas intencionalmente, en forma similar a lo actuado por nosotros, obras no conocidas por persona alguna excepto quizás a alguien muy cercano, exhibidas en un momento de intimidad, pienso ahora con la malicia que otorga el escenario bochornoso del taller. Emma había ocupado un día completo en ordenar todas las partituras, se mostraba electrizada, y me había abrazado innumerable cantidad de veces, retribuida con mi alegría incontenible, asomo del fervor latino que si bien no me pertenecía como herencia genética, me correspondía por derecho de nacimiento, digo, la alegría latina. Me llamaba la atención la actitud de Werner, tenía los músculos tensos, y nos había hostigado a Emma y a mí con comentarios insidiosos

acerca del valor de los documentos encontrados, se había soltado el pelo que caía algo grasiento sobre su frente, no llevaba camisa, y tenía el aspecto de un explorador de aventuras, de modo que la imagen alta y pulcra, envuelta en un sobretodo, con el pelo tirante y la coleta recogida, me había parecido en ese día, en medio de la selva boliviana, una cosa del pasado lejano. Emma había hecho la clasificación de los documentos en tres partes y se había quedado con una carpeta con sus tapas labradas en un deslumbrante trabajo artesanal que contenía un magnificat completo

debíamos regresar al día siguiente con toda la recopilación de las composiciones de las misiones chiquitanas que los especialistas aguardaban en Buenos Aires y en Ginebra. Antes, habíamos tomado la decisión de dar una mirada superficial a las partituras, tratar de descifrar algo en el tiempo que mediaba previo a nuestra partida hacia Concepción, lapso que podía ser considerado insuficiente aquel con el que contábamos, ansiosos al extremo de no poder resistir, quizás soñábamos con la gloria que nos otorgaría el fantástico descubrimiento de quien se vislumbraba como el compositor más productivo del barroco latinoamericano, recuerdo ahora, en el calor de esta noche que termina en el taller, el desfile de ideas que galopaban en mi mente inflamada por el triunfo. Bastaron esas pocas horas para que tomáramos conciencia de la brutalidad de las pruebas reveladas, el tiempo transcurrido había sido más que el preciso para llegar a la determinación de que las obras, y en consecuencia la memoria de Mark Linde, debían ser destruidas allí mismo, borrar todo, quemarlo

la excesiva productividad de Juan Sebastián Bach en Leipzig ha sido un misterio, más aun durante el período que abarca su llegada a esa ciudad en 1723 hasta 1729, la fecha que marca la muerte del jesuita, coincidencia llamativa la amistad que había entablado Bach con el padre Linde, entre los papeles que descubrimos en la ermita había una carta, reveladora de la decisión de Linde para alejarse apresurado de las misiones, nada muy llamativo, otra decepción más, ninguna de esas razones oscuras que se habían tejido alrededor de la circunstancia de su regreso a Leipzig, es cierto que había abandonado muy apresurado las misiones jesuíticas, y lo había hecho debido a una peste que había diezmado la reducción de la que él era responsable, culpa terrible, pues aparentemente el padre sentía terror de las epidemias, y pese a sus ideas de mantenerse en los sitios por él fundados, había concluido esa etapa de la vida carcomido por su falta de coraje, anticipadamente a su partida le había enviado la carta a su amigo, el padre Schmit, en la que rogaba su perdón por la decisión que lo dejaba en situación tan precaria, y se mostraba dispuesto a pagar las consecuencias de su abandono, del modo que fuese, pero en su hogar natal, cerca de su familia

alemana, de regreso en la ciudad de Leipzig donde años más tarde se lo vio en la taberna de Auerbach, lugar poco propicio para un religioso, y si lo hizo, me refiero a beber en un antro diabólico, fue por poco tiempo, porque su relación con la familia Bach le permitió volver a una vida recatada, pese a las iglesias diferentes, con el tiempo, el kantor de Santo Tomás desarrolló envidia de su amigo católico, envidia que yo pude comprender personalmente, tal como lo comprendieron Werner y Emma, en el instante en que enfrenté la primera de las partituras de Linde, fechada en la misión en el año de 1707, mucho antes que cualquiera de las composiciones conocidas de Bach en el período de Leipzig, horror de comprobar que la envidia había producido tal delito por parte de la mayor gloria musical de la historia, imposible de tolerar para cualquiera de sus fieles

para nosotros tres Bach representaba la cercanía de lo sublime, la posibilidad de soñar con aquello que rozaba la perfección, como cuando oíamos el aria "Erbarme dich" de la Pasión según San Mateo. Reitero, luego de la rápida verificación del carácter de las partituras halladas en la ermita resultó lógica la actitud de Werner, casi no habría sido necesaria una conversación al respecto, una mirada que previamente se había cruzado con la mía había bastado, entendedores cada uno de nosotros de los reparos del otro, no en vano nos confundían en el conservatorio, creo que nuestra manera de pensar coincidía perfectamente en ocasiones críticas como la que recuerdo ahora desde esta noche interminable de Buenos Aires, última noche antes de terminar mi trabajo con La Ronda Nocturna para la señora Judith

a pesar de la culpa, sigo convencido de que la decisión tomada fue correcta, modo de preservar la fidelidad a la historia armada que no podía romperse con tal fiereza por la jugada de tres simples egresados de un conservatorio de música, y todo se precipitó mientras Emma se encontraba a mi lado tomando una taza de café caliente, juntos en un instante de desesperación, resonó un grito de Werner, su figura resaltaba contra la fogata alimentada por los manuscritos de Linde que unas horas antes habíamos descubierto, recuerdo que también Emma gritó cuando, contagiado por el ánimo de Werner, sin mediar otro acuerdo, yo mismo lancé a la hoguera un fajo de ese papel maravilloso por el que habíamos trabajado durante años y que nos había conducido a aquel lugar perdido

Taller de Marcos 21

mi llegada a Buenos Aires, luego de la muerte de Beatriz, me ha llevado a desarrollar el hábito de hombre solitario, ahogado en su aislamiento, y he permitido que en mi mente se escribiera un texto que ha brotado continuo, como el murmullo de historias en múltiples órbitas que giran en torno a una sola cuyo final corresponde sacar a la superficie, al menos antes del mío propio, antes de ese silencio infinito que seguramente significa la muerte, o lo que es igual, la falta de la posibilidad de creación. Me parece que el silencio es algo que deseo, hay que callar el rumor que atormenta mi razón cada noche. Recuerdo que alguien ha dicho escribir para no morir, lo que pensado como escritura musical, me lleva a la idea de que previamente a ser concebida, una obra ni siquiera es silencio, porque el momento silente es el final de la temporalidad que le da vida a una composición musical, vital en tanto su sonido sea un presente, es lo mismo que nuestra existencia, al morir queda un recuerdo de nuestro nombre, condenado al silencio por el final de la

vida, nombre que en verdad no había sido pronunciado jamás, me refiero a nuestro nombre, que no vuelve sino como fantasma, salvo que el artificio técnico lo permita, por ejemplo que la voz de Beatriz resuene desde el disco, y si lo hace una vez, lo hace eternamente

no puedo recordar con exactitud la catarata de sensaciones que se produjeron en mi alma la mañana en que volví a ver el cuerpo de Beatriz, tendido al lado de la cama del Amstel Hotel, final que a nadie sorprendía, y que yo mismo esperaba desde hacía tiempo, ya que su espíritu torturado y su entrega progresiva al alcohol se había convertido en un hecho público, una situación que jamás había pasado desapercibida ante la prensa o el mundo de la lírica, y desde hacía años Beatriz se hallaba fuera del control de su propio destino, se había alejado de mí cada vez más y no había aceptado cantar ninguna de las composiciones que yo le había dedicado especialmente, debo resaltar que ella nunca le había sido infiel a Mozart y a los belcantistas. Surge en mi memoria el fin que el príncipe de Venosa escogió para su mujer, él mismo con sus manos la había asesinado y las circunstancias le otorgaron impunidad y perdón, historia rescatada por la literatura y llevada al conocimiento del gran público por Balzac. Quiero decir, la traición no ocurre sólo por medio de la carne, y Beatriz había traicionado todo aquello que no tuviera que ver con su voz, y aun a pesar de estos cuidados, su voz había comenzado el deterioro que la había sumido en la desesperación absoluta, aterrorizada por ser descubierta, por perder el aura mágica que había caracterizado desde siempre sus interpretaciones, perdida ella para todos menos para la voz, esa esencia italiana que defendía y que a mí me había resultado en un comienzo algo pintoresco

también se aproximaba el otoño en Amsterdam la última noche que pasamos con Beatriz en el Amstel Hotel, ya un hábito para nosotros, la visita que yo trataba de reservar para las pocas ocasiones en que Beatriz se encontraba relativamente sobria, y en esa oportunidad Beatriz parecía una caricatura de tan borracha, imposible hablar con ella, lejos, mucho más, de conectarse con nadie, pues su alma estaba poseída por esa indescriptible voluntad, su verdadera dueña que la dominaba desde adentro. Muy cerca se encontraban los somníferos que ella consumía en cantidades generosas, y ahora, mientras asoma esta confesión final, la nitidez de la escena resulta dolorosa, vuelvo a experimentar el escalofrío que me había recorrido, el sonido del tambor que redoblaba en el centro de mi pecho, aterrado por la determinación que me movía con un ritmo pausado hacia el botiquín, Beatriz murmuraba una letanía pastosa, tumbada en el piso, respaldada contra la cama con la botella de whisky y un vaso a su lado. Una imagen patética que generó el impulso de caminar muy lentamente y tomar todos los comprimidos de Dormicum,

ponerlos de a poco en la boca de Beatriz, dócil para tragar un buen puré de pastillas, bastaron cuatro intentos para que todos se introdujeran en el cuerpo de Beatriz y comenzaran a producir el sueño final, sin pesadillas que la atormentaran, y un poco más de whisky dio el toque fatal para que en esta oportunidad no hubiera posibilidad de escape en ninguna clínica de desintoxicación, bebida que también aceptó sumisa, creo ahora que sabedora del descenso definitivo, por un momento me había parecido ver una sonrisa de felicidad, perdida en los laberintos desesperados de sus memorias, lejana de mis palabras e infiel, ferozmente infiel al pacto que se había establecido aquella primera noche en que nuestras historias habían coincidido en Amsterdam, convocadas por la magia del encuentro azaroso, tan infiel como la mujer de don Carlo Gesualdo, príncipe de Venosa, quien sólo conocía la posibilidad del puñal de buen acero español para proceder al acto de atravesar al hombre y a la mujer de piel blanca que se confundían en un abrazo, enmarcados por el rectángulo de la cama señorial, los dos nobles, desnudos y muertos, encharcados en sangre, escena demasiado carnicera para ser repetida, es una sutileza la del siglo XX que tantas muertes sean atribuidas al exceso de alcohol y drogas, me figuraba que la dispensa en este caso sería la ignorancia del asesinato, la hipótesis del suicidio, algo muy factible para la conciencia atormentada de Beatriz, leyenda inigualable de la lírica desde el momento en que por la mañana yo mismo, una presencia conocida para la administración y los recepcionistas, había dado el aviso de que se encontraba muerta junto a su cama, en la suite del Amstel Hotel

la reproducción de La Ronda Nocturna descansa en un caballete, atrás, en el pequeño patio del fondo del taller, en su marco correspondiente, trabajo bien hecho para la señora Judith, infortunada señora Judith, pues no va a recibir nada de lo que ella pretendía, ni siquiera recuperará el estuche de cartón con el logotipo del Museo Van Gogh, nadie observaría que la obra en realidad se encuentra en el Rijkmuseum pues para la señora Judith el exotismo neerlandés es suficiente, y supongo que lamentará haber dejado el recuerdo de su viaje en manos de un piromaníaco indeseable, una obra destinada al living del departamento de Villa Crespo, rociada con alcohol y convertida en la misma fogata que había terminado con las ilusiones de tres músicos internados en la espesura boliviana, misterio que el fuego ocultaba, crimen del espectro de un padre jesuita, purificación la del taller que yo habría deseado que funcionara como una expiación del horrible pecado de haber mutilado al capitán Coqc y a su grupo valeroso aprestándose a salir de ronda

la melancolía por la ausencia de Beatriz ha sido una compañía punzante, el canto de su espectro apenas amortiguó mi decisión de abandonar toda mi historia pasada, que todavía auguraba algún futuro, para soportar el castigo de

vivir en Buenos Aires, lejos del mundo que habíamos compartido, sí, detrás de esto queda el día, la pesadilla lejana que la realidad disuelve cuando la oscuridad obliga a encender la luz y el taller iluminado por ese haz miserable deja al humo de los cigarrillos dibujar fantasmas sobre las reproducciones, mientras la voluta se detiene en el cono que la bombita proyecta con entusiasmo envidiable. Atrás, lejos, está el tiempo del sol, fin de las puertas abiertas y la posibilidad de clientes ansiosos por el trabajo apresurado, clausura la de esta noche, la botella de whisky, los comprimidos de Dormicum alineados, la música porque sí, música vana, en una fila tóxica y sencilla, creo que no me he vuelto grillo esta mañana, ingerirlos primero y vaciarme la botella enseguida como para asegurar la efectividad del cóctel, un trago sin paladear, activada la orden de "repeat" en el reproductor, con el trío opus póstumo de Schubert, el mismo que se había escuchado en el entierro de Beatriz, cuando su ataúd fue tragado por la tierra en el cementerio parque

Voz de mujer italiana 19

—Marquitos, antes de cortar esta historia, quiero decirte que estoy segura de lo que vos sos capaz de hacer.

—Y es importante para mí, puedo hablar porque estoy sobria, estuve sobria toda esta noche, mientras vos dormías.

—Espero que esto te llegue cuando yo no esté, ya ves, tengo la seguridad de que pronto no estaré más.

—No voy a poder recibir tu mirada de rencor por la boludez que te digo. No importa, quiero dejar claro que le fui infiel a todo, menos a vos. Ya te lo dije, pero no me importa repetirlo.

—La noche que pasamos en el Amstel Hotel, antes de mis recitales en el Concertgebouw.

—Esa noche fue la más importante de mi vida. Me trastornó, y no podés sentirte culpable de nada.

—Yo pensaba que había encarnado la verdadera voz que buscaban los belcantistas, esa esencia de la mujer italiana que en mí quedaba garantizada a pesar de mi nacimiento en Buenos Aires.

—En eso no me había equivocado. La voz de la mujer italiana, la que habían admirado Gioacchino Rossini y sus antecesores.

—Pero conocía la historia de Isabel, demasiado cercana, su presencia fue la

obsesión que me acompañó durante todos estos años, la visita de mis pesadillas.

—Me había armado una escapatoria al destino de Isabel Colbrán.

—Isabel estaba perdida en la contradicción de ser española, y por haber cedido ante la personalidad de Rossini.

—Eso fue un error. Un error grave, Marquitos.

—También yo me enredé en el pacto, lo traicioné.

—Sabés de qué estoy hablando. De nuestro pacto, de la historia tuya conmigo. Tampoco pudimos hacer que nuestra historia funcionara de otro modo.

—Te maltraté, y quizá merezco este final, porque me doy cuenta de que las cosas entran en esa etapa que concluye todo, ya no se aguanta tanto alcohol y tanto Dormicum, y no soporto el terror de que se descubra el deterioro de mi voz.

—Por más que ese sea un secreto entre nosotros dos, vos sabés muy bien que en ese sentido, estoy acabada.

—Al menos desaparezco con la gloria puesta.

—Solamente decirte que no me perdono.

—Una tristeza, Marquitos. Una tristeza.

Agradecimientos

Deseo expresar mi reconocimiento a Juan Martini y Hebe Naess. Néstor y Laura Andrenacci y el Grupo de Canto Coral de Buenos Aires me dieron, hace ya mucho tiempo, la música y la historia de las Misiones Jesuíticas de Chiquitos. A todos ellos, mi gratitud.